



**MASSIMO CARLOTTO**

**LA OSCURA**

**INMENSIDAD DE LA**

**MUERTE**

Lectulandia

Un criminal secuestra a una mujer y a su hijo de ocho años durante un robo. Poco después los mata. Su nombre es Raffaello Beggiato y será condenado a cadena perpetua mientras su cómplice consigue escapar. El marido y padre de las víctimas, Stefano Contin, no consigue salir adelante y durante quince años estará obsesionado con la idea de lo que él llama «La oscura inmensidad de la muerte». Cambia de vida, deja su trabajo en una prestigiosa firma y se convierte en dependiente en un supermercado. No se relaciona con nadie, permaneciendo todo el tiempo libre que tiene sólo en casa viendo concursos en la televisión, o mirando fotos de los cadáveres de su familia. La única cosa que tiene en la cabeza es venganza y está a punto de poner en marcha un maquiavélico plan...

**Lectulandia**

Massimo Carlotto

**La oscura inmensidad de la  
muerte**

ePub r1.0

Titivillus 08.05.2019

Título original: *L'oscura immensità della morte*  
Massimo Carlotto, 2004  
Traducción: Cristina Serna

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

... El indulto no es el premio de la confesión. Es una oportunidad de clemencia que considera de interés general dejar en suspenso una determinada condena; tan sólo una confusión demagógica de las ideas hizo que se incluyera el requisito del perdón de la víctima. El indulto toma en consideración la relación del condenado con las razones de la ley. La víctima del delito ya obtuvo lo que le correspondía con la sentencia.

GIUSEPPE MARÍA BERRUTI  
JUEZ DEL TRIBUNAL SUPREMO  
(*La Repubblica*), 3 de enero de 2003

(*Justicieros*). Los hay, que si la Ciencia descubriese el medio, prolongarían 1.000 años la vida de los reos, a fin de que llegasen a cumplir sus 1.000 años de condena. ¿Pues no lo hizo ya Dios, cuando fundó la eternidad, para que los réprobos pudiesen padecer eternamente las penas del infierno?

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

## Prólogo

*1989, en una ciudad del nordeste de Italia*

El acusado tenía el labio partido, los ojos magullados y la nariz rota e hinchada, con dos tapones de algodón asomando por las fosas nasales que lo obligaban a respirar por la boca. Los dos agentes de la policía penitenciaria que lo escoltaban tuvieron que ayudarlo a sentarse. Le habían dado una buena tunda. El juez, visiblemente molesto, miró al abogado, tratando de adivinar si tenía intención de proponer un aplazamiento del interrogatorio. El otro lo tranquilizó levantando los hombros. Su cliente tenía otros problemas en los que pensar. El juez, aliviado, dictó entonces al secretario los nombres de los presentes y preguntó al acusado si estaba dispuesto a someterse al interrogatorio.

Raffaello Beggiato se volvió hacia su defensor, que lo animó a hacerlo con un teatral gesto de la mano.

—Sí —respondió trabajosamente.

Le dolía la boca, los puños de los policías le habían hecho saltar algún que otro diente y se había mordido la lengua cuando le retorcieron los testículos. No obstante, no tenía ánimo para quejarse. Los golpes formaban parte del tratamiento reservado a los que eran arrestados en flagrante delito; la intensidad variaba de acuerdo con el mismo. Y el suyo era de aquellos que autorizaban a quienquiera que llevara un uniforme a romperle la cara. Mientras estaba en comisaría, esposado a una silla, habían entrado también agentes de otros distritos por el mero gusto de propinarle una patada o escupirle en la cara. Beggiato, sin embargo, no se lo tomó muy a pecho; después de todo, esas eran las reglas del juego. Lo único que esperaba era que lo trasladaran a la cárcel cuanto antes. Allí nadie le pondría un dedo encima y podría concentrarse en hallar una vía de escape. Tal vez el encargado de barrer la galería resultara ser un viejo conocido que le consiguiera un poco de cocaína. La necesitaba para recuperar las fuerzas y la lucidez. Pero no había aparecido nadie y el encargado de la enfermería se había negado a

suministrarle un analgésico. Se había pasado cuatro horas tumbado en una camilla mirando la bombilla que colgaba del techo, sufriendo como un perro y pensando en el interrogatorio. Al final tuvo que rendirse a la evidencia de que ni siquiera con una buena raya se le hubiera ocurrido una solución decente.

El juez hizo un resumen de los hechos, pero el acusado no lo escuchó. Sabía muy bien cómo había ido todo. Su cómplice y él habían estudiado el golpe durante un par de semanas, parecía un trabajo fácil. Habían decidido vestirse de la misma manera para darle un toque de originalidad al atraco; se habían comprado dos pasamontañas de motorista de seda y dos monos de terciopelo de color negro. Hacía tiempo que habían conseguido las armas, y anteriormente las habían utilizado para limpiar un par de oficinas de correos y las cajas de tres supermercados. El día elegido habían esperado a que el joyero y su mujer abrieran la puerta blindada después de la pausa del mediodía. Habían aparecido de repente a sus espaldas y los habían empujado al interior del establecimiento. El comerciante había dicho las chorradas de costumbre, pero finalmente se había dejado desarmar y había abierto la vieja caja fuerte sin oponer resistencia. Estaba llena hasta arriba de oro trabajado y piedras de primera calidad. Eran joyas nuevas y de «anticuario», término sofisticado usado por los propietarios para ocultar la actividad clandestina de casa de empeños del negocio; objetos que no aparecían en ningún registro y que seguro que se guardaron muy bien de incluir en la lista de las cosas robadas.

Su cómplice y él habían tardado diez minutos en llenar las bolsas, lo suficiente como para que llegara una patrulla de la policía. La mujer había pulsado un botón de alarma cuya existencia desconocían. El que les había dado el soplo les juró que no había ninguna alarma escondida, pero era obvio que no se había asegurado de que así fuera. Nunca hay que fiarse de las personas de vida irreprochable que empiezan a delinquir para pagarse las deudas de juego. Se toman la vida como si fuera una partida de dados, fiándose de la fortuna y de una ínfima probabilidad.

Él y su socio se habían mirado a los ojos. «A tomar por culo la pasma», había dicho el otro.

«A tomar por culo todo el mundo», había dicho él.

El botín era de esos que te resuelven la vida, y merecía la pena arriesgarse. Tal vez, si no hubieran estado ciegos de coca se hubiesen entregado, reduciendo así los daños, pero en aquel momento los pensamientos viajaban veloces por su cerebro, en una órbita demasiado lejana al sentido común.

Él había cogido a la mujer del joyero por el cuello y la había obligado a salir del establecimiento, apuntándola con el revólver en la cabeza. Su cómplice había dejado inconsciente al propietario y había salido llevando consigo las bolsas con las joyas robadas. Todos habían comenzado a gritar: ellos, los polis, la rehén y los transeúntes. Los atracadores no sabían qué hacer. Entonces, un coche amarillo apareció de repente desde una de las calles laterales y se metió en medio del jaleo, trazando una línea divisoria entre los malos y los buenos.

Y aprovechaban la circunstancia. Después de empujar al suelo a la rehén, se abalanzaron sobre el coche y abrieron la puerta. Al volante había una mujer con la cara desencajada por la sorpresa. En el asiento trasero, un niño que preguntaba a su madre qué era lo que estaba pasando.

Pocos segundos bastaron para apoderarse del vehículo y huir con nuevos rehenes. Apenas unos centenares de metros más adelante, las patrullas de refuerzo les cortaron el paso. Él bajó entonces con el niño, amenazando con matarlo si no lo dejaban pasar y, tras convencerse de que la policía no tenía intención alguna de obedecer, apretó el gatillo. El proyectil penetró en la carne entre el cuello y el hombro, atravesó el cuerpo y salió por un costado. El niño se desplomó sobre el asfalto. Por un instante, el grito de la madre se impuso por encima de cualquier otro ruido.

Los policías se habían quedado paralizados. Debieron de pensar que el tipo no era un profesional y que no actuaba de acuerdo con las reglas del juego. No había necesidad de matar al niño; hubiera bastado con hacerse el duro y ellos lo hubieran dejado marchar. Hasta la próxima. No estaban en Estados Unidos, donde se dispara a la primera de cambio. Era una ciudad tranquila del nordeste, y el cuerpo tendido en el suelo era el de un niño rubio que acababa de salir de la escuela.

«Ahora ya no querrán negociar», se limitó a decir su cómplice. Conociéndolo, sabía que le hubiera encantado dispararle un tiro por la espalda, pero todavía lo necesitaba para huir.

Habían aprovechado el momento de confusión para escapar de nuevo, pero había policías por todas partes. La mujer decía a voz en cuello que ya no tenía ganas de vivir. La emprendió a golpes con ellos mientras gritaba que quería morir. El coche dio un bandazo y él se vio obligado a complacerla: un tiro en el estómago, a quemarropa. En ese momento se metieron en un callejón sin salida. La tapia que cerraba la calle se podía salvar con facilidad, y su socio saltó al otro lado. Él le pasó las bolsas con el botín, perdiendo así un tiempo precioso. Tres coches de la policía llegaron a toda velocidad. No le



quedó otro remedio que elegir entre rendirse o morir. Y eligió vivir. Arrojó lejos el revólver, se quitó el pasamontañas y se arrodilló, manteniendo las manos bien levantadas por encima de la cabeza.

—La mujer murió hace una hora —le informó el juez—. Los médicos no lograron salvarle la vida. En cambio, el niño murió en el acto.

Beggiato no dijo nada. Ya daba por hecho que la mujer había muerto también.

—Ha cometido usted un grave delito —continuó el magistrado—. Creo que no es necesario que le explique a lo que se enfrenta. El único comportamiento razonable por su parte para intentar conseguir un poco de clemencia es confesar el nombre de su cómplice.

El acusado se pasó lentamente la lengua por el borde de un diente roto.

—No fui yo quien disparó.

—Eso importa poco —replicó el juez—. El código penal no establece ninguna diferencia entre autores materiales y cómplices.

Beggiato miró a su abogado, que comenzó a observar con suma atención la puntera de sus zapatos. Él y sólo él era quien debía decidir entre traicionar o pagar por los dos. Si escogía confesar, conseguiría acortar la condena, pero tendría que renunciar a su parte del botín y al respeto que su nombre suscitaba en el mundo del hampa. Y no le apetecía nada cumplir condena por infame. De esa situación no había salidas a bajo coste.

Decidió ponerse serio. En el fondo, tenía diez años exactos de mala vida a sus espaldas. Se quitó los algodones de la nariz para hablar con mayor claridad.

—No puedo proporcionarle ese nombre —dijo, jactancioso—. De lo contrario, y usted lo sabe, señor juez, cuando salga no podré disfrutar de mi parte del botín.

El magistrado sonrió, complacido. Beggiato era un verdadero idiota. Esa frase indignaría y despertaría sed de venganza en el jurado popular durante el proceso. Se aseguró de que el secretario la anotara al pie de la letra antes de continuar.

—Usted no va a poder disfrutar ni un solo céntimo de ese botín —dijo—. Robo con intimidación, secuestro, doble homicidio de un niño de ocho años y de su madre para intentar evitar su detención... Solicitaré la perpetua y me la concederán sin demasiado esfuerzo.

El acusado sabía que el juez decía la verdad. No había exagerado un ápice. Aquel día había cometido muchos errores. Y el mayor de todos era no haber hecho que lo mataran en el callejón. Se puso en pie y pidió poder regresar a su celda. Las palabras habían dejado de tener sentido.

Cuando Beggiato hubo salido, el juez se volvió hacia el abogado.

—Convéncelo para que hable y pediré treinta años.

—Lo intentaré pasados unos días. En este momento no está en condiciones de razonar.

—No tendrás intención de hacerlo confesar en el juicio para que el jurado se apiade, ¿verdad?

—No te preocupes. Si no confiesa, renunciaré a su defensa. Ha cometido un crimen odioso, y no me apetece nada que los periódicos me crucifiquen.

## Silvano

Una de mis costumbres al regresar a casa los días laborables era echar un vistazo al buzón. El mío era el primero de una hilera de seis de aluminio dorado, ventanita de cristal y el nombre de los inquilinos impreso con el ordenador personal del administrador de la finca. En seguida me di cuenta de que aquel sobre solitario era una carta. Hacía años que nadie me escribía; sólo facturas y propaganda, lo suficiente como para llenar de vez en cuando el buzón. El nombre del abogado, escrito con letra elegante, no me dijo nada. Subí a casa y dejé el sobre encima de la mesa de la cocina. Metí la comida precocinada en el horno microondas y fui a cambiarme. Había sido un día agotador. Había puesto medias suelas, había cambiado el tacón de un montón de zapatos y había duplicado unas cuantas llaves. Siempre era así a principios de mes. La gente cobraba el sueldo e iba corriendo de compras a los centros comerciales. Mi negocio estaba situado justo enfrente de las cajas del hipermercado, y resultaba imposible no ver el cartel: «Tacón Vertiginoso». Los clientes me dejaban sus zapatos o sus llaves y venían a recogerlos tras haber llenado los carros de la compra.

El reloj del horno anunció que la comida ya estaba lista. Saqué los cubiertos, un cartón de vino y el queso del frigorífico. Encendí la televisión, evité los informativos y busqué algo entretenido. Elegí un concurso. Un buen puñado de euros si adivinabas todas las respuestas. El presentador era un barrigón simpático; la concursante, una profesora del sur flaca como un clavo y con una molesta voz nasal. La eliminaron antes de que me acabara la lasaña. Durante la publicidad, aproveché para abrir la carta. Limpié tranquilamente el cuchillo con la servilleta de papel y lo pasé por debajo de la pestaña del cierre.

*Distinguido señor Contin:*

*Mi cliente, el señor Raffaello Beggiato, me ha encargado que interponga un recurso de gracia. El procedimiento determina que las partes agraviadas deben expresar su opinión*

*ante tal solicitud. Adjunta a la presente hallará una carta en la que mi cliente solicita su perdón. Si bien soy consciente de que este nuevo capítulo de la historia judicial sin duda habrá de suscitar en usted dolorosos recuerdos, le pido que tenga a bien leerla con un sentimiento profundo de humanidad.*

*El señor Beggiato ha cumplido ya más de quince años de condena y, en estos momentos, se ve aquejado de un grave cáncer, cuya evolución no parece ofrecer esperanza de curación. Es deseo de mi cliente concluir su existencia en libertad. Con la esperanza de que pueda usted comprender el drama humano del señor Beggiato y sea capaz de perdonarlo, se despide atentamente de usted.*

ALFONSO DE BASTIANI, ABOGADO

Las manos me temblaban. Tomé un largo sorbo de vino. En ese momento comenzó de nuevo el programa con otro concursante, un informático de Viterbo. No logré concentrarme en la pregunta, pero comprendí por el aplauso del público que había acertado la respuesta. El presentador resumió los momentos estelares del concurso y luego anunció una nueva pausa publicitaria. Saqué el otro folio del sobre.

*Distinguido señor Contin:*

*Me atrevo a dirigirme a usted porque estoy desesperado. He sabido que estoy enfermo de cáncer y que no tengo esperanza. Hasta el momento he cumplido quince años de pena. Sé que son pocos para los crímenes horribles con los que manché mis manos, pero la enfermedad pondrá fin a la condena de todos modos. Le ruego que me perdone y se muestre favorable a la medida de gracia. Mi único deseo es poder morir como un hombre libre. Soy consciente de que le estoy pidiendo que tenga piedad del hombre que le arrebató a sus seres más queridos, pero usted no es como yo, y ciertamente es muy capaz de un gesto tan noble.*

RAFFAELLO BEGGIATO

El concurso arrancó de nuevo. La siguiente pregunta se refería a un episodio de la vida privada de una conocida cantante, una de esas por las que

se vuelven locos los jóvenes. El concursante había empalidecido, había perdido la seguridad en sí mismo y también la sonrisa. No sabía la respuesta. Cogí el mando a distancia y apagué el televisor.

Volví a leer la carta de Beggiato. El bastardo del asesino, ese maldito hijo de puta, me pedía piedad. Estrujé ambas cartas y las arrojé a la basura. La piedad era un sentimiento que formaba parte de otra vida, antes de que la muerte envolviera mi existencia. El hecho de que el cáncer lo estuviera matando solo me parecía un acto de justicia. Era justo que Beggiato sufriera hasta el final. En la cárcel, obviamente. Rodeado de presidiarios y carceleros, sin cariño ni consuelo. Su muerte no iba a aliviar el dolor que desde hacía quince años dominaba mi vida, invadiendo tiempo, pensamientos y acciones cotidianas. El dolor punzaba como el de una herida infectada, pero me hacía sentir vivo y me ayudaba a orientarme en la oscura inmensidad de la muerte. El anuncio del final del asesino despertó mi curiosidad. ¿Cómo la palmaría Beggiato? A lo largo de todos esos años había aprendido a clasificar los momentos del deceso. Algunas personas mueren mientras duermen y no se dan cuenta de nada. Otros, sin embargo, pasan a mejor vida de repente, con tiempo tan sólo para un pensamiento apenas bosquejado. Pero eso les ocurre únicamente a los adultos. A los ocho años, mi hijo Enrico sabía bien lo que era la muerte, pero estaba demasiado asustado para darse cuenta del peligro. Había oído el disparo y percibido la estela abrasadora que el proyectil horadaba en su cuerpo, y su vida había cesado al cabo de un puñado de segundos. Eso fue lo que me dijo el forense. Cuando le pregunté si mi pequeño había tenido tiempo de ver la oscuridad de la muerte, me puso una mano en el hombro y murmuró palabras de consuelo.

Sin embargo, mi pregunta no carecía de sentido. Yo estaba con Clara cuando murió en el hospital, y ella sí vio la oscuridad. «Está muy oscuro, Silvano —decía mientras me apretaba con fuerza la mano—. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro». Oscuridad, miedo. La oscura inmensidad de la muerte. Algunos, como Clara, mueren tras una larga agonía. Es el peor momento para irse. Las facciones desencajadas, los miembros agarrotados...

El mismo final que el destino tenía reservado a Raffaello Beggiato, el asesino.

Recogí la cocina y saqué las fotografías de Clara y Enrico del cajón. No eran el recuerdo de momentos felices; esas estaban sepultadas en las cajas que conservaban mi vida anterior en un almacén alquilado. Las únicas fotos que tenía a mano se las habían hecho en la sala de autopsias del instituto forense.

Miré con atención los torsos abiertos y profanados por el bisturí de mi mujer y de mi hijo. El dolor se agudizó y sentí una punzada en el estómago que ascendió hasta la garganta. No obstante, pensar en la enfermedad de Beggiato me evitó la rutina del llanto. El muy estúpido creía que yo era capaz de gestos nobles. Para perdonar es preciso tener sentimientos, una vida. A mí, todo lo que me había quedado lo tenía en la mano en ese momento.

En otro tiempo había sido un hombre satisfecho con su vida. Era representante de vinos de marca. Tenía secretaria y conducía un Mercedes. Tenía una mujer y un hijo. Amigos y parientes. Clara era una mujer hermosa. Me había enamorado de ella en una fiesta y nos habíamos casado dos años después. Amaba su cuerpo y sus ganas de vivir. Enrico llegó tres años más tarde, era un niño dulce y despreocupado. Trece años de vida en común. Luego Enrico y Clara se habían encontrado con Beggiato y su cómplice y todo había acabado. Para ellos y también para mí.

Ese día me encontraba en una enoteca. Estaba vendiendo uno de los primeros cabernet sauvignon envejecido en barrica cuando recibí una llamada de mi secretaria.

—Silvano, ve corriendo al hospital: Clara ha tenido un accidente.

En el pasillo había demasiados policías como para tratarse de un simple accidente. Un médico me dijo que me diese prisa, que a Clara ya no le quedaba mucho tiempo.

—Pero ¿qué ha pasado?

Las voces excitadas y atropelladas apuntaban a una trágica fatalidad.

—¿Dónde está el niño? Está bien, ¿verdad?

La mentira piadosa de un inspector me hizo entrar en la sala preocupado tan sólo por Clara. Salí pensando en cómo iba a darle la noticia a Enrico. Sólo entonces supe la verdad: un atraco, dos muertos, un criminal arrestado, el otro huido.

Tan sólo conservo recuerdos confusos de aquellos sucesos. Al funeral acudió mucha gente; una serie infinita de abrazos, de apretones de mano, de palabras de consuelo.

Mi fotografía había aparecido en todos los periódicos, al lado de las de Clara, Enrico y su asesino. En la ciudad todos me conocían. No podía ir a ninguna parte sin que alguien me detuviera. Todo el mundo sentía lástima por mí. Pronto comprendí que tenía que cambiar de trabajo. Ya no podía presentarme en una enoteca o en un restaurante para proponer mi catálogo de

vinos caros. Para venderlos era preciso sonreír, contar chistes y anécdotas, mostrarse brillante y desenvuelto. Pero yo era el hombre al que le habían matado a la mujer y al hijo. Y mis clientes lo hubiesen recordado siempre, juzgando cada una de mis palabras. De todos modos, el trabajo no era un problema, tenía suficiente dinero ahorrado como para comenzar una nueva actividad.

Mi cabeza estaba ocupada con un único pensamiento: la captura del cómplice de Beggiato. La policía no tenía idea de quién podía ser, y el asesino no había confesado. La idea de que andara por ahí en libertad sin que nadie lo molestara me hacía enloquecer literalmente. Todos los días acudía a la comisaría; el inspector Valiani, encargado del caso, sacudía la cabeza, estiraba los brazos y farfullaba frases hechas.

Entonces, decidí ponerme a investigar por mi cuenta. A través del abogado que me representaba en el juicio contra Beggiato me puse en contacto con un detective privado. Un expolicía que me sacó un montón de pasta y que lo único que descubrió fue que el asesino había mantenido una relación con una prostituta de un club de alterne, una tal Giorgia Valente.

Fui a verla fingiendo ser un cliente, pero ella me reconoció de inmediato. Me dijo simple y llanamente que no le tocara los cojones. Eso fue lo que dijo. La amenacé entonces con filtrar su nombre a los periódicos y ella cambió de actitud. Aseguró que no sabía nada del atraco; Raffaello la mantenía al margen de sus actividades. Me explicó que en los bajos fondos a las putas no se las consideraba dignas de confianza. Raffaello frecuentaba a varias personas; la mujer me proporcionó una lista de nombres que más tarde entregué al inspector Valiani. Pero ninguno resultó estar implicado.

La búsqueda del atracador me impedía abandonarme del todo. Temía el momento en el que tendría que afrontar la realidad. Amigos y parientes me sofocaban con sus atenciones. Empecé a evitarlos. En particular, a mi padre y a mi madre. Con la excusa de traerme comida, venían casi todos los días a mi casa, llena todavía de la presencia de Enrico y Clara. No lograban reprimir las lágrimas más allá de algunos minutos, y yo no podía hacerme cargo también de su desesperación.

Casi un año después se celebró la vista oral. Mi abogado intentó llegar a un acuerdo con el nuevo abogado defensor de Beggiato: el nombre de su cómplice a cambio de solicitar una pena inferior a la cadena perpetua. Pero no hubo nada que hacer. El acusado había decidido mantener una actitud coherente con su moral de malhechor y arriesgarse a ser condenado de por vida. Beggiato se presentó con un traje azul y una corbata chillona. En ningún

momento volvió la mirada hacia mí. En cambio, yo estuve observándolo todo el tiempo. Era un treintañero como tantos otros, no se parecía en nada a los criminales que salen en los telefilmes. No daba la impresión de ser uno de esos tipos que salen de su casa, se ponen un pasamontañas en la cabeza y disparan a un niño de ocho años y a su madre. Respondió con monosílabos al interrogatorio. El juez le pidió por tres veces que confesara el nombre de su cómplice, pero él siguió repitiendo que no podía dárselo.

El fiscal fue despiadado y eficaz. Cuando solicitó la pena máxima, advertí que un par de miembros del jurado popular asentían con la cabeza con gesto decidido. El abogado defensor se limitó a pedir clemencia, su único argumento fue la inutilidad de la cadena perpetua para la reinserción social del acusado. Chorradas, todo el mundo en la ciudad quería una sentencia ejemplar. Durante las pausas del juicio, los periodistas se acercaban y me entrevistaban con delicadeza. La madre de Beggiato, una mujer de aspecto desaliñado que parecía desesperada, los apartaba al tiempo que les dirigía toda clase de insultos.

El acusado hizo una última declaración antes de que el jurado se retirara a deliberar. Repitió por enésima vez que no había sido él quien había disparado. El juez se encogió de hombros. Eran palabras inútiles.

Cuando el presidente del jurado pronunció la palabra «perpetua», el público que había seguido las deliberaciones prorrumpió en un aplauso. Beggiato, pálido como un cadáver, no movió un solo músculo.

Una periodista me detuvo a la salida del tribunal:

—Y ahora, ¿qué va a hacer? —preguntó.

No tenía deseos y mucho menos energías para empezar de nuevo. El párroco me había exhortado a que buscara la fuerza en Dios. La homilía que pronunció en los funerales me había dejado profundamente impresionado por la banal simplicidad de su receta: «La fe os ayudará a superar el dolor de la muerte, y un día nos encontraremos todos ante la presencia de Dios, que, mientras tanto, os ama y os observa desde los cielos». Amén. Yo había abandonado la iglesia mucho tiempo antes, en cuanto acabé el bachillerato. Y no por motivos ideológicos ni tras una profunda reflexión interior; simplemente, la religión me resultaba ajena. Me sentía ridículo solo de pensar en dirigirme a un ser superior, eso era todo. Un primo psicólogo me había aconsejado que visitara a un especialista para que me ayudara a llevar el luto. Todos deseaban que rehiciera mi vida. Ni siquiera lo intenté. Para mí no eran



sino palabras vacías y falsas, puesto que no poseía instrumentos para enfrentarme racionalmente a la muerte. No podía refugiarme en la fe, y el psicoanálisis me resultaba tan ajeno como la religión. Yo era Silvano Contin, marido y padre de dos víctimas de un crimen. La gente de la ciudad nunca hubiera perdonado mi regreso a la vida. Ya sé que podría haberme marchado a otro lugar donde intentar empezar de nuevo, pero lo que nadie había comprendido era que a esas alturas mi existencia se había visto envuelta por la oscura inmensidad de la muerte. ¿Cómo podría haber amado a otra mujer o criado a otro hijo con el continuo recuerdo de la voz de Clara: «Está muy oscuro, Silvano. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro»?

Esas palabras marcaban ahora el ritmo de mi vida, ofuscando colores y sabores. Sólo podía vivir con mi dolor en la esperanza de que también el otro criminal fuera capturado y castigado. Su captura no hubiera mejorado mi existencia, pero al menos hubiera equilibrado la balanza y quizá hubiera hecho desaparecer el sentimiento de extravío que a veces me impedía pensar con racionalidad.

Vendí la casa y me trasladé a un barrio nuevo y anónimo de la periferia. Había embalado todos los objetos que me recordaban el pasado y los había enterrado en un almacén cuyo alquiler pagaba cada mes y del cual jamás había vuelto a abrir la puerta.

Con mis ahorros abrí un negocio en un nuevo centro comercial situado a unos diez kilómetros de la ciudad. Era un trabajo fácil, que me permitía obtener unos beneficios decentes y en el que las relaciones con los clientes eran superficiales.

Más difícil resultó separarse de los seres queridos y de las amistades. Por fortuna, la familia de mi mujer decidió por su cuenta interrumpir las relaciones. En cambio, resultaba de veras penoso visitar a mis padres, aunque sólo los viera los domingos y las fiestas de guardar. Yo era hijo único, y Enrico, su único nieto. Palabras banales se alternaban con largos silencios y llantos improvisados, interrumpidos por palabras de odio hacia Beggiato y su cómplice misterioso. En el plazo de tres años, ambos murieron. Mi padre, fulminado por un infarto en el supermercado. Mi madre murió de un ictus mientras dormía.

Con el paso de los años también cambié de aspecto. Perdí el pelo, gané algunos kilos y empecé a vestirme en los grandes almacenes. Hubo un tiempo en que compraba en las *boutiques* más exclusivas. Iba siempre con Clara; era ella quien elegía, tenía buen gusto. Si por casualidad alguien me reconocía por la calle fingía no verme. Yo, por mi parte, no hacía nada por alentar el

saludo. Bajaba la vista y seguía adelante. La vergüenza hacía que la gente dijera las cosas más estúpidas.

Mientras tanto, el abogado del asesino intentaba librar a su cliente de la cadena perpetua. No me presenté al proceso de apelación ni tampoco a la lectura de la sentencia en el tribunal supremo. Estaba claro que Beggiato no iba a hablar, y mi abogado se bastaba sólo para representarme. Se confirmó la cadena perpetua y el asesino cumplió, además, los tres años de aislamiento diurno previstos en la condena.

Durante largo tiempo había seguido presentándome en comisaría. Al principio, una vez a la semana, después, una vez al mes, hasta que el inspector Valiani perdió la paciencia y me dijo que no le diera más la lata. El caso estaba cerrado. Beggiato estaba en la cárcel y su cómplice se había librado. Los policías eran seres humanos que hacían lo que podían. *Todo* lo que podían.

En su momento frecuenté también al joyero víctima del atraco. Él y su mujer me facilitaron un listado de los objetos robados y me ayudaron a elaborar una relación de posibles colegas deshonestos que podrían haber desempeñado el papel de receptores del botín. Pero fue otro fracaso. Las joyas se habían esfumado, al igual que el segundo atracador.

La única persona que seguía ligada de algún modo al caso era Giorgia Valente, la prostituta amiga de Beggiato. Volví a visitarla varias veces. Beggiato le escribía y yo le pagaba para que me leyera sus cartas. Sin embargo, allí no había nada interesante para mis investigaciones. Beggiato parecía resignado y, como cualquier presidiario, divagaba hablando de sexo, le contaba que se masturbaba pensando en su culo y cosas por el estilo.

Hacía tiempo que yo tampoco follaba. Algunas noches soñaba con Clara cuando hacíamos el amor. Al despertarme palpaba con la mano la cama vacía. Nunca la había engañado porque, aparte de que la amaba, había sido siempre una amante apasionada y fantasiosa. Le gustaba hacer el amor. Y además era hermosa. Muy hermosa.

En cambio, la puta tenía un rostro desagradable y vulgar, y un cuerpo rollizo con tendencia a engordar. Una vez, mientras ella leía el enésimo sueño erótico del asesino, se me puso dura, así que le pagué por metérsela por el culo y un extra para que escribiera contándoselo a Beggiato.

Nunca supe si lo había hecho o no. Creo que no, pero después de esa ocasión seguí visitándola una vez al mes, incluso después de que hubo finalizado su intercambio epistolar con Beggiato. No frecuentaba a nadie, y mucho menos a mujeres, pero de vez en cuando tenía necesidad de

desahogarme, y el culo de la exmujer del asesino me parecía el mejor lugar. Con el tiempo se había puesto gorda y deforme, pero para lo que yo quería hacer estaba mejor que bien. Ya no trabajaba en los clubes de alterne y se prostituía en un pequeño apartamento de la periferia, en la otra punta de la ciudad. La llamaba, concertábamos una cita y me entretenía con ella unos veinte minutos.

—Al final envejeceremos juntos —dijo una vez mientras me ponía el preservativo.

Aun así, nunca rechazó mi dinero. Quizá tuviera miedo de mí, o tal vez quisiera resarcirme de algún modo. Nunca se lo pregunté. La despreciaba porque había estado con Beggiato. Tan sólo era un hueco caliente en el que satisfacer mis necesidades.

En otras ocasiones me vestía de punta en blanco, me subía al coche y viajaba hacia ciudades y pueblos que nunca había visitado. Eso sucedía cuando asistía a los funerales de otras víctimas del crimen. Me enteraba de la noticia por el telediario, me informaba del lugar y de la hora, y partía hacia allí. Era el único momento en el que compartía algo, aunque fuera de una manera anónima, con gente a la que ni siquiera conocía. Me sentaba al fondo de la iglesia y observaba los rostros devastados por el dolor de los parientes, escuchaba sus sollozos desesperados. Después, diligentemente, me ponía a la cola para dar el pésame. Estrechaba manos de personas aturcidas que todavía no eran conscientes del abismo en el que habían caído. Antes de partir de nuevo me mezclaba con los curiosos y escuchaba sus comentarios, alimentando así mi dolor de banalidad.

Por lo demás, mi vida era monótona y repetitiva. Me levantaba, iba a trabajar, volvía a casa, veía un rato la televisión y me acostaba. Nunca salía por las noches. No cocinaba, casi siempre compraba comida preparada. Desde el día en que perdí a Enrico y a Clara no había vuelto a beber un vino decente. Compraba uno en tetrabrik; cualquier cosa me servía para ayudar a bajar la comida. Había perdido el sentido del gusto. Todo me sabía igual de insípido. Todavía tenía el olor dulzón de la morgue donde había reconocido el cuerpo de mi hijo atravesado en la garganta.

Los sábados por la noche me emborrachaba. Vino y *brandy* Vecchia Romagna. Cuando el alcohol me ofuscaba la mente, me ponía los auriculares del equipo de música para no molestar a los vecinos y bailaba lentamente mientras escuchaba las canciones de los Pooh. A Clara le encantaban. Después me desplomaba sobre la cama. El domingo me levantaba con dolor de cabeza, iba al cementerio a cambiar las flores de las tumbas y luego

regresaba para ordenar y limpiar la casa, mientras contaba las horas que faltaban para volver al trabajo. Desde el mostrador de mi Tacón Vertiginoso podía observar a la gente que tenía una vida verdadera, normal, banal. No sentía envidia de ellos. Era consciente de que la obsesión por la muerte me había hecho traspasar los límites de la normalidad, pero no podía hacer nada por remediarlo. No era culpa mía: un día, dos asesinos habían irrumpido en mi vida como un ejército invasor que saquea y devasta todo cuanto halla en su camino. Como superviviente, yo sólo podía recordar y vivir en la infelicidad más absoluta. El problema era fingir normalidad y dominar el grito que cada vez con mayor frecuencia me atenazaba el pecho: «Está muy oscuro, Silvano. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro». Me hubiera gustado gritar hasta desmayarme, hasta morir quizá.

## Raffaello

Mañana es martes. Un día de mierda. Falta todavía mucho para el sábado y el domingo, los mejores en la cárcel. Ducha, visita, pasta al horno, tostada, patatas y fútbol. Mucho fútbol. Me he apostado dos cartones de Ms con un serbio. Si el Milán pierde, fumaré gratis toda la semana. El cabrón del médico se mosquea conmigo porque sigo fumando, pero ¿cómo coño se puede soportar estar aquí encerrado sin cigarrillos? Los presos que no fuman se cuentan con los dedos de una mano. En el patio nos descojonamos de risa con la historia de que quieren dividir las celdas entre fumadores y no fumadores. Los del ministerio son realmente graciosos, ¿habrán visto alguna vez una cárcel? Mañana es martes. A las 7.00, limpieza. Días pares: toca fregona y amoníaco. A las 7.30 pasa el carrito del desayuno. Yo sólo cojo la leche. El café es un asco, que se lo beban el director y sus secuaces. Mi cafetera ya está preparada en el hornillo. A las 8.00 se hace el recuento y se abren las puertas blindadas, de modo que el que barre puede informarnos de las últimas noticias de radio macuto. A las 9.00, hora de salir al patio. Tengo que hablar con el de la veintisiete, me han dicho que trapichea con hachís. Al parecer, va bien contra el cáncer. Además, debo decir a los de la comisión que elijan programas televisivos menos estúpidos: por la tarde, da grima. Yo quiero ver ese programa en el que salen unas tías que intentan camelarse al capullo que está sentado en el trono y parece que vayan a matarse entre sí; es peor que un tribunal. A las 11.30 viene el de la compra. Tengo que pedirle un champú anticaída, un tubo de pasta dentífrica y un par de bombonas de gas para el hornillo. A mediodía llega el carrito de la comida. Días pares: pasta, estofado, verduras. A la una pasa el encargado del correo. Vete a saber si Contin habrá recibido ya mi carta. A lo mejor responde de prisa. El telediario de las 13.30 y luego siesta hasta las 15.00 horas. Otro paseo por el patio y después, tras el recuento de las 16.30, se cierran las puertas blindadas. El carrito de la cena pasa a las 17.00. Mañana es martes: minestrone, mortadela y ensalada. Otro café para digerir y la jornada se acabó. Las únicas novedades son los recuentos de las 20.00, las 23.00, la 1.00, las 4.00 y las 6.00 de la mañana. Si

estás durmiendo, los esbirros te despiertan. Y luego está el enfermero. Ese cabrón siempre llega tarde. Son las 23.35 y todavía no ha pasado. El vaso de plástico ya está listo en el borde de la tronera. Sólo tiene que alargar el brazo y echar las gotas. Con la historia de que tengo cáncer no escatima. Mejor. La dosis de siempre ya no me hacía efecto. La abundancia de Valium es el único privilegio de la cárcel. Temen que los que no tienen esperanza pierdan la cabeza, y no escatiman los tranquilizantes. Joder, ese cabrón no ha llegado todavía. Debe de haberse parado a charlar con sus colegas en la rotonda, ¿a él qué cojones le importa si estamos mal?

Calma, calma, no te alteres que estás enfermo. Mañana es martes. Yo soy de los que saben llevar bien esto de la cárcel, y el secreto está en saber organizarse la jornada.

Cuanto más metódico seas, más te la suda la cárcel. El verdadero problema es la noche. No se acaba nunca, a tu cabeza acuden todo tipo de pensamientos horribles. A todos les pasa. El aire se carga de desesperación y acabas respirando también la de los demás. Y el capullo del enfermero sigue sin venir. Cinco minutos más y armo un pollo. No, mejor no: el napolitano que está de servicio es capaz de ponerte un parte, y con la petición de indulto en marcha es mejor no buscarse líos. Me fumo otro pitillo. Joder, tengo la garganta seca, y el agua del grifo parece meado de vaca. Si alguien me preguntara qué es lo que más echo de menos de la libertad le respondería que el frigorífico. Hace quince años que no veo un cubito de hielo. Ahora mismo me tomaría un *whisky* con mucho hielo picado en un club de alterne lleno de chicas hasta los topes.

Un poco más y seré libre de tomarme los que quiera. Pero ¿qué coño estás diciendo, gilipollas, si ya no te queda tanto tiempo? Estás a punto de morir. Ya, estoy a punto de morir, joder, me muero. Estoy acojonado, no quiero morir en la cárcel. Aunque sólo fuera por un día, me gustaría cerrar los ojos como un hombre libre. Y voy a conseguirlo. Mi estrategia está destinada a tener éxito y, por una vez, los voy a joder a todos. A todos. Mi genial idea ha sido rechazar los cuidados en la cárcel. De otro modo, en estos momentos estaría en el centro clínico de Pisa, sometido a quimioterapia y sin esperanza alguna de poder salir de allí. He preferido arriesgarme a que la enfermedad se agrave, pero era la única *manera que tenía* de jugar mis cartas. La petición de indulto es tan sólo una maniobra de distracción. Jamás me lo concederán, el único que confía en obtenerlo es mi abogado. Pero es joven e ingenuo. Contin no tiene intención alguna de perdonarme: maté a su mujer y a su hijo, y sería absurdo que lo hiciera. Además, ese ministro de Justicia prefiere tenernos a

todos controlados en prisión. Si un homicida condenado muere, está claro que no se va a desesperar; si acaso, ganará algún voto. El indulto sólo sirve para preparar el terreno para el siguiente movimiento, la petición de la suspensión de condena por motivos de salud. La pena se mantiene, y el juez de vigilancia penitenciaria, que no tiene deseo alguno de cargar conmigo en su conciencia, se las apaña con los periódicos y el ministerio, y yo, por mi parte, apenas ponga un pie fuera, recupero mi parte del botín y me doy el piro. A Brasil. Según los médicos, me quedan un par de años de vida, me han dicho que los últimos tres meses serán dolorosos y tendré que pasarlos en el hospital. Tengo pasta suficiente para pegarme la gran vida el tiempo que me queda y asegurarme el mejor tratamiento. Por esos lares, si tienes dinero, todo es posible. Y yo soy rico. Mi socio me ha estado guardando mi parte todos estos años. Ni por un momento se me ha pasado por la cabeza la idea de que pueda haberme engañado. Él sabe bien que ciertos delitos nunca prescriben.

En libertad, las noches ya no serán así. Podré pasear por la orilla del mar, follar y divertirme, y a lo mejor hasta duermo como un tronco. En el talego, duermes siempre a intervalos, y eso si lo consigues.

Aquí, la oscuridad te recuerda que en tu expediente hay un sello rojo que reza: «Final de la pena: nunca». Que estás jodido, vamos. Entonces comienzas a pensar en lo gilipollas que fuiste por joderte así la vida. Y los recuerdos no te dejan descansar. Todas las noches pienso en la mujer y en el niño. Realmente no sé cómo pude apretar el gatillo. Pero lo hecho hecho está, y ahora ya no puedo hacer nada por ellos. Y de veras que lo lamento. Para sobrevivir en el talego me hago el duro, pero en mi interior me arrepiento de haber tirado mi vida por la borda. Podría haber tenido una existencia diferente. Tuve todas las oportunidades a mi alcance. Yo elegí ser un atracador, nadie me obligó, y si bien se me había pasado por la cabeza la posibilidad de matar a un poli o de acabar acribillado, jamás en la vida pensé en matar a dos inocentes. Es verdad que iba hasta el culo de coca, pero ¿cómo cojones se me ocurrió disparar a un niño de ocho años y a su madre? Todas las noches les pido perdón, y también los domingos por la mañana en la iglesia. No creo en Dios, pero voy de todos modos. Es el único momento en el que los demás presos están tranquilos y puedes relajarte.

En Brasil no quiero tener nada que ver con la mala vida. El último delito que pienso cometer será el de huir con un pasaporte falso. Me gustaría no tener que hacerlo, pero no me queda otra alternativa. Con la suspensión de condena estaría siempre expuesto a tener que volver a prisión, y no quiero morir encerrado en una celda del hospital penitenciario. Me dan ganas de

gritar sólo de pensarlo... Pero aquí eso no se puede hacer, pues en seguida presentan un parte, te llevan a una celda de aislamiento y te dan una buena tunda. Aunque tengas cáncer.

He tenido un buen comportamiento durante quince años con la esperanza de poder disfrutar de una medida alternativa a la cárcel. Antiguamente todavía se podía tener esperanza, aunque tuvieras la perpetua. Me había preparado para no pasarme ni un milímetro de la raya, y no me hubiera escapado, ni hubiera intentado recuperar mi parte del botín. Que se lo quedara mi socio. Aunque fuera en régimen de semilibertad, se podía empezar de nuevo trabajando, y yo me hubiera conformado, porque ya no soy el mismo de antes, soy un hombre diferente al que ya no le quedan ganas de meterse en líos. Pero los políticos han jodido la reforma penitenciaria y ahora hay ministros como ese que afirma en público que nuestras cárceles son hoteles de cuatro estrellas. Buitre carroñero, si su hijo estuviera en una...

Ahora mismo son muy pocos los que salen antes de cumplir la pena o de permiso, y cuando me diagnosticaron la enfermedad, casi me alegré. Lo primero que me vino a la cabeza fue que, en el fondo, me ofrecía la posibilidad de salir. Luego me puse a pensar y a pensar, y al final, cuando mi vieja vino a visitarme, le pedí que me buscara un abogado. Mi vieja. Pobre mujer. Es la tercera de mis víctimas. Nunca me ha abandonado. Desde que mi padre murió siempre se ha ocupado de mí. Ahora tiene sesenta y un años y sigue trabajando algunas horas para garantizarme los cigarrillos y alguna que otra cosilla. Durante un tiempo, yo también trabajé. Había una fábrica de bicicletas que mantenía ocupados a casi todos los presos de la cárcel, pero al final dejamos de ser competitivos en el coste del trabajo y ahora las bicicletas las hacen en China. Por suerte, me quedaba el giro de mi vieja.

Joder, pero ¿cuándo cojones piensa venir el capullo del enfermero? Me estoy poniendo ansioso. Me falta la respiración. Calma, calma, calma, pasa del talego, no pienses en ello..., pero ¿cómo coño se hace para no pensar? Hace quince años que no hago otra cosa más que pensar. Los pensamientos vienen sin parar y no consigues detenerlos, mucho menos ponerlos en orden. Además, tienes que guardártelos todos para ti; no puedes confiárselos a nadie, pues de lo contrario te toman por débil y se aprovechan. Todos se hacen los duros pero están tan desesperados como yo. Eso mismo: «desesperado» es la palabra apropiada. Tengo cáncer y cumplo cadena perpetua, ¿cómo voy a estar? El guardia ya ha abierto la puerta. El enfermero ha llegado a mi galería. Por fin. Cuatro celdas y será mi turno. Menos de dos minutos. El tiempo de echarles las gotas a los demás también.



Ahí está. Mira qué bien, sigue con el cuentagotas torcido. Ni siquiera ha mirado dentro de la celda. Para él sólo soy un vaso de plástico en el borde de la tronera de la puerta.

Un sorbo y ya está. Maldita noche, te la he jugado una vez más. Mañana es martes. A las 7.00, limpieza. Días pares: toca fregona y amoníaco. A las 7.30 pasa el carrito del desayuno. Yo sólo cojo la leche. El café es un asco, que se lo beban el director y sus secuaces. Mi cafetera ya está preparada en el hornillo...

## Silvano

—Aún no ha pasado un mes, ¿te morías de ganas de verme? —preguntó Giorgia Valente cuando abrió la puerta.

—Vengo a traerte noticias de tu exnovio.

—La tarifa sigue siendo la misma.

—Está enfermo de cáncer. Al parecer, no tiene esperanza.

—Tarde o temprano, nos pasa a todos.

—Quiere el indulto, ha pedido mi perdón.

—Y tú no piensas dárselo...

—No, no pienso hacerlo.

—Era de esperar. Y ahora espabila, el tiempo corre y espero a un cliente que llegará dentro de un cuarto de hora.

Recibí otra carta del abogado. No había pasado ni una semana y ya me estaba tocando los cojones. «Le pido disculpas por apremiarlo, pero la salud del señor Beggiato se está agravando...».

Llamé por teléfono al abogado que me había representado en el juicio. Me dijo que no tenía por qué responder. El procedimiento preveía que mi parecer sobre la petición de excarcelación fuese recogido de oficio. Que fuera preparándome para una visita de la policía.

La Iglesia llegó antes que la Ley. Al día siguiente, por la mañana, me encontré con un sacerdote que me estaba esperando en el Tacón Vertiginoso, un cincuentón delgado de aspecto despierto.

—Soy don Silvio, el capellán de la cárcel.

—Supongo que quiere hablarme de Raffaello Beggiato...

—Está enfermo, no le queda mucho tiempo de vida.

—Estoy al corriente.

Se pasó una mano por el rostro cansado.

—Comprendo su resentimiento y no pienso soltarle el mismo discurso sobre el significado del perdón que siempre hacemos los sacerdotes —dijo—.

Pero quiero que sepa una cosa. Beggiato ya no es el mismo hombre. La cárcel lo ha cambiado profundamente...

—Muy bien, entonces, que lo perdone su Dios.

—Dentro de dos años, Beggiato estará muerto. Intente darle un voto de confianza.

—Pero ¿se da cuenta de la estupidez que está diciendo? ¿Confianza a Beggiato? ¿Por qué iba a hacerlo? Ese tipo saldría, se puliría el dinero del atraco y moriría tranquilo.

Me detuve sobre las últimas palabras que acababa de pronunciar: «... se puliría el dinero del atraco...». Dejé de escuchar al sacerdote. Si Beggiato conseguía salir de prisión, tal vez se pusiera en contacto con su cómplice. Necesitaba atenciones médicas, y era muy probable que intentara recuperar su parte aunque sólo fuera para garantizarse los mejores hospitales. Eran simples hipótesis, pero ¿qué otra forma quedaba para identificar al cómplice? No: había otra manera. Más simple y rápida. El sacerdote me tocó el brazo.

—¿Se siente usted bien?

—Sí, ¿qué me estaba diciendo?

—Que piense en lo que acabo de decirle. Si me necesita, puede encontrarme en este número —dijo, al tiempo que me tendía una tarjeta de visita.

Ese día trabajé distraído. Después de tanto tiempo tenía una posibilidad concreta de descubrir la identidad del otro asesino. El verdadero asesino, como siempre había sostenido Beggiato. El gusano que había matado a mi mujer y a mi hijo. El fantasma que había ocupado mis pensamientos durante quince años. La realización de mi plan parecía simple, pero en realidad no lo era.

Poco antes de cerrar me sentí preparado para dar el primer paso. Al marcar el número de teléfono de don Silvio me temblaban ligeramente las manos. El cura se sorprendió con mi llamada y se alegró de oírme. Fijamos una cita para el día siguiente por la mañana, a la misma hora.

Por la noche dormí poco y mal. Soñé con Enrico. Debía de tener dos años, lo tenía en mis brazos y le estaba cantando una canción que narraba la historia de Coco y Drilo.

—No sé si será posible —dijo el sacerdote, decepcionado. Quizá esperaba un perdón sin condiciones.

—Pero tengo que verlo. Necesito comprobar si de veras ha cambiado o si sigue siendo el criminal que conocí durante el juicio.

—Tiene razón, y me alegra que esté usted dispuesto a dar un paso tan importante. Pero para obtener una visita son necesarias varias autorizaciones, y es preciso ver también si Beggiato está dispuesto a reunirse con usted.

—Si ha cambiado, seguro que estará deseoso de demostrarlo.

—Haré lo posible por ayudarlo. Para empezar, me informaré sobre el procedimiento que hay que seguir. Lo llamaré.

En el momento de darme la mano, cambió de idea y me abrazó. Lo miré mientras se alejaba. «Espabila, cura —pensé—. Haz algo útil también por las víctimas, en lugar de ayudar sólo a los asesinos». Después de cenar, apagué el televisor y cogí papel y bolígrafo.

*Distinguido señor De Bastiani:*

*Disculpe mi retraso en responder, pero estoy seguro de que podrá comprender mis dudas y mi excitación ante una decisión de semejante importancia. Hacía muchos años que no tenía noticias de su cliente y su petición de perdón me ha cogido por sorpresa. Su enfermedad, aun siendo grave, en modo alguno puede ser suficiente para hacerme inclinar por el perdón. Lo que más me interesa saber es si Raffaello Beggiato, en estos quince años de cárcel, se ha arrepentido de verdad de sus crímenes. Como ya le dije a don Silvio, el capellán de la cárcel, antes de tomar una decisión definitiva desearía reunirme con su cliente. Quiero mirarlo a los ojos mientras pide perdón por haber matado a mi hijo Enrico y a mi mujer Clara.*

*Lo saluda atentamente.*

SILVANO CONTIN

Sacerdote y abogado hicieron sus deberes. Una semana más tarde fui a hablar con el juez de vigilancia penitenciaria. Era un hombre grande y gordo, de bigotes grises y bruscos modales.

—Contaba con su rechazo para revocar la instancia —comenzó después de ofrecerme asiento—. De todos modos, Beggiato quedará libre con una suspensión de condena por motivos de salud. Estoy esperando que su abogado presente la documentación de un momento a otro. Aunque, en realidad, el indulto me parece excesivo para el delito que cometió.

—Tal vez se haya arrepentido de verdad.

El juez se quedó mirándome un instante, después abrió una voluminosa carpeta.

—Beggiato es un recluso modelo, nunca ha recibido un informe negativo por parte de la dirección de la cárcel. Pero en todos estos años tampoco ha hecho nada para demostrar que ha madurado una revisión crítica del pasado.

—No lo entiendo.

—Su comportamiento resulta intachable en el plano formal, pero nunca ha colaborado con los funcionarios ni con la dirección. En pocas palabras, jamás ha proporcionado información. Siempre ha sido solidario con sus compañeros de prisión, del mismo modo en que protegió a su cómplice.

—Vaya, que no ha cambiado en absoluto.

—Eso mismo. En varias ocasiones ha sido testigo de delitos cometidos por otros presos y ha mostrado un comportamiento hostil a las investigaciones. Por este motivo, soy contrario a la concesión del indulto, pero si usted lo perdona, el ministro y el presidente firmarán con toda probabilidad el decreto.

—Comprendo su punto de vista. Pero yo necesito saber sin lugar a dudas si se ha arrepentido de haber matado a mi mujer y a mi hijo.

—Beggiato representará su papel a la perfección. Logrará convencerlo. Conozco bien a los presos: harían cualquier cosa con tal de salir de la cárcel. Mienten con una facilidad asombrosa. Mienten siempre. A los guardias, a los educadores, a los asistentes sociales...

—Pero está enfermo. No le queda mucho tiempo de vida.

—Y por esa razón se le suspenderá la pena. Pero si usted está decidido a reunirse con él, no puedo negarme a firmar la autorización.

—Se lo agradezco.

El juez cogió un formulario, lo rellenó rápidamente y lo firmó.

—No se haga ilusiones, señor Contin. Vaya preparado para llevarse un chasco.

Nunca antes había puesto en pie en una cárcel. Nada más entrar, me golpeó el olor a sudor, comida y tabaco, apenas velado por el del amoníaco, y el sonido de un continuo y violento abrir y cerrar de puertas. Los agentes me miraban con cierta hostilidad. No aprobaban mi decisión de reunirme con el asesino. Me dieron una bandeja de plástico donde puse todos los objetos que llevaba en los bolsillos.

—El teléfono móvil también —dijo un guardia.

—No tengo.

—Ha hecho bien en dejarlo en el coche.

En realidad, no tenía ninguno, no lo necesitaba. Asimismo, el teléfono de casa permanecía mudo durante meses enteros. Pero no perdí tiempo en explicárselo. Crucé un par de puertas que dividían un largo pasillo y luego me hicieron pasar a la estancia de visitas. Era una sala bastante amplia, dividida por un muro de un metro, más o menos, coronado por un cristal la mitad de alto. A uno y otro lado había bancos.

Tuve que esperar unos veinte minutos. Después, la puerta se abrió y apareció Raffaello Beggiato. Había envejecido desde la última vez que lo había visto en el juicio. Estaba pálido y tenía el rostro surcado por unas profundas arrugas. Le temblaba el labio inferior. Todavía no había tenido valor para mirarme a la cara. También yo estaba emocionado, me temblaban tanto las manos que me vi obligado a apoyarlas con fuerza en las rodillas. El asesino estaba sentado frente a mí. Me tenía miedo. Se pasó una mano por las sienes para enjugarse el sudor. Decidí gozar del momento y prolongué mi silencio. Un agente carraspeó, quizá para recordarme que la visita duraba tan sólo media hora. Observé que llevaba puesta una sudadera con capucha.

—También mi hijo llevaba una sudadera cuando lo mataste —susurré. No quería que los guardias oyeran lo que tenía que decirle.

Beggiato se cubrió el rostro con las manos.

—Se lo suplico, señor Contin, ya todo resulta suficientemente penoso...

Con dificultad, logró encender un cigarrillo. Estaba intentando hallar la fuerza para pedirme perdón. No hice nada por ayudarlo.

—Como le escribí en mi carta, estoy enfermo y me arrepiento de lo que hice. Aunque no fui yo quien disparó a su mujer y a su hijo, me siento responsable.

—¿Quieres mi perdón?

—Sí.

—Entonces, dime el nombre de tu cómplice.

Por primera vez, Beggiato me miró a los ojos.

—No puede pedirme eso.

—¿No? ¿Quieres que te ayude a salir de la cárcel después de haber matado a mi mujer y a mi hijo y yo no puedo pedir nada a cambio?

El asesino se echó a llorar.

—Han pasado quince años y tengo cáncer, tenga un poco de piedad. No fui yo quien disparó.

—Me importa una mierda tu cáncer. Quiero ese nombre.

—No puedo dárselo.

—Entonces, morirás en la cárcel.

Se pasó la mano por los ojos.

—Creo que no tenemos nada más que decirnos.

—Escúchame bien: sé que intentarás salir solicitando una suspensión de condena por motivos de salud, pero pienso armar tanto revuelo que todos los periódicos hablarán de ti, y el juez recibirá tantas presiones que lo pensará dos veces antes de firmar la excarcelación.

Beggiato se puso en pie.

—Me pide demasiado.

—Entonces revienta en la cárcel, hijo de puta.

## Raffaello

Contin me odia y quiere joderme. Maldita sea, necesito algo para calmarme. El nuevo de la catorce dice que tiene Rohipnol para vender. Pero ¿de dónde ha salido ese? Es italiano, aunque eso no quiere decir nada; lo mismo es un cabrón y yo me meto en un lío. Gilipollas, ya estás metido en un buen lío. Si Contin azuza a los periodistas contra mí, el ministro me sepultará en el hospital penitenciario. ¿Qué cojones puedo hacer? Contin es un hijo de puta, pero tiene razón. ¿Y si le pido un poco de chocolate al de la veintisiete? Es caro y no fía, me quedaría sin cigarrillos y el serbio todavía no me ha pagado la apuesta. Sí, Contin tiene razón. Maté a su mujer y a su hijo, y ahora le pido una firma sin poder darle nada a cambio. Pero no puedo revelarle ese nombre. En primer lugar, porque me convertiría en un chivato, y para eso ya lo hubiera hecho hace quince años y, después, porque todo mi plan para darme el piro al Brasil se iría al garete. Además, tengo derecho a disfrutar de un poco de tranquilidad. Joder, me estoy muriendo, es sólo cuestión de tiempo, y en estos quince años he sufrido como un perro. El doctor me ha dicho que me dé prisa en decidirme por la quimioterapia. Cuanto antes empiece, más a raya mantendré a la bestia. «¿No le interesa saber dónde tiene el cáncer?», me preguntó. «No», le respondí. ¿Qué cojones me importa saber dónde está? Está y punto. Y te va royendo por dentro como un ratón que te hubieran metido por el culo. Si lo supiera, me estaría tocando siempre la parte enferma, y tal vez eso lo provocara y se pusiera a morderme aún más fuerte. Luego, el de la camisa blanca me ha dicho que hago mal en seguir actuando como si estuviera sano, que es un comportamiento irresponsable. En otra ocasión le hubiera dado un par de hostias. Pero ¿será gilipollas? ¿Qué sabrá él lo que significa estar enfermo en la cárcel? Los demás revolotean a tu alrededor como buitres. Aquí nadie tiene piedad de nadie. Y, encima, va y me dice que en el último estadio los dolores serán terribles. El muy cabrón. Si hubiera sido un cliente de pago hubiese mantenido la boca cerrada. ¿Y si tuviese el cáncer en la polla? Menuda putada. En ese caso no podría desquitarme antes de morir. A lo mejor me ha salido de tantas pajas que me he hecho. Podría



pedirles un poco de caballo a los calabreses, pero entonces tendría que pedirles prestada la jeringa a los bergamascos. Son buenos chicos, pero vete tú a saber si no tendrán alguna mierda de enfermedad que incluso me haga palmar antes de tiempo. Aunque también ellos podrían decir lo mismo de mí. Tengo cáncer y quizá no se fíen y no quieran prestármela. Me temo que tendré que olvidarme del tema, pero en la celda sólo tengo cigarrillos y café. No me queda otro remedio, tengo que arriesgarme; no pienso darle ese nombre. Le mandaré un telegrama a mi abogado y me jugaré la carta de la suspensión de condena. Y si me sale mal, ajo y agua, acabaré en el hospital penitenciario. Me cago en la puta, ¿por qué la pasma no me mandaría al otro barrio el día del atraco? Una bala es más rápida que la cárcel y el cáncer. Mucho más rápida. Sí, tengo que jugarme el todo por el todo. A lo mejor Contin no arma jaleo con los periódicos. No, ese seguro que lo hará, ya lo creo que lo hará. Está muy amargado. Aunque tiene razón. También yo haría lo mismo. Me equivoqué con respecto a él, no creí que un «tipo intachable» pudiera llegar a tanto. Voy a prepararme un café, aunque sólo sea por hacer algo. Para cuando empiecen los dolores, debo estar fuera; con la pasta podré conseguir un poco de droga con la que mantener a raya a la bestia. En el hospital penitenciario te dan los analgésicos con cuentagotas. Al fin y al cabo, eres un preso de mierda, y a nadie le importa un carajo tu sufrimiento. Sí, le mando de inmediato un telegrama al abogado y le digo a mi vieja que se ponga en contacto con mi socio. Que empiece a preparar ya la pasta y el pasaporte. No me gustaría salir y descubrir que lo ha invertido todo y que mis euros no están disponibles. A mi vieja no le va a gustar, pero no tengo ninguna otra persona de confianza a quien pedírselo. En todos estos años me he puesto en contacto con él en tres ocasiones. Tres planes de fuga que no llegaron a cuajar. Ya no puede escaparse uno de la cárcel. Nadie sabe mantener la boca cerrada. Yo me he portado bien; ahora le toca a él. Tengo que acordarme de pedir café y azúcar. Sí, eso es lo que voy a hacer: le mandaré a mi vieja y él organizará mi huida. Siempre que Contin no me joda, claro. Es verdad que también él ha cambiado. Tiene una cara de muerto que da miedo, y la piel blanca como la leche. Parece que haya estado en el talego. ¿Es que nunca va a la playa? Quizá esté enfermo. Puede que él también tenga cáncer. Debo darme prisa, dentro de nada pasarán a recoger los encargos, y para enviar un telegrama es preciso solicitar la autorización del director.

«El interno Raffaello Beggiato, celda número 5, segunda galería, solicita autorización a su señoría para el envío del siguiente telegrama dirigido a su abogado: “Lo espero para reunión urgente. Atentamente, Raffaello

Beggiato”». Pero ¿cuántas solicitudes de mierda habré hecho en todos estos años a esos cabrones de sus señorías? ¿Qué quieres hablar con el cura, el director o el asistente social? Solicitud. ¿Qué quieres un champú que no te deje sin un solo pelo? Solicitud. ¿Qué quieres un turrón para Navidad? Solicitud. ¿Qué quieres ir a ver al dentista para que te deje tieso? Solicitud. Menudo es ese. Lo único que hace gratis son las extracciones, y eso porque se las reembolsa el ministerio. Si no quieres quedarte sin dientes con cuarenta y cinco tacos, tienes que pagar. ¿Qué quieres pagarle al dentista? Solicitud.

Contin me ha jodido. Me había preparado todo un discurso para convencerlo de que estoy arrepentido, y él ha pasado de mí. En realidad, mi socio debería hacerme un monumento. La tentación de cantar para acortar mi condena ha sido grande en más de una ocasión. Y ahora, todavía más. Por un momento sentí que las piernas me temblaban y estuve a punto de decírselo todo a Contin. Pero entonces hubiera tenido que declarar en el juicio. Me cago en la puta, qué vergüenza. Si no hubiera matado a una mujer y a un niño, estaría orgulloso de mí mismo. En cambio, me siento de puta pena. Nunca le he confesado a nadie que fui yo quien disparó. Tan sólo mi socio sabe la verdad. Y, sin embargo, de vez en cuando, como en este momento, tengo ganas de contárselo a alguien. No sé por qué. Antes de morir llamaré a un sacerdote y se lo confesaré. A lo mejor antes de darme la extremaunción me absuelve también de ese pecado. ¿Existirá de veras el infierno? Ese tipo de gilipolleces no te las planteas jamás en toda tu vida, pero cuando sabes que dentro de setecientos treinta días estirarás la pata, empiezas a preocuparte por tu culo.

Tengo que cambiar la junta de la cafetera. Otra solicitud de los cojones. Y el funcionario responsable de las compras externas es un capullo. La mayoría de las veces se equivoca, así que me arriesgo a que me traiga juntas para cafeteras de seis tazas. Ya me ha pasado otras veces. Él, en cambio, se da la gran vida: sus horas de trabajo, en lugar de estar en la prisión, se las pasa dando vueltas por la ciudad para comprar nuestras cosas, y encima lo hace con el culo. Que te den, maldito esbirro.

He pensado en la muerte y ahora me ha entrado el pánico. Lo siento en la boca del estómago. Morir me da un miedo atroz. ¿Estaré consciente cuando llegue el momento? ¿Qué sentiré? ¿Y qué pasará después? ¿Se me aparecerá Dios, como me dijo don Silvio, y me preguntará si quiero vivir la eternidad en su presencia? ¿Vivir? Pero ¿qué cojones estás diciendo, gilipollas? ¿Y si no hay nada más? Sólo oscuridad. ¿Una oscuridad negra e infinita?

Cálmate, no pienses. Enciéndete otro cigarrillo. Si me pilla en el hospital penitenciario, será una muerte de mierda. En libertad, en cambio, podré pagarme un montón de droga para no sufrir y para que la cita me coja completamente inconsciente. Así me paso por el culo también a la dama de la guadaña. Joder, el dinero. El dinero marca la diferencia, siempre lo ha hecho. Quiero morir en Brasil, como un señor. A lo mejor entretanto se descubre un remedio nuevo y me libro, y tiro todavía unos añitos. Tengo cuarenta y cinco años, joder. Soy joven. Soy un joven condenado a cadena perpetua. Soy un joven condenado a cadena perpetua con un tumor maligno. Y Contin me pide ese nombre. Que se vaya a tomar por culo. Que se vayan todos a tomar por culo.

«El interno Raffaello Beggiato, celda número 5, segunda galería, solicita autorización a su señoría para comprar un paquete de tres juntas para una cafetera de una sola taza. Atentamente, Raffaello Beggiato». He subrayado «una sola» para que el imbécil no se equivoque.

## Silvano

El inspector Valiani se quedó muy sorprendido al verme. Hacía tiempo que no me presentaba en la comisaría para interesarme por el curso de la investigación. Se levantó de su mesa repleta de expedientes y me tendió una mano con los dedos manchados de nicotina.

—Buenos días, señor Contin —me saludó en un tono circunspecto.

—Tengo que hablar con usted.

—Hace tiempo que se cerró la investigación.

—Ya lo sé. Pero Beggiato está enfermo de cáncer y podría obtener una suspensión de condena.

—Podría...

—He hablado con el juez de vigilancia penitenciaria, las probabilidades son altas.

—¿Y qué?

—Pues que una vez en libertad podría ponerse en contacto con su cómplice.

—Y nosotros no lo perderemos de vista. El hecho de que no hayamos conseguido capturar a su cómplice no significa que nos hayamos olvidado del asunto. Dentro de un par de años me jubilo y me gustaría poner un broche de oro a mi carrera.

—¿Entonces?, ¿puedo estar tranquilo?

—Me ocuparé personalmente de ello.

Mientras me despedía pensé que un policía más joven y despierto me hubiera dado más confianza. El cómplice había vuelto a ocupar mis pensamientos día y noche, pero al menos ahora su captura me parecía más cercana. Obviamente siempre y cuando Beggiato consiguiera que lo excarcelaran y en el supuesto de que hubiera decidido ponerse en contacto con él. El hecho de que el asesino perseverara en su comportamiento mafioso me hacía pensar que el otro seguía vivo, libre y residente en Italia, puede que hasta en la misma ciudad. De otro modo, no le hubiera importado confesar. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que Beggiato, una vez

fuera, iría a su encuentro. Pero esta vez la policía no iba a dejarlo escapar. Mi amenaza de impedir la excarcelación de Beggiato era sólo un farol. En realidad, no veía la hora de que saliera para conducir a los hombres de Valiani hasta su cómplice. Debía de tener más o menos la edad de Beggiato. Habría de morir en prisión cumpliendo su condena. Beggiato se le anticiparía. Muertos. Todos muertos. Los criminales, Clara, Enrico. Y, tarde o temprano, también habría de llegarme la hora a mí.

Don Silvio esperó a que terminara de atender a una clienta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con preocupación—. ¿A qué se refiere?

—Beggiato está muy alterado, y no ha querido contarme cómo fue la reunión.

—Puede que sea porque no hay nada que contar.

—No piensa concederle el perdón, ¿verdad?

Me encogí de hombros y puse en marcha la máquina para pulir los tacones. El cura se rindió al cabo de un par de minutos, y se despidió de mí con un gesto cansado de la mano que parecía de derrota.

Esa misma noche me encontré en el buzón una citación de la policía. Me dirigí rápidamente a la comisaría. Un policía de paisano me informó de que se trataba de la petición de indulto presentada por Beggiato.

—Lamento molestarlo por una cosa así —dijo en un tono sincero.

—No se preocupe. Me lo esperaba.

—¿Qué debo escribir? ¿Se lo concede o no se lo concede?

—No se lo concedo.

El hombre que me esperaba a la salida debía de tener unos cuarenta años. Dijo que se llamaba Presotto y que era periodista. En la ciudad había tres periódicos. Uno era de centro derecha, otro de centro izquierda, y el tercero era el suplemento de un periódico de tirada nacional. Presotto trabajaba para el primero.

—Hemos sabido que Raffaello Beggiato ha presentado una instancia solicitando el indulto —dijo—. Supongo que estará usted en contra.

Observé su doble mentón, el tono oliváceo de su piel y las gafas de miope. No tenía ganas de hablar con él en ese momento, pero la determinación con la que se comportaba me convenció de que no sería fácil quitármelo de encima.

—Sí, acabo de revocarla.

—¿No siente lástima por Beggiato? Tiene cáncer y no le queda mucho...

Con los periodistas siempre pasa lo mismo. Una pregunta lleva a otra. Intenté mentir con aplomo.

—Desde un punto de vista humano, lamento sus condiciones de salud, pero el crimen que cometió es demasiado grave como para merecer clemencia.

—¿Es cierto que fue a visitarlo a la cárcel?

—Sí.

—¿Fue usted quién solicitó reunirse con él?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Sentía curiosidad. Me había escrito solicitando mi perdón. Me juró que se había convertido en una persona diferente, que estaba arrepentido...

—¿Y?

—Pues que no fue esa la impresión que me dio.

—¿Podría ser más explícito?

—No. Estoy cansado, quiero irme a casa.

—Una última pregunta. El abogado De Bastiani ha presentado hoy una petición de excarcelación por motivos de salud y, con toda probabilidad, conseguirá que dejen libre a Beggiato. ¿Qué opinión le merece el hecho de que, a pesar de todo, el asesino de sus seres queridos pronto estará en libertad?

—Esa decisión le corresponde tomarla al tribunal de vigilancia, que no está obligado a preguntarme mi opinión.

—Entonces, está usted en contra...

No respondí de inmediato. Tenía que elegir entre impedirle a Beggiato salir de la cárcel o bien ayudarlo para intentar llegar hasta su cómplice.

—Digamos que no es asunto mío. Además, la suspensión de condena no anula la pena. Beggiato seguirá siendo un condenado a cadena perpetua.

—Estoy de veras sorprendido —dijo Presotto—, y un poco decepcionado también. Me esperaba una reacción más dura y decidida por su parte. Personalmente opino que ese criminal merece quedarse donde está. Mi periódico está bien definido políticamente, creo que comprende lo que quiero decirle... Podría haberle sido de utilidad.

Lo había comprendido perfectamente. Estreché su mano en silencio y me alejé caminando a toda prisa. No quería comprometerme demasiado con Presotto. No sabía muy bien cómo comportarme, temía decir cosas que podrían haber estropeado mi plan, demasiado confuso todavía. Esperaba no

haber cometido errores. El ansia y el malestar que sentía hicieron que me detuviera en un bar. Hacía tiempo que no lo hacía. Pedí un carajillo de Vecchia Romagna. La camarera era joven y extranjera, y me sirvió sin dirigirme la mirada y sin dejar de conversar con la cajera. Se lo agradecí. Sólo necesitaba una pausa para reflexionar.

Hubo un tiempo en que era bueno tratando con las personas. Ahora estaba siempre a la defensiva. Incluso con los clientes. Si alguien no quedaba contento con mi trabajo ni siquiera intentaba justificarme y defenderme. Prefería no cobrarle. Aunque pocas veces me ocurría. Concentrarme en tacones, suelas y llaves representaba una tregua en mis obsesiones. La televisión surtía el mismo efecto. Pasarme horas ante la pantalla resultaba de vital importancia para restarle tiempo a la angustia, aunque fuera difícil encontrar programas que no me trajeran a la memoria, ni que fuese de un modo indirecto, la muerte violenta de mis seres queridos.

Evitaba los telediarios, los debates, las películas o las series policíacas. Ni siquiera seguía el fútbol. Dos domingos antes de la tragedia había ido con Enrico al estadio. Se había divertido y me había hecho prometerle que lo llevaría más a menudo. Mis programas preferidos eran los concursos, y aquellos en los que salían cantantes, cómicos y bailarinas. Las noticias de sucesos las leía en los periódicos por la mañana, antes de abrir el negocio. Pero a esa hora me sentía más fuerte. El momento más peligroso era la noche, cuando al abrir la puerta sabía que no encontraría a nadie esperándome. Entonces encendía el televisor para romper el silencio de la soledad, capaz tan sólo de traerme recuerdos.

Introduje la llave en la cerradura consciente de ello. Encendí todas las luces y subí el volumen del televisor. En lugar de sacar del congelador un paquete de macarrones con salmón, decidí cocinar. Sopa de sobre con fideos. Algo caliente que eliminara la acidez del carajillo. Puse el reloj para controlar la cocción de la pasta. Siete minutos. Añadí mantequilla y queso parmesano, como hacía Clara cuando se lo preparaba a Enrico. Esa noche no iba ser fácil.

El artículo de Presotto salió publicado dos días después. Tuve que leerlo un par de veces: la emoción me impedía concentrarme, junto al título aparecía una foto de Clara y Enrico. Sonreían. A su lado estaba la del asesino. La expresión adusta e inescrutable de un criminal redomado. Debajo aparecía la mía. La habían sacado durante el juicio. Me fijé en mis ojos extraviados, que todavía tenían que habituarse a la oscura inmensidad de la muerte.

## ¿RAFFAELLO BEGGIATO, PRONTO EN LIBERTAD?

Todo el mundo en la ciudad recordará la crueldad con la que el atracador Raffaello Beggiato y su cómplice, al que nunca se identificó, asesinaron a Clara y Enrico Contin hace quince años. Un crimen horrible que Beggiato debía pagar con la cadena perpetua. Debía. No obstante, al parecer el condenado recuperará pronto la libertad a causa de un tumor maligno que le fue diagnosticado recientemente por los médicos del centro penitenciario. El término técnico utilizado es suspensión de condena por motivos de salud. Dicha suspensión debería ser aplicada tan sólo en casos en los que la interrupción de la pena sirviera para curar al enfermo con el fin de permitirle cumplir posteriormente el resto de su condena. Beggiato, condenado también por la enfermedad, no debería beneficiarse de la misma, pero con frecuencia la piedad sobrepasa los límites de la ley, y los jueces de vigilancia tienden a interpretar los artículos del código penal con una benevolencia incomprensible. Que quede claro que Beggiato tiene derecho a recibir el mejor de los tratamientos, pero ¿por qué ponerlo en libertad cuando puede ser tratado en la cárcel? El hecho de que con toda probabilidad no logrará salvarse del cáncer en modo alguno puede atenuar el rigor de la ley. La cadena perpetua es la pena más severa contemplada en nuestro ordenamiento jurídico, y en el caso de Raffaello Beggiato está sobradamente justificada. El deseo del plurihomicida es pasar a mejor vida como un hombre libre. De hecho, su abogado ha presentado un escrito de petición de indulto, que, no obstante, no será concedido a causa del parecer desfavorable expresado por la parte civil en la persona del señor Silvano Contin. El padre del pequeño Enrico y marido de Clara, vilmente asesinados por Beggiato y su cómplice, acudió recientemente a la cárcel para reunirse con el preso; quería comprobar si de verdad se había arrepentido, como él mismo le había asegurado en la carta en la que invocaba su perdón. Un gesto noble que demuestra cómo, a pesar de la terrible tragedia, Silvano Contin ha sabido conservar una profunda humanidad. Aun así, no le concedió el perdón. Beggiato no lo convenció. Entonces, ¿por qué dejarlo en libertad? Es evidente que, en el



estado en que se encuentra, la suspensión de condena equivaldría a la concesión del indulto. Nadie quiere ensañarse con un hombre enfermo, pero es preciso no olvidar la gravedad de los delitos que lo condujeron a la cárcel. Cuando se secuestra a personas inocentes y se mata a sangre fría sólo por dinero, hay que tener también coraje para pagar la deuda con la sociedad. Está claro que no le estamos pidiendo a Beggiato que demuestre tener ese coraje, pero sí se lo pedimos al tribunal de vigilancia. Y al ministro, que siga dando muestras de la firmeza que hasta ahora ha caracterizado su mandato.

El periódico de Presotto había comenzado su campaña. Beggiato ya no tenía ninguna posibilidad de salir. El ministro no lo permitiría. Y mi plan se desvanecía en la nada. Tendría que resignarme al hecho de que el cómplice de Beggiato seguiría campando a sus anchas.

La foto publicada en el periódico ya no se me parecía, y nadie me dirigió siquiera una mirada. También ese día era el señor Tacón Vertiginoso.

Me sentía extraño. Más molesto que de costumbre. Los sucesos y las emociones de aquellos días habían alterado el precario equilibrio sobre el que se sostenía mi existencia. El grito resultaba más difícil de controlar. Desgarraba mi mente con un ritmo obsesivo y me llegaba directamente al pecho. «Está muy oscuro, Silvano. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro». Tenía ganas de irme a casa y tirarme en la cama, pero hubiera sido peor. Intenté concentrarme en el trabajo. Un clavo, un martillazo. Otro clavo, otro golpe. Luego encendí la máquina. Pule, saca brillo y más brillo.

«Está muy oscuro, Silvano».

«Lo sé, amor mío. Lo sé».

Al día siguiente el periódico publicó otro artículo y diversas opiniones de los lectores. Presotto había conseguido volver a despertar el interés de la ciudadanía por el caso. Leí algunas líneas y luego tiré el periódico a una papelera del hipermercado.

Tardé dos días en calmarme. Frente al espejo hallé el valor necesario para admitir ante mí mismo que estaba acabado, que era incapaz de afrontar los cambios de aquella realidad que con tanto trabajo me había construido.

Después recibí dos visitas. Y, de repente, todo cambió en mi vida. Una vez más.

La primera fue la de una señora de unos cuarenta y cinco años, elegantemente vestida. Me recordaba a alguien, pero no la reconocí hasta que don Silvio me la presentó. Había formado parte del jurado popular en el

juicio. Era la tercera por la izquierda. Ya entonces era una mujer fina, una de esas que nada más verlas comprendes que forman parte de la «buena sociedad». Me dirigió una sonrisa cálida, como había hecho con frecuencia durante la vista oral.

—Disculpe que lo moleste —dijo con un ligero acento véneto—, pero después de leer el artículo de Presotto, necesitaba hacerle saber que estoy terriblemente arrepentida de haberme manifestado a favor de la cadena perpetua para Beggiato.

Miré al sacerdote con abierta hostilidad.

—Usted no se rinde nunca, ¿verdad?

—Escúchela, se lo ruego.

—¿Para qué? —pregunté con exasperación—. Ya revoqué la petición de excarcelación.

—Eso tiene remedio —insistió el sacerdote.

La mujer descansó una mano en mi brazo.

—En aquel momento me pareció justo que Beggiato pagase con la cárcel de por vida, pero durante estos años he reflexionado al respecto y me he dado cuenta de que la cadena perpetua es una pena inhumana. Todos, incluso los peores criminales, tienen derecho a una segunda oportunidad...

—Gilipolleces —la interrumpí—. Usted es otra de esas fanáticas. Una hija de Jesús temerosa de las responsabilidades. Márchese.

No lo hizo. En lugar de eso, me apretó el brazo con más fuerza. La miré con estupor. Era una mujer hermosa con los ojos verdes y una boca bien dibujada.

—No soy religiosa —puntualizó con firmeza—. Después de mi experiencia en el juicio, me convertí en voluntaria de una asociación que se ocupa de los presos. Me ha llevado años darme cuenta de mi error.

—Beggiato le ha sorbido el seso, ¿no es así?

—No he vuelto a verlo nunca más. Voy a la cárcel de otra ciudad.

—¿Qué quiere de mí?

—Un gesto responsable. Es humano.

—¿Eso es todo?

—Por favor, no se ponga sarcástico.

—¡Largo de aquí! —grité—. Los dos. Y tú, cura, no vuelvas a aparecer por aquí.

La mujer dejó una tarjeta de visita sobre el mostrador.

—Si necesita hablar conmigo, no dude en llamarme.

—Ya tengo el número del cura. Me dijo exactamente las mismas palabras que usted, pero yo no necesito hablar con nadie.

Me dirigió una sonrisa triste y se fue, seguida por el sacerdote.

La segunda visita la recibí al día siguiente por la noche. Encontré a la madre de Raffaello Beggiato esperándome frente al portal de mi casa. Era exactamente como la recordaba, sólo que más vieja. Estuve tentado de preguntarle cómo había logrado conseguir mi dirección, puesto que mi nombre no figuraba en el listín telefónico, pero no era difícil imaginar que debía de haber sido el abogado De Bastiani.

—Váyase.

Pero la mujer apoyó su espalda contra la puerta.

—Van a hacer que muera en prisión, ahora que se han metido por medio esos malditos periodistas.

Le mostré las llaves.

—Déjeme entrar.

—El abogado dice que, sin una palabra suya de humanidad, no conseguirá que obtenga la suspensión de condena.

Resoplé. Aquella mujer me estaba haciendo perder la paciencia.

—No pienso perdonar a su hijo. Ya lo he dejado bien claro. Y ahora, déjeme entrar.

—No le estoy pidiendo que perdone a Raffaello, sólo que les diga a los periodistas que no está en contra de la suspensión.

Perdí el control. La cogí por el cuello y la estampé contra la puerta.

—Maldita zorra, no veo la hora de que tu hijo reviente, y espero que sufra como un perro.

La señora Beggiato comenzó a gritar aterrorizada. La aparté y abrí la puerta. Me senté en la cocina a beber vino directamente del tetrabrik. Entonces recordé que cuando Enrico hacía lo mismo con el zumo de naranja siempre lo regañaba. Cogí un vaso y lo llené hasta el borde. Tenía la garganta seca por la tensión. Y por la vergüenza. Le había puesto la mano encima a una anciana, y le había dicho palabras terribles. No era culpa suya que su hijo fuera un asesino, y debía de haber sufrido mucho durante todos esos años. Intentaba defenderlo como solo las madres saben hacerlo. Afortunadamente, nadie nos había visto. Los vecinos eran perfectos desconocidos, y no quería convertirme en su tema de conversación favorito. El vino me calmó. Encendí la televisión e intenté concentrarme en las preguntas finales de un concurso.

Estaba seguro de que jamás volvería a ver a la madre de Beggiato, al menos, por mi barrio. Sin embargo, me la encontré de nuevo plantada frente

al portal exactamente veinticuatro horas después. Estaba tensa y nerviosa. Con una mano apretaba su bolso y, con la otra, la solapa del vestido.

—Por favor, no insista —dije, manteniéndome a cierta distancia. Ya no me fiaba de mis reacciones.

Se echó a llorar.

—Raffaello me ha dicho que quieres ese nombre. Yo lo conozco —farfulló entre sollozos.

Me sentí repentinamente cansado.

—Entonces, vaya a la policía y haga que arresten a ese criminal.

—Te lo digo a ti. Si tú sacas a mi hijo...

Era tanta la sorpresa que no logré articular palabra. En cambio, la mujer parecía serena y preparada para negociar.

—Si tú haces declaraciones a los periódicos diciendo que eres favorable a su excarcelación, te ayudaré a encontrar al hombre que has estado buscando durante quince años.

—¿La envía su hijo?

Sacó un pañuelo del bolso.

—No. Y no debe saber nada. Esto es entre tú y yo. Si Raffaello se enterara, no volvería a mirarme a la cara jamás. Pero mi obligación es ayudarlo: soy su madre. No quiero que muera en prisión.

Eché un vistazo a nuestro alrededor. Había una vecina en la ventana que observaba la escena, pero desde esa distancia no podía oír lo que decíamos.

—Venga, vayamos a dar un paseo en coche.

A la mañana siguiente saqué de la cartera la tarjeta de visita de la antigua jurado popular. Se llamaba Ivana Stella Tessitore.

—Le pido disculpas por mi comportamiento del otro día.

—No me sentí ofendida, no se preocupe. Comprendo perfectamente su estado de ánimo.

Palabras vacías. Amabilidad falta de realidad. Nadie podía saber cómo me sentía. Y mucho menos ella, que se compadecía de los asesinos. Me hubiera gustado colgarle el teléfono, pero había hecho un trato con la señora Beggiato.

—Me gustaría verla, esta misma noche, si es posible —dije sin especificar el motivo. No hacía falta. Estaba seguro de que aceptaría sin vacilar.

De hecho, me invitó a su casa. Al volver del trabajo me di una ducha y me perfumé. Ya no estaba acostumbrado a salir después de cenar. La ciudad me

parecía hostil y desconocida. En una calle por la que antes solía pasar casi todas las noches vi sólo a muchachos del Este que se prostituían. Eran rubios y delgados, y sonreían a los coches que pasaban.

La señora Tessitore vivía en un barrio residencial en el que en un tiempo yo conocía a muchas personas. Coquetas casitas unifamiliares inmersas en el paisaje verde. Me abrió la puerta una muchacha de unos veinte años.

—Soy Vera —se presentó tendiéndome la mano—. Pase, mi madre lo está esperando.

Ivana Stella llevaba puestos un jersey azul y una falda del mismo color. La simplicidad era tan sólo aparente. La tela y el corte de su indumentaria eran de buena marca, y el collar de perlas debía de proceder de la mejor joyería de la ciudad. Me ofreció asiento en un sofá y un coñac *premier cru*. En otro tiempo hubiera aspirado su aroma y lo hubiera calentado entre las manos, dándole el tratamiento que se merecía. Ahora, en cambio, me bebí casi la mitad de un trago mientras buscaba las palabras adecuadas.

Ella intentó que me sintiera cómodo hablándome de sí misma. Descubrí que hacía varios años que estaba separada y que Vera era su única hija. Tenía dinero suficiente como para vivir de renta, pero subrayó que no se dedicaba al voluntariado sólo porque era una rica aburrida. Cuando me hube hartado de su cháchara, solté de repente:

—He cambiado de idea. Soy favorable a la suspensión de condena y me gustaría hallar el modo de hacerlo público.

Se quedó un par de minutos en silencio para digerir la noticia.

—¿Puedo saber por qué?

—No. Prefiero dejarlo así.

—Entiendo. Discúlpeme, era una pregunta estúpida.

—El problema es que no sé muy bien cómo debo actuar. Necesito consejo. No quiero que este acto de benevolencia me perjudique.

Ivana Stella se sirvió otro dedo de coñac.

—Espero estar a la altura. ¿Por qué no se lo ha pedido a don Silvio o al abogado De Bastiani?

—El primero es un capellán carcelario, y el segundo, un joven abogado sin experiencia. En cambio, usted fue jurado en el proceso y conoce bien esta ciudad.

—Creo que no le quedará más remedio que enfrentarse a la prensa. Una carta o una entrevista podrían ser útiles, pero no espere que todo el mundo lo comprenda.

—Por eso mismo quiero actuar de la manera más prudente posible. No quiero verme asediado por los periodistas.

La señora Tessitore volvió a quedarse un momento en silencio para reflexionar. En ese instante me di cuenta de la música a bajo volumen que procedía de un caro equipo de alta fidelidad empotrado en la librería que cubría una pared entera. Era una música hermosa, no hubiese sabido reconocer el género, pero tenía el poder de emocionarme. Se acabó casi en ese mismo momento y estuve tentado de pedirle a la mujer que me la dejara escuchar de nuevo.

—Creo que lo mejor será que envíe una carta —dijo Ivana Stella, interrumpiendo mis pensamientos—. Dirigida a los tres periódicos locales para ahorrarse celos con las exclusivas. De esa forma puede evitar la relación directa con los periodistas y aclarar su posición sin posibilidad de equívoco.

—Me parece una idea perfecta. Hace bastante que no escribo... Si preparo un borrador, ¿le importaría echarle un vistazo?

—Lo haré con mucho gusto. Venga a verme cuando quiera.

En la puerta, me dio un ligero beso en la mejilla, rozándome apenas con los labios.

—Lo admiro sinceramente —dijo despacio.

Durante el camino de regreso a casa me estuve acariciando la mejilla, intentando reproducir el leve tacto de sus labios.

Tenía todas las palabras bien ordenadas en mi cabeza, y tardé muy poco en escribir el borrador de la carta que pensaba enviar a los periódicos. Podría haber renunciado a volver a ver a Ivana Stella, pero quería que se supiera por ahí que mi decisión había sido una elección ponderada y difícil. En realidad, me gustaba visitar a aquella mujer. Despertaba mi curiosidad, hasta el punto de que me hubiera gustado espiarla en su casa; tal vez fuera porque al mirarla podía imaginar cómo hubiera sido Clara a su edad. Pensaba en ello con frecuencia, intentaba imaginar sus arrugas en torno a los ojos y la boca para apartar de mi mente la imagen de su cadáver en el ataúd. En su momento me había informado acerca del proceso de descomposición con el fin de conocer en cada momento el estado de su cuerpo. En cambio, nunca había conseguido «visualizar» a Enrico en el ataúd cerrado en su nicho. De mi hijo conservaba nítida tan sólo la imagen de su cadáver en la morgue.

—¿Es su hijo?

—Sí.

—Firme aquí, por favor. Yo me ocupo de rellenar el formulario de reconocimiento.

—Gracias.

La carta era una página llena de gilipolleces. Un puñado de palabras a cambio de un nombre. Pero Ivana Stella se sintió conmovida.

—Qué hermosas palabras —dijo mientras se secaba una lágrima que le asomaba por el ojo izquierdo con la yema del dedo corazón. La uña estaba pintada de un rojo elegante.

Aproveché el momento para observar sus manos. Parecían las de una muchacha, fruto de cremas carísimas y ningún trabajo manual. Cerré los ojos y aspiré su perfume. Persistente y clásico. Clara no hubiera sido tan banal. Mientras Ivana Stella seguía leyendo en voz alta, me levanté para servirme otro trago y mi mirada vagó entre sus cabellos y descendió por la espalda. Por la falda asomaba el elástico de las medias.

—Es perfecta —sentenció la benefactora de los asesinos—. No puedo imaginar lo difícil que debe de haberle resultado escribirla.

Me encogí de hombros.

—Tenía que hacerlo.

Me acerqué a la puerta mientras me preguntaba si me daría otro beso. En lugar de ello, tomó mi mano entre las suyas.

—Realmente me alegro de haberlo conocido.

Me cité con la madre de Beggiato frente a un estanco cercano a la estación. Al lado había un buzón de correos. Cuando llegué ya me estaba esperando. Tenía un aspecto más desaliñado que de costumbre, llevaba el cabello despeinado y sucio. Yo tenía en la mano los tres sobres dirigidos a los periódicos locales. Todavía estaban abiertos.

—Lea —le pedí en voz baja.

Cogió una de las cartas y la leyó un par de veces para asegurarse de que había respetado el trato. Me la devolvió.

—Yo te doy el nombre y tú echas los sobres en el buzón, ¿verdad?

—Pienso mantener mi palabra.

A pesar de todo, seguía dudando. Estaba traicionando a su hijo. No dije nada; sabía que, al final, su amor de madre prevalecería.

—Siviero. Oreste Siviero. Hallarás su dirección en el listín telefónico.

Un nombre como tantos otros, pero oírlo pronunciar fue para mí como recibir una descarga eléctrica. Los sobres cayeron en el fondo con un ruido seco. Me eché a temblar y el grito me hinchó el pecho.

La señora Beggiato se asustó y comenzó a retroceder sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Luego dio media vuelta y salió huyendo. Logré reprimir el grito en los oscuros meandros de mi mente. Me alejé mascullando ese nombre entre dientes, tantas que al final acabó transformándose en una especie de silbido.

Conduje hasta la comisaría atormentado por mil preguntas. Había una que me abrumaba en particular: ¿cómo habría vivido durante esos quince años? Seguro que mejor que yo, tranquilo y feliz, disfrutando del dinero del atraco. Me lo imaginaba gordo, con bigote y un diente de oro que le asomaba entre los labios al hablar. Aunque, quizá, hubiera dilapidado el botín y ahora fuera pobre y lo lamentara; esa gente no sabía ahorrar y labrarse un futuro. Cuando se les acababa la pasta, iban a por más con la pistola y el pasamontañas. ¿Qué otra cosa necesitaban? Si aparecía la policía, cogían un par de rehenes y, llegado el caso, los mataban. «Clara, voy a por él. Cuando menos se lo espere, llegará el inspector Valiani: “¿Es usted Oreste Siviero?” “Sí, ¿por qué?” “Tiene que acompañarnos a comisaría”. “¿Puedo saber por qué?” “Clara y Enrico Contin. Ha llegado el momento de que pague por lo que hizo”».

Aparqué junto al bar que frecuentaban los policías de la comisaría. Mientras maniobraba, vi salir a Valiani junto con otros colegas. El inspector debía de haber dicho algo divertido, porque los demás se habían echado a reír. Quizá yo también los hacía reír cuando iba a preguntar por el curso de la investigación. Puede que incluso me hubieran puesto un mote. Para ellos, capturar criminales solo es un trabajo. Un caso tras otro. Resuelto, sin resolver. En el fondo, hacen lo que pueden, pero no se permiten el lujo de sufrir por los demás. Sin embargo, cuando muere un colega es distinto. Me di cuenta de ello cuando asistí al funeral de un inspector asesinado cerca de Grosseto, durante el asalto a un apartamento donde se traficaba con drogas. Un narcotraficante sudamericano le había disparado en la cara y había logrado escapar. Mientras caminaba entre la gente reunida al término del funeral oí cómo los demás policías juraban venganza. Sus palabras eran duras como proyectiles. Nunca supe cómo acabó el asunto, pero no me sorprendería en lo más mínimo que hubiesen matado al traficante en un tiroteo o mientras intentaba escapar de un control.

Seguro que Valiani me preguntaría cómo había obtenido la información. Jamás le daría el nombre de la madre de Beggiato. El asesino lo sabría y la



odiaría y la anciana no merecía eso. Le respondería que lo había averiguado a partir de «investigaciones propias», lo que en el fondo era verdad. A fuerza de buscar, el nombre había acabado por aparecer. Si me hubiera olvidado del tema cuando el inspector me lo aconsejó jamás lo habría descubierto. Aun así, no había sido del todo honesto con la señora Beggiato. No le había dicho que entraba dentro de lo posible que el arresto del cómplice pudiera aplazar el momento de la excarcelación de su hijo. No había pruebas contra Siviero, y la policía tendría que buscarlas, pero entretanto no se arriesgarían a dejar en libertad a su cómplice. Después de arrestarlo vendrían los interrogatorios, los careos, los líos de juicios y de abogados. En Italia la justicia no es nunca rápida. A saber cómo reaccionaría Raffaello Beggiato, el asesino. Quizá defendería a su socio, intentando protegerlo. Pero sería del todo inútil: las investigaciones lo obligarían a asumir sus responsabilidades.

Mientras pensaba en todo eso, no me decidía a bajar del coche. Hacía ya varios minutos que Valiani había vuelto a entrar en comisaría y yo seguía allí, reflexionando, recordando, intentando poner orden en torno a aquel nombre mientras agarraba con fuerza el volante. Tenía los nudillos blancos por la tensión. Permanecí allí durante largo rato, hasta que por fin comprendí que ese día no podría entrar en la comisaría. Todavía no había llegado el momento de hablar con el inspector.

«Siviero Oreste, vía San Domenico, 26». Y justo debajo: «Siviero Oreste, Lavandería Daniela, vía Cimabue, 115.» Un barrio popular, reconstruido en parte en los años sesenta, con edificios de esos que se ven en cualquier ciudad. A esa hora de la mañana estaba lleno de gente que entraba y salía de las tiendas. También había muchos estudiantes que compartían el precio del alquiler; la cercanía con las facultades de ciencias había convencido a muchos propietarios de que los universitarios eran un buen negocio.

La lavandería se encontraba entre una farmacia y el taller de un electricista. Los dos escaparates estaban cubiertos de carteles escritos con rotulador que proponían una serie de ofertas de lo más variada. No cabía duda de que esa era la letra de una mujer. Eché un vistazo al interior. Detrás del mostrador había una mujer que estaba atendiendo a un cliente. Me di cuenta de que a sus espaldas había una cortina. A lo mejor Siviero estaba en la trastienda. Seguí caminando, deteniéndome de vez en cuando para mirar las tiendas. Un poco más allá había también un peluquero africano que compartía

local con un colmado donde vendían alimentos exóticos. Volví sobre mis pasos.

La mujer estaba envolviendo unos pantalones. Debía de tratarse de la Daniela que daba el nombre a la actividad.

Era alta, delgada, con el rostro anguloso y el pelo liso, de un rubio poco natural y largo hasta los hombros. Tenía un físico bastante vulgar y vestía de un modo en absoluto ostentoso; en realidad no parecía la mujer de un atracador.

Era una como tantas otras. Pero al menos él tenía una mujer a su lado. Me pregunté si ella estaría al corriente de todo. Durante el tiempo que llevaba observándola no había parado ni un segundo de conversar con los clientes; su rostro sonriente no parecía ocultar secretos inconfesables. Siviero debía de haberse guardado mucho de confiarle nada; en ocasiones, el amor se acaba, entonces se transforma en odio y todo puede suceder. Incluso que de la boca de uno salgan palabras que cuesten la perpetua. Nunca hubiera pensado que hubiese abierto una lavandería. Una noche, en la televisión, había visto un documental sobre mercenarios belgas. Una vez regresaban a casa, muchos de ellos se dedicaban a lavar la ropa sucia de los demás. Un psicólogo había explicado que era la necesidad de limpiar la sangre vertida lo que los movía a vivir entre lavadoras.

Me pareció una estupidez, y lo mismo pensaba de Siviero.

Fui a ver la casa donde vivía el atracador. Estaba bastante cerca, al otro lado de la vía del tren. Vía San Domenico era una calle corta y estrecha que unía vía Santa Rita da Cascia con vía San Bernardino. Una zona nueva de casas unifamiliares, todas iguales: dos pisos, buhardilla y jardín. Aparqué frente al número 26. La casa estaba cerrada. El césped estaba bien cuidado y al fondo había un cenador de estilo tirolés y una barbacoa de ladrillo que debía de servir para las cenas de verano. Carne a la brasa, pollo picante, salchichas, vino fresco, dos cadáveres sobre la conciencia y el cómplice condenado a cadena perpetua. Siviero debía de tenerse por un tipo muy astuto, pero el chollo estaba a punto de acabársele. Un par de buenas esposas y a comer la sopa boba de la cárcel. La casa era el primer elemento que contrastaba con la imagen del comerciante modesto que sugería la lavandería. Debía de costar entre 250.000 y 300.000 euros. Me di cuenta de que quería saberlo todo sobre él, y de que no iba a acudir tan pronto a la comisaría. Me sentía diferente, más lúcido y menos oprimido por el dolor. Por momentos, eufórico incluso.

Aparecí por mi trabajo con casi cuatro horas de retraso. El óptico de la tienda de al lado me preguntó si me había pasado algo. En tantos años nunca había sucedido nada parecido. Incluso algunos clientes se habían quedado sorprendidos.

—Papeleo —respondí, y el tipo aprovechó la ocasión para quejarse de los impuestos e insultar en voz alta al ministro de Economía.

Me puse a trabajar sin ganas. Quería volver a donde estaba Siviero. Verlo, seguirlo, espiar su vida. Cuando un cliente me preguntó cuándo podría pasar a recoger sus zapatos con la suela nueva, le respondí que regresara la semana siguiente. Conocía a un jubilado que había trabajado en una fábrica de zapatos y que con frecuencia daba vueltas por el hipermercado en busca de pequeños trabajos. En más de una ocasión se había ofrecido para sustituirme, pero yo siempre había declinado su propuesta. En aquel entonces no hubiera sabido adónde ir ni qué hacer con un poco de tiempo libre.

Lo encontré en el bar de la primera planta. Se estaba tomando un vaso de prosecco mientras conversaba con la hija del dueño del estanco, una muchacha feúcha de amplias posaderas que había dejado la escuela para vender cigarrillos, caramelos y encendedores. «No sirvo para estudiar —me había dicho en cierta ocasión—. Además, aquí me gano bien la vida y el trabajo es seguro. ¿De qué me sirve estudiar?».

El jubilado se llamaba Gastone Vallaresso. Era un hombrecillo de sesenta y cinco años muy espabilado y de respuesta rápida.

—Puedo comenzar de inmediato —me dijo con entusiasmo.

No discutí el sueldo y me bebí de mala gana el trago que se empeñó en ofrecerme a toda costa. No veía la hora de irme. Le expliqué las pocas cosas que no sabía y le insistí en que no dejara de dar el recibo.

—¿Cuánto tiempo cree que va a necesitarme? —preguntó.

—No tengo ni idea. Varios días, una semana tal vez.

Me comí un bocadillo en el coche mientras vigilaba la lavandería. Cada vez que se abría la puerta sufría un sobresalto que no lograba controlar. Me faltaba la respiración y mi corazón latía con fuerza. El ansia empezó a atormentarme. Por momentos se me nublaba la vista. La oscuridad de la muerte sobrepasaba los confines de la mente. «Clara, mi amor, déjame tranquilo», suplicaba, pero repentinamente sentía el deseo de entrar en la lavandería y liberar el grito.

«Está muy oscuro, Silvano. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro».

Lo susurré despacio como hacía en ocasiones antes de quedarme dormido, cuando apagaba la luz de la mesilla y la oscuridad se apoderaba de la habitación.

Los pocos hombres que entraron aquella tarde en la tienda eran todos clientes. Para ver a Oreste Siviero en persona tuve que esperar a la hora del cierre. Primero salió la mujer, que se dirigió hacia un Smart amarillo aparcado casi enfrente. Después un hombre, que me dio rápidamente la espalda para cerrar con llave la puerta y bajar la persiana. Me mostró su perfil mientras se montaba en un todoterreno que no debía de costar menos de veinticinco mil euros. Arrancó y se alejó tranquilamente. Yo me quedé clavado donde estaba, llorando con la cabeza apoyada sobre el volante. «Lo he encontrado, Clara. Lo he encontrado».

Cuando llegué a vía San Domenico, los coches ya estaban aparcados en el jardín. Las luces de la casa estaban encendidas y en su interior se desarrollaba una vida normal hecha de palabras, ruido de platos, grifos y la televisión de fondo. Una vida de personas vivas que se miraban, que se tocaban. No era justo que Oreste Siviero viviera mi realidad, la que por derecho me correspondía. Se había construido la suya propia tras destruir la mía. Ese hijo de puta, ese cabrón, ese pedazo de mierda en su hermosa casita, con jardincito y barbacoa, era el único que había ganado algo. Beggiato, su madre y yo estábamos jodidos. Yo, el que más.

La noche fue larga. No conseguía calmarme. En mi mente se formaban continuamente nuevos escenarios. Epílogos triunfales de justicia me impidieron conciliar el sueño, pero por la mañana no me sentí cansado. Estaba listo para empezar de nuevo.

A las siete aparcaba de nuevo frente a su casa. Una hora después, el portón mecánico se abrió. Primero salió el Smart, después el todoterreno. Tomaron direcciones diferentes. Obviamente, lo seguí a él. Se detuvo frente a un bar. A través del cristal lo vi saludar a un par de personas. El muy cabronazo estaba de buen humor. Me bajé del coche y entré en el local sin saber exactamente qué hacer. Siviero estaba en el mostrador removiendo su café con una cucharilla.

—Un café —pedí en voz alta. Luego me volví lentamente para mirarlo.

Él también lo hizo. Me echó un vistazo distraído que me tranquilizó: no me había reconocido. Se llevó la taza a los labios, y entonces yo aproveché para observarlo mejor. Debía de tener mi edad, algo menos de cincuenta años. Era de la misma complexión que Beggiato, pero su físico parecía saludable y tonificado. No tenía los suficientes remordimientos de conciencia como para impedirle preocuparse de su aspecto y su salud. Tenía la cara rellena, la nariz pequeña y carnosa, los ojos oscuros y decididos, el pelo corto pero con unas largas patillas esculpidas con navaja. Vestía ropa de marca y la llevaba con desenvoltura. Me percaté de que llevaba un Rolex en la muñeca, pero a diferencia de los delincuentes que salían por televisión, no iba cargado de anillos y collares ostentosos. Tan sólo una alianza en el dedo anular de la mano izquierda. Era un hombre normal. Uno de tantos. Estaba con una mujer como tantas otras. Su vida no debía de tener nada excepcional.

—Hasta luego, Tosí —se despidió con voz baja y profunda.

—Oreste, no te olvides de pagar la quiniela —dijo la cajera.

Él hizo un gesto con la mano y salió.

Miré el café, después al camarero:

—Un Vecchia Romagna, por favor.

Actuaba por instinto, razonar me resultaba demasiado fatigoso. Al cabo de quince años había encontrado al cómplice de Beggiato y no se me ocurría otra cosa que hacer más que ir a la deriva. Volví a casa, saqué del armario dos pares de pantalones y una chaqueta perfectamente limpios y planchados y los arrojé al suelo, manchándolos y arrugándolos. Luego los metí en una bolsa de plástico y me presenté en la lavandería de Siviero.

La mujer estaba atendiendo a otros clientes y me saludó con una sonrisa rápida e impersonal; la conocía bien, también yo la empleaba en el Tacón Vertiginoso. Siviero no se hallaba a la vista, debía de estar en la trastienda, haciendo funcionar las máquinas. Traté de atisbar tras la cortina, sin resultado. Maté el tiempo de espera observando mejor a la mujer. El cuello de la blusa se le abría sobre un seno pequeño. Tenía las manos cuidadas, pero la piel no era blanca y suave como la de Ivana Stella. Las diferencias de clase se notaban en los pequeños detalles. Su rostro delataba los orígenes campesinos típicos de nuestra tierra. Tenía una pequeña cicatriz en la frente. Cuando llegó mi turno me dirigió otra sonrisa. Saqué la ropa de la bolsa y la puse sobre el mostrador. La examinó y se inclinó para rellenar el resguardo. Aproveché

para estirar el cuello y aspirar su perfume. Olía a especias y a chocolate. Un poco vulgar y moderno.

—¿Nombre? —preguntó.

Una vez más me dejé guiar por el instinto:

—Contin. Silvano Contin —dije en voz alta.

La mujer no mostró ninguna reacción; esa era la prueba de que su marido la había mantenido al margen de todo. Por el rabillo del ojo vi que la cortina se movía ligeramente. Levanté la vista de sopetón y por la rendija que Siviero tenía abierta con la mano crucé mi mirada con la suya. La cortina volvió a cerrarse de golpe.

—Puede pasar a recoger su ropa pasado mañana por la tarde —dijo la mujer.

Pagué, guardé la vuelta y el resguardo en la cartera y regresé a mi coche, que estaba aparcado un poco más allá.

Siviero salió varios minutos después, miró a su alrededor y entró de nuevo en la lavandería. Después de tantos años, algo había alterado su tranquilidad y sentía la necesidad de saber si el tipo a cuya mujer e hijo había asesinado había entrado en su lavandería sólo por casualidad. Me había visto algunas horas antes en el bar, pero no estaba claro que me hubiera reconocido. Una cosa era cierta: en adelante, prestaría atención a mi cara.

Al cabo de unos veinte minutos vi cómo se alejaba a pie y se metía en una cabina telefónica. No habló mucho, pero su excitación era evidente. Tenía una curiosa manera de gesticular: agitaba la mano rígida, como si se aventara el rostro.

Siviero dejó que fuera su mujer quien cerrara por la noche. Lo seguí sin grandes dificultades a través de la ciudad. Aparcó cerca de la cabecera de línea de un autobús y tuvo que correr para no perderlo. Se bajó en la tercera parada y volvió atrás, con el semblante ceñudo y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Yo continué siguiendo al autobús, que avanzaba lentamente entre el tráfico. Cerca del centro vi bajar a la señora Beggiato. Ya sabía a quién había telefoneado desde la cabina. Frené de golpe y corrí tras ella. Le di alcance en seguida y la agarré por un brazo.

—¿Por qué se han visto? ¿Qué se han dicho? —inquirí.

La mujer se llevó una mano al corazón.

—Virgen santa, qué susto.

Esperé a que se calmara, pero seguí apretándole con fuerza el brazo. Intenté tranquilizarla con la mirada, pero la pobre mujer también estaba viviendo emociones demasiado fuertes.

—Raffaello me pidió que me pusiera en contacto con Siviero para que le preparara un pasaporte y su parte del botín para cuando salga. Así fue como supe su nombre. Hoy me ha llamado para decirme que lo tiene todo a punto.

—¿Por qué me lo cuenta? ¿No quiere que su hijo logre escapar?

—No. Quiero que esté conmigo. Hace quince años que lo espero.

—Se trata de un juego peligroso. Manténgase alejada de Siviero. La policía no tardará en hacer acto de presencia.

—El que está jugando con fuego eres tú. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido ir a la lavandería?

No se me había ocurrido nada. Lo había hecho y ya está. En aquel momento pensé que a lo mejor era Clara quien guiaba mis acciones, y rápidamente me convencí de que no había otra explicación. Clara sabía lo que tenía que hacer. Una parte de mí intuía que la única cosa sensata hubiera sido llamar a la puerta de la clínica psiquiátrica y decir: «Tengo un problema». Pero la otra parte estaba rodeada por la oscura inmensidad de la muerte y no conseguía ver más allá. Estaba oscuro. Todo estaba oscuro.

Solté a la señora Beggiato, que se alejó mientras me insultaba a media voz.

Mientras tanto, un guardia urbano en motocicleta se había detenido junto a mi coche y me estaba poniendo una multa.

—¿Ha visto dónde ha dejado el coche? —preguntó.

La mitad de mi automóvil estaba sobre el paso de peatones.

—No. Pero tiene razón, me merezco la multa.

Me miró escrutador, tratando de comprender si le estaba tomando el pelo, aunque la expresión de mi rostro decía lo contrario. El guardia arrancó la hoja de su libreta y me la tendió.

—La próxima vez preste más atención —me amonestó.

Al llegar a casa me di una ducha. Después me dirigí a la cocina en pijama en busca de algo de comer. En el frigorífico encontré un paquete de salchichas y las puse a calentar en una cazuela con agua. Las acompañé con galletas saladas y vino tinto. Tenían un sabor extraño. Miré la fecha de caducidad en el envase. Estaba bien. Después, al leer mejor la etiqueta me di cuenta de que eran de pollo. Frankfurts de pollo. Nunca las había comido. Creía que sólo podían ser de cerdo. No logré quitarme las salchichas de la cabeza durante el resto de la noche; me dormí preguntándome si también en Alemania comerían esa mierda de pollo.

Soñé con Enrico. Lo tenía en brazos. La cabeza era la de un niño de ocho años, pero su cuerpo era el de un recién nacido. No quería que lo acunara. Ambos permanecemos inmóviles hasta que por fin cerró los ojos y se quedó dormido.

A la mañana siguiente esperé a Siviero en el bar mientras leía los periódicos locales. Todos traían en primera plana la noticia de la publicación de mi carta. Los comentarios eran muy diversos. Presotto, en su artículo, sostenía que comprendía el alto valor humano de mis palabras, pero seguía exhortando a la magistratura y al ministro para que el rigor de la pena a la que había sido condenado Beggiato permaneciera inalterado. Como era de justicia. El periódico de centroizquierda había encargado el comentario a un experto que se preguntaba por qué se delegaba en los parientes de las víctimas un papel tan decisivo, que recordaba más la estructura social de una tribu que la de un Estado de derecho. El suplemento local del periódico nacional se limitó a hacer un resumen del caso y a publicar grandes fotos de los protagonistas. Vivos y muertos. Y, en el medio, mi carta en letra cursiva.

*Señor director:*

*Le ruego que me permita expresar en su periódico, de una vez por todas, mi posición con respecto a la petición de gracia y la consiguiente petición de suspensión de condena por motivos de salud presentadas por el recluso Raffaello Beggiato. Este, junto con un cómplice que sigue siendo desconocido y en el transcurso de un atraco, cogió como rehenes y asesinó posteriormente a mi mujer y a mi hijo de tan sólo ocho años. Por estos crímenes tan graves fue condenado a la máxima condena prevista en nuestro código penal. Transcurridos quince años de los hechos, el condenado Beggiato, gravemente afectado por un cáncer, me ha pedido el perdón. Tras visitarlo en la cárcel he tomado la decisión de no concedérselo por razones estrictamente personales que no pretendo hacer públicas. Sin embargo, en lo que respecta a la solicitud de suspensión de condena, tras una larga y penosa reflexión, he considerado oportuno hacer público, por medio de esta carta, mi parecer favorable. Si bien no es vinculante para la decisión que acabe tomando la magistratura, considero justo dar a conocer mi opinión. Raffaello Beggiato está gravemente enfermo, sin esperanza alguna de curación, y su muerte no supondrá para mí ningún alivio. El dolor por la pérdida de mi*



*esposa Clara y de mi pequeño Enrico seguirá intacto. Pero eso no impide a mi conciencia manifestarse a favor de un acto de humanidad. Dejar morir a Beggiato en prisión sería un acto de crueldad inútil, y confío en que eso no suceda, porque sería venganza y no justicia. Además, la suspensión de condena no anula el delito, y Beggiato seguirá siendo a todos los efectos un condenado a cadena perpetua. Espero que, en caso de que su petición sea tenida en cuenta, Beggiato aproveche la libertad, aparte de para curarse, para reflexionar con serenidad acerca de los terribles delitos que cometió, a la espera del juicio de Nuestro Señor.*

*Por mi parte, tan sólo pido que me dejen a solas con mi dolor, que no pretendo compartir con nadie y mucho menos transformar en noticia o espectáculo. Nosotros, los familiares de víctimas inocentes, tan sólo merecemos un silencioso respeto.*

SILVANO CONTIN

Tenía razón Ivana Stella: la carta era perfecta. Yo no quedaba mal y me permitiría evitar a los periodistas en el futuro. Y, sobre todo, había servido para permitirme encontrar a Siviero. A través del cristal lo vi llegar en coche algunos minutos después.

Cuando apoyó los codos en el mostrador a la espera de su café, me materialicé a su lado.

—Un café, por favor.

El sonido de mi voz hizo que volviera la cabeza, y nuestras miradas se cruzaron por segunda vez. Empalideció, tuvo un momento de duda, indeciso entre huir o fingir que nada ocurría. Para entonces ya debía de haberse dado cuenta de que no estaba allí por azar.

—¿Se acuerda de mí? —pregunté—. Ayer llevé un traje a la lavandería.

Siviero no respondió, pero consiguió articular un sonido que podía parecerse a un sí. Se tomó el café sin echarle siquiera azúcar y se dirigió veloz hacia la caja. En la puerta se volvió para mirarme. Lo saludé con un gesto de la mano.

Estaba decepcionado. Siviero era un hombre tan normal que se sentía abrumado por el terror. Armado y protegido por un pasamontañas, podía permitirse raptar y asesinar a dos inocentes; pero luego era como todos los demás. Resultaba evidente que tenía un poder enorme sobre él. El hecho de

verme debía de evocarle palabras aterradoras como policía, cadena perpetua, prisión... Pensé que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de evitar la catástrofe. Sin duda alguna. Y a mí se me ofrecía la posibilidad, antes de enviarlo a la cárcel de por vida, de hacerle comprender qué era el dolor, la angustia, la desesperación. El resto ya lo comprendería más tarde.

## Raffaello

Joder, no me lo puedo creer. Cuando ha venido el de la compra con los periódicos y me ha dicho «Hay una carta de Contin a tu favor», lo primero que se me ha ocurrido es que se estaba quedando conmigo. Ya estaba pensando en hacer que se le pasaran las ganas rajándole la cara en las duchas, pero al final ha resultado que todo era cierto. Joder, ese chalado de Contin ha escrito una carta de aúpa. Ahora seguro que me concederán la suspensión de condena. ¡Brasileñas, esperadme con las piernas abiertas! ¡Llega la polla dura de Raffaello! Joder, ya me siento mejor; hasta me paso por el culo el cáncer. Hoy es un buen día, aunque sea viernes. Toca pescado, la merluza de costumbre y patatas hervidas como las pelotas de los guardias. Por suerte, mañana es sábado. Además, tengo la visita de mi vieja, que debería traerme buenas noticias acerca del pasaporte y de la pasta. Es verdad, ya me siento mejor. Claro que sí, me siento «vivo». La libertad, no me lo puedo creer. La de veces que habré soñado con ella y ahora la tengo al alcance de la mano. Basta con que mi abogado se lo curre y el cabrón del juez fije la audiencia. Ya tienen todos los expedientes. Cáncer, cáncer, cáncer. Y no pueden salirme con gilipolleces. Si hasta tienen el parecer favorable de Contin. Y eso cuenta, vaya si cuenta. Hubiera jurado que me quería muerto en la cárcel, y en cambio ha escrito: «Dejar morir a Beggiato en prisión sería un acto de crueldad inútil». Hermosas palabras, eso hay que celebrarlo. En vista de que dentro de nada salgo en libertad, puedo permitirme tirar la casa por la ventana. Dos cartones de Marlboro a cambio de una buena dosis de caballo. Me la chuto en la vena y así paso una buena tarde. De todos modos, en la tele no echan nada que valga la pena. El tipo ese al que trincaron por soborno me ha dicho que los viernes la gente sale a divertirse, y por ese motivo las cadenas no invierten en programas interesantes. Puede ser, pero ahora mismo me importa un carajo. Puedo empezar a contar los días que me separan de la libertad. Hoy mismo, cuando salgamos al patio, empezaré a repartir las cosas que dejaré aquí, para evitar que se saquen los ojos o que alguno de los que me tocan los cojones vaya por ahí con mi albornoz. ¿Y si vuelven a hacerme análisis y me

encuentran caballo en la sangre? Qué más da. Siempre puedo decir que era para uso terapéutico. Esa sí que es buena. Si incluso estás recuperando el buen humor, muy bien, Raffaello, sigue así. Pero no entiendo a Contin. Vete a saber lo que tendrá en la cabeza...

## Silvano

Una palabra me atravesó la mente como si de un rayo se tratara: chantaje. Pensé que había sido Clara quien me la había sugerido. Me permití el capricho de leer su significado en el viejo diccionario que había utilizado en el instituto.

Chantaje: Presión que, mediante amenazas, se ejerce sobre alguien con el fin de obtener de él dinero u otro provecho, o de obligarlo a comportamientos contrarios a su voluntad o sus intereses. Ej.: sufrir chantaje bajo la amenaza de revelar información comprometedor...

Justo lo que le iba a pasar a Siviero. El chantaje iba a ser el arma de mi justicia. Pensaba arrebatarse pedazo a pedazo toda aquella vida que me había robado. Además, de todos modos, acabaría en la cárcel.

Nunca le había hecho chantaje a nadie, pero sentía que no necesitaba ningún plan. Tan sólo debía aclarar las cosas con Siviero. Después, como solía decir Clara, una cosa llevaría a la otra.

—Su ropa todavía no está lista —dijo la mujer desde detrás del mostrador de la lavandería.

—Me gustaría hablar con su marido.

La mujer apartó la cortina.

—Oreste, un cliente pregunta por ti.

Oí la voz de Siviero preguntando de quién se trataba. Ella se volvió hacia mí.

—Silvano Contin —pronuncié despacio—. Su marido me conoce bien.

Entonces el hombre salió de la trastienda. Llevaba puesta una bata azul para no manchar su ropa de marca.

—¿Qué quiere? —preguntó con tono duro.

—Charlar un rato.

Se quitó la bata y me indicó con un gesto de la cabeza que saliera a la calle.

—¿Qué ocurre, Oreste? —preguntó entonces la mujer, preocupada.

—Todo está en orden, Daniela. Volveré en seguida.

Caminó delante de mí por la acera unos veinte metros, luego se volvió de pronto.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—He tardado quince años, pero al final te he encontrado.

—¿De qué me está hablando?

—Lo sabes de sobra. Un atraco, dos muertos, un condenado a cadena perpetua y un cómplice que lleva libre demasiado tiempo.

—Sigo sin comprender. Pero si cree que yo he hecho algo malo, ¿por qué no me ha denunciado a la policía? A lo mejor porque se trata tan sólo de una sospecha y no tiene la más mínima prueba.

Siviero era astuto, estaba sondeando el terreno para averiguar cuánto sabía yo.

—Esperaba que hubiese un margen para negociar —repliqué—. Pero si te pones así, me voy en seguida a ver al inspector Valiani. No creo que consigas entregarle el pasaporte y el dinero a Beggiato, y él se sentirá muy decepcionado con tu comportamiento.

Se quedó de piedra. Fue suficiente el temblor incontrolado de su labio inferior para convencerme de que lo tenía en mis manos.

—¿A qué se refiere con negociar? —preguntó con cautela.

—El criminal eres tú, deberías saberlo mejor que yo.

—Tendremos que discutirlo con calma.

—Tienes razón. Podrías invitarme a cenar a tu casa mañana por la noche.

—Mi mujer no sabe nada.

—Ese es tu problema.

—No le conviene complicar las cosas; podemos arreglarlo entre nosotros:

—No logro imaginar nada más complicado que la cadena perpetua. ¿Y tú? Negó con la cabeza, derrotado.

—Entonces, mañana a las ocho —dije—. Y que no se te vayan a ocurrir ideas extrañas. De nada te serviría intentar eliminarme, no sé si sabes a lo que me refiero.

A la mañana siguiente me aposté ante su casa para verificar que Siviero no hubiera huido. Durante la noche me había convencido de que había sido así.

Tenía a su disposición un pasaporte y el dinero que debía entregar a su cómplice. Los criminales de su calaña estaban acostumbrados a escapar. Sin embargo, la pareja salió como todas las mañanas. Seguí el todoterreno hasta el bar y después hasta la lavandería. Esperé unos diez minutos, y luego entré en el local. La mujer seguía detrás del mostrador. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando durante largo rato.

—¡Oreste! —gritó asustada al verme. Por suerte, era todavía muy temprano y no había más clientes en la tienda.

El marido apareció al momento. Les sonreí a ambos.

—He venido a buscar mi ropa.

Siviero regresó a la trastienda y ella se dispuso a buscarla con manos temblorosas. Cogí los pantalones y fingí observarlos con atención.

—La raya no está perfecta —dije—. A lo mejor convendría volver a plancharlos.

La mujer se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar.

—Hasta esta noche —dije mientras abría la puerta.

A las ocho en punto llamé al timbre de la casa de vía San 87 Domenico. En el timbre decía «Siviero-Borsatto». Fue él quien me recibió en la puerta. No dijo nada, sino que me invitó a seguirlo con un gesto de la cabeza. Entré en un amplio salón decorado con muebles caros aunque combinados con una evidente falta de gusto. Encima de la chimenea se veía un retrato al óleo de la mujer vestida de novia, como si fuera la condesa de un linaje de alcurnia.

En la pared de enfrente había un enorme televisor de última generación. Por una puerta que daba a la cocina apareció la mujer. Llevaba puesto un chándal y unas zapatillas compradas en unos grandes almacenes.

—No se recibe a un invitado vestida de esa forma —la reprendí—. Ve a vestirte como es debido.

Daniela subió corriendo la escalera como si la hubiera amenazado con azotarla con un látigo. Siviero se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

—Creía que no fumabas.

—Volví a fumar anoche.

—Tienes una casita muy mona.

—Puedo darle 250.000 euros. La mitad de la parte de Beggiato.

—¿Cómo es posible? La cifra que el joyero declaró no era tan elevada.

—Había un montón de joyas sin registrar. El negocio funcionaba como una casa de empeños clandestina.

—¿Y crees que Beggiato estará de acuerdo en compartir el dinero conmigo?

—Tendrá que conformarse.

—Quieres pagar mi silencio con una parte del dinero de tu socio cuando tú no arriesgas ni un céntimo... Eso no está bien, y además, hablar de dinero me parece prematuro.

En su boca se dibujó una mueca de resignación.

—Me lo imaginaba. No le interesa tan sólo el dinero, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Durante estos quince años te lo has pasado bien. Ahora me toca a mí, ¿no crees?

—Mira, lo importante es que lleguemos de prisa a un acuerdo.

—¿De prisa? Yo no tengo prisa.

Oí un ruido de tacones en la escalera. Daniela se había vestido, peinado y maquillado con mano insegura. Llevaba puesto un vestido gris sin mangas, lo suficientemente corto como para resaltar sus piernas delgadas cubiertas por unas medias negras. En los pies llevaba un par de zapatos de tacón del mismo color.

—Así está mejor —dije—. Ahora me gustaría tomar un aperitivo.

La mujer, feliz de poder alejarse, desapareció en la cocina. Regresó poco después con una bandeja en la que había tres vasos, una botella de prosecco y algo para picar. Hacía quince años que no lo probaba y, aparte de las burbujas, no le encontré sabor.

La mujer se sentó junto a su marido.

—¿Qué te ha contado? —pregunté.

—Todo —respondió él.

—Mi marido es otra persona ahora —dijo la mujer con la voz rota por la emoción. Apenas lograba articular las palabras, pero estaba decidida a acabar su discurso—. Desde entonces no ha vuelto a hacer nada malo. Se ha portado bien. Coja el dinero, llévese lo que quiera, pero déjenos en paz.

—¿De modo que estás de su parte? —le espeté—. Lo defiendes, te quedas a su lado a pesar de que te ha dicho que mató a una mujer y a un niño de ocho años.

—No fue él quien disparó. Fue el otro.



—En realidad, Beggiato afirma lo contrario, pero eso no tiene importancia; tu Oreste se jugaría la cárcel de todos modos y tú aparecerías en todos los periódicos: «La querida del asesino». ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Entonces, a partir de este momento mantón la boca cerrada; no tengo ganas de oír tus gilipolleces. Y ahora vete a la cocina, tengo que hablar con tu marido.

El poder que tenía sobre aquellas personas me embriagaba. No había límites para mi fantasía, apenas se me ocurría una petición que los hiciera sufrir, me daba cuenta de que podía ir aún más allá. Pero a fin de evitar que la situación se volviera psicológicamente insoportable para Siviero, tenía que hacerles creer que estaba dispuesto a negociar.

—Quiero todo el dinero. Me dirás dónde y cuándo y yo seré quien se presente a la cita con Beggiato. Mientras tanto, quiero libre acceso a esta casa y a tu mujer.

Siviero se puso en pie de un salto y apretó los puños, dispuesto a golpearme.

—Eso no puedes pedírmelo.

Di un golpe con la mano sobre la mesa:

—No te permito que *me* tutees, ¿lo entiendes?

»Procura no pasarte de la raya, o de lo contrario las vas a pasar putas.

»Precisamente de putas quería hablarte. Durante estos años, una vez al mes, me he estado follando a Giorgia Valente, la exmujer de Beggiato, me imagino que la conoces. Una fulana de cincuenta euros, gorda y fea. No es que tu mujer sea gran cosa, pero sin duda está mejor. Claro que no es hermosa como mi Clara; si tú no la hubieras matado, yo ahora no estaría aquí, queriendo follarme a tu Daniela.

—La respuesta es no. Prefiero ir a la cárcel.

—Llámalas. Veamos qué tiene que decir.

La mujer salió de la cocina.

—No hace falta. Lo he oído todo. Me acostaré con usted, señor Contin. Lo único que quiero es que esta historia se acabe pronto.

Siviero la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—No te sientas obligada.

La mujer se liberó del abrazo con un gesto de rabia.

—Cállate, Oreste. No digas nada, tú tienes la culpa de que nos pase todo esto.

—Perdonad si no me quedo a cenar —dije con un tono tranquilo—, pero me parece que tenéis varias cosas que aclarar. Yo volveré por la mañana, a eso de las diez.

Siviero me acompañó hasta la puerta y la mirada que me dirigió mientras volvía a cerrarla no me gustó nada. Era puro odio. Tendría que estar alerta. Me imaginé los pensamientos que tomaban forma en su mente, como si fueran escarabajos patas arriba: agitaban sus patitas pero no lograban darse media vuelta. Del mismo modo, Siviero agitaba su ingenio intentando encontrar una solución, una salida aceptable. Pero no la había. O, mejor dicho, debía elegir entre *aceptar* el chantaje o matarme, aunque en ningún caso saldría indemne. La idea de que pudiera eliminarme no me asustaba; lo consideraba uno de los riesgos que entraña administrar justicia. Y yo la estaba ejercitando en pleno derecho de la parte agraviada.

Por el momento, ya había obtenido un primer resultado. La relación entre marido y mujer ya nunca volvería a ser la misma. Siviero la había construido sobre una mentira, y ahora le tocaba a Daniela pasar cuentas con la realidad de vivir con un plurihomicida, aunque se veía obligada a pagar también ella para salvarlo. Por otro lado, había decidido ponerse de su parte, a pesar de la verdad. El hombre con el que se había casado había matado a un niño y a su madre, y ella estaba dispuesta a abrirse de piernas ante un perfecto desconocido con tal de evitarle la cárcel. Pues peor para ella.

A la mañana siguiente, antes de ir a casa de Siviero, pasé por delante de la lavandería. El negocio estaba abierto y él estaba atendiendo a algunos clientes.

Aparqué frente al vado de la casa. El *Smart* de la mujer estaba en el jardín.

Daniela iba vestida como la noche anterior. Me condujo hacia el salón sin mirarme a la cara en ningún momento.

—Prepárame un café.

La seguí a la cocina y me senté a la mesa.

—¿Por qué no tenéis hijos?

—Lo hemos intentado, pero no han venido.

—¿Cómo lo conociste?

—Hacía la manicura en la barbería a la que iba Oreste.

—¿Sabías que era un atracador?

—Había oído rumores.

—O sea, que lo sabías... ¿Y te casaste con él a pesar de todo?

—Lo amaba entonces y sigo amándolo ahora.

—¿Aunque haga que te prostituyas para evitar ir a la cárcel?

—No es tan grave. Solía hacer pajas en la trastienda para redondear mi sueldo y, de todos modos, no lo hago sólo por él —replicó—. A mis cuarenta y tres años no podría soportar las consecuencias de su arresto. Lo perdería todo: casa, negocio, respetabilidad... Acostarme con usted es un mal menor en realidad.

—¿Qué se siente al descubrir que tu marido mató a un niño de ocho años y a su madre?

Se encogió de hombros.

—Oreste asegura que no fue él. Afirma que Beggiato estaba como loco y comenzó a disparar sin motivo. Y yo lo creo —dijo mientras servía el café en la taza—. Además, eso pasó hace mucho tiempo. Como le dije ayer, ahora está cambiado. Era un delincuente de medio pelo metido en una historia que le venía grande, pero esa historia lo cambió. Está arrepentido de lo que hizo.

Sentí que la rabia me subía del estómago hasta el cerebro. Los ojos me hacían chiribitas, y temí sentirme mal. Esa tipa era de veras insoportable. Y además gilipollas.

—¿Está arrepentido? Hasta ahora no lo he oído decir una sola palabra acerca de mi mujer y de mi hijo.

La rabia se transformó en un gélido deseo de hacerle daño. Me tomé el café de un trago.

—Al dormitorio, de prisa.

Daniela salió de la cocina y subió la escalera. La habitación estaba al fondo de un pasillo. Habían hecho la cama. Arranqué la colcha. Las sábanas estaban recién lavadas. Ella tenía los brazos pegados al cuerpo. La aparté y me dirigí hacia la cómoda. Abrí los cajones hasta que encontré su ropa interior. Empecé a tirar al suelo bragas, sujetadores y medias. Encontré un negligé transparente de color gris perla y unas medias del mismo color. Se lo arrojé.

—Ponte esto.

Mientras la mujer de Siviero se desvestía, abrí el armario empotrado y lancé toda la ropa por los aires; luego la pisoteé y la pateé. Cuando hube acabado vi a la mujer de pie junto a la cama, con el negligé y las medias. Tenía miedo. La obligué a ponerse a cuatro patas sobre el colchón. Me desabroché los pantalones y la *sodomiceé*. Al principio intentó apartarse, pero cuando le grité que se estuviera quieta, que de lo contrario llamaría a la policía, se quedó inmóvil sobre la cama. Al eyacular dejé escapar un gruñido

de disgusto. Demasiado pronto. Aquella hija de la gran puta había sufrido poco para lo que se merecía.

Bajé al piso de abajo y estrellé una silla contra el enorme televisor que colgaba de la pared. Destruí todo cuanto quedaba a mi alcance. Incluso el cuadro al óleo que había sobre la chimenea. Lo descolgué y me puse a saltar encima. Luego me fui.

Estaba decepcionado. La mujer de Siviero se sometía al chantaje pero luchaba por conservar su identidad. La había sodomizado con saña, pero para ella no había sido nada más que un precio que pagar para limitar los daños. Nada que ver con la devastación de mi vida, el dolor y la angustia que había conocido en aquellos quince años. Para ella y para el asesino de su marido no representaba otra cosa que un problema que había que resolver. Después la vida seguiría, aunque fuera distinta de como era antes. La diferencia entre ellos y yo estribaba precisamente en eso. Mi existencia estaba cerrada para siempre por la oscura inmensidad de la muerte. Mi presente y mi futuro eran tan sólo un tiempo transcurrido en la antecámara a la espera del final porque no me había quedado nada más. En cambio, ellos todavía podían ver luz y esperanza. Incluso Siviero, una vez en la cárcel, hubiera seguido viendo la luz, manteniendo hasta el final la esperanza de no ser condenado a cadena perpetua. Y si las cosas no le salían bien en el juicio, siempre le quedaba el recurso de casación. El único que iba a vivir rodeado de oscuridad para siempre era yo.

Me encerré en casa a pensar. El cartón de vino, un vaso y las fotos de Enrico y Clara en la sala de autopsias.

Transcurrieron muchas horas. Cuando estuve seguro de haber tomado la única decisión posible ya había oscurecido. No encendí la luz. El grito me hinchaba el pecho y tenía miedo de que la luz pudiera liberarlo.

## Raffaello

Todo está saliendo de acuerdo con lo previsto. Mi vieja me ha confirmado que mi socio ya tiene listo el dinero y el pasaporte, y mi abogado me ha anunciado que pasado mañana se celebrará la audiencia del tribunal de vigilancia penitenciaria. Me hizo todo tipo de recomendaciones.

«Quédate callado, responde sólo si te preguntan, piensa antes de abrir la boca, no mires a los jueces, mantén siempre la mirada baja, tienes que dar la impresión de estar gravemente enfermo...». Entonces lo miré como si fuera imbécil y le recordé que estoy gravemente enfermo. Él replicó que también tenía que recordárselo a los jueces. Jueces... En el tribunal hay un solo juez, después está el fiscal, y los demás son comecocos y asistentes sociales. Te observan escrutadores como si fueras un monstruo de feria para justificar sus sueldos. Los conozco bien. Aquí me he dado un hartón de entrevistas con esos expertos de los cojones. Todos quieren reeducarte, pero en realidad hacen lo que les dice el juez. Les tengo incluso más odio que a los guardias. Llegan aquí con la cabeza llena de gilipolleces aprendidas de los libros y con un deseo sincero de rehabilitarte y ayudar a tu reinserción en la sociedad, pero después, cuando descubren que la cárcel se basa en la mentira y que todos los presos, sin excepción, mienten para sobrevivir, entonces cambian. Al principio se hacen los desengañados, los que creían y se han equivocado; después deja de importarles una mierda. Las mujeres se quedan embarazadas para mantener el menor contacto posible con la chusma de los presos, y los hombres piden el traslado para acercarse más a su localidad. En la frente llevan escrito «a quién le importa». En cambio, los señores expertos del excelentísimo tribunal de vigilancia penitenciaria se hacen pasar por expertos de verdad. Se las dan de sabios, pero no saben una puta mierda. Es muy fácil estar en el despacho de un tribunal. La mayor parte de ellos jamás ha puesto un pie en la cárcel. A tomar por culo, cuando me pongo a pensar en estas cosas es que me hierve la sangre. Te obligan a vivir en un sitio de mierda donde los que tendrían que gestionar la barraca se dedican a robar a manos llenas. Una vez, un ingeniero que había matado a su suegra y que echaba una

mano en la administración me dejó ver unos papeles. Resulta que diariamente se rompía por lo menos un televisor, además de decenas de bombillas y otras cosas por el estilo. Y todo eso iba a parar a casa de los guardias. Luego está la carne: los mejores trozos jamás los hemos visto. Y eso que las circulares que envía el ministerio dejan bien claro que la carne tiene que ser de segunda clase. No son más que una cuadrilla de ladrones que actúan bajo la inmunidad que les proporciona el uniforme o el carnet ministerial. Y, encima, los del tribunal de vigilancia te examinan como si acabaras de salir de una cárcel modelo. También ellos saben cómo están las cosas, pero pasan olímpicamente del tema. De todos modos, tienen el sueldo asegurado, y cuantos más presos haya más audiencias deben hacer. Por no hablar de los extraordinarios. Ya he estado allí dos veces para pedir la condicional. Si te portas bien, te descuentan dos meses de prisión por cada año de condena, incluso a los que tenemos cadena perpetua. Sólo te sirve si te conceden el régimen de semilibertad al cabo de treinta años, pero al menos sirve de algo. A mí no me la concedieron porque era «prematureo», pero recuerdo bien las miradas de los expertos. Me entraron ganas de patearles los dientes hasta que pidieran piedad. De todos modos, pasado mañana seré bueno y no los mandaré a tomar por culo. Lo importante es que me concedan la suspensión de condena y luego me doy el piro a Brasil, a morirme como me salga de los cojones, lejos de estos capullos. He visto morir a otros en la cárcel. Un veneciano, condenado a veinte años por traficar con coca, fulminado por un infarto. Él había avisado de que se sentía mal, pero para cuando llegó el hijo de puta del enfermero y después el cabrón del médico que había ordenado su traslado al hospital, el veneciano ya la había palmado. Los guardias empezaron a decir chorradas para divertirse, y sus risotadas se oían por toda la cárcel. En cambio, nosotros quedamos en silencio. En las celdas no se oía ni una mosca. Morir en la cárcel es lo peor que puede pasarte, porque te insultan incluso cuando ya estás cadáver. No hay piedad. Mejor espicharla entre las piernas de una puta o con una sobredosis de caballo o de coca. Hijos de puta, cabrones. Eh, chico, cálmate. No te calientes, que faltan pocos días para que se abran para ti las puertas de este sitio. Claro, faltaría más, porque, aun en el supuesto de que todo salga bien, el excelentísimo tribunal de vigilancia no emite su dictamen de inmediato. No, señor. Siempre se toman algún día porque están abrumados de trabajo.

No sé qué me pasa hoy. ¡Tengo una rabia dentro! Es verdad que saldré dentro de unos días, pero no ha sido fácil soportar toda esta corrupción, ni las ganas de dar un buen escarmiento a esos capullos. Una condena dentro de la

condena. La cárcel no son sólo los años. Es todo lo que te obligan a sufrir y que no aparece escrito en la sentencia. Aquel día no debería haberme dejado arrestar. Tal vez, antes de dejarme acribillar por sus revólveres del calibre nueve, podría haberme llevado por delante a uno o dos y hubiera sido recordado en el mundo del hampa como un tío con dos cojones. En cambio, lo que hice fue matar a una mujer y a un niño, y todos me consideran un gilipollas al que se le fue la pinza. Una cosa de la que tengo que acordarme es de no dejar que me identifiquen después de muerto; tendré que ponerme de acuerdo con una funeraria para la incineración. Quiero desaparecer para siempre. No tiene que quedar rastro alguno de Raffaello Beggiato. Voy a prepararme un café al estilo carcelario. Se baten las primeras gotas con el azúcar hasta formar una crema densa. Después se va añadiendo despacio el resto del café, y cuando lo miras parece un *espresso* de bar. Sin embargo, al beberlo te das cuenta de que es falso. Como todo aquí adentro.

## Silvano

Respondí al sexto timbrado. Hacía años que no recibía llamadas telefónicas, quitando la de algún pesado con sus encuestas o la de alguna empresa que quería a toda costa informarme sobre las promociones de sus productos.

—Soy Ivana Stella Tessitore.

—Buenos días.

—¿Lo molesto?

—No. Dígame.

—He pasado por su negocio y el señor que lo está sustituyendo me ha dicho que durante estos días no pensaba ir a trabajar. Me preguntaba si por casualidad su ausencia no tendrá que ver con la publicación de la carta.

—En efecto, me siento cansado. Ya sabe, el estrés...

—Lo comprendo perfectamente. Me gustaría verlo, tal vez un poco de compañía le haga bien.

—Claro, por supuesto...

—En ese caso, ¿por qué no viene hoy a comer? Mi hija está en la facultad: podremos conversar con tranquilidad.

La benefactora de los presos buscaba mi compañía. No tenía demasiadas ganas de escuchar sus chorradas, pero al mismo tiempo me apetecía volver a verla. Me seguía despertando curiosidad, y comer con ella suponía una ocasión más para fisgonear en su vida.

De camino a casa de los Tessitore pasé por delante de la lavandería. A través del cristal vi a Daniela, que estaba atendiendo a un par de clientes. Sonreía y conversaba educadamente. Esa puta tenía la piel dura.

Ivana Stella, elegante y perfectamente maquillada, me recibió con una amplia sonrisa.

—Es un placer volver a verlo —dijo mientras me besaba en ambas mejillas.

Me invitó a sentarme en el salón y me ofreció un aperitivo: negroni preparado en una jarra. Al observar su vaso me di cuenta de que ella ya se había tomado uno. La cosa me dio que pensar. La primera vez que fui a su



casa se había servido un coñac *premier cru* en dos ocasiones. Y también cuando fui a enseñarle el borrador de la carta se había tomado un par de copas. Busqué con la mirada entre las botellas que había sobre una enorme bandeja redonda de cobre antiguo hasta dar con la del coñac. Sólo quedaban un par de dedos. De modo que la benefactora de asesinos, ladrones y camellos no escatimaba el alcohol. Una debilidad que ocultaba un profundo malestar. Esa mujer lo tenía todo. Dinero, una bonita casa, una hija. Incluso se permitía el lujo de ayudar a los presos. Me puse en pie de pronto, cogí la jarra de aperitivo y volví a llenarle la copa. La tercera.

—Este negroni está riquísimo —dije, sonriente.

La mesa ya estaba puesta. Para dos. Platos, vasos, cubiertos y servilletas sumamente refinados. Ivana Stella tenía buen gusto. La comida había sido cocinada por la criada, que hacía un buen rato que ya se había marchado. Yo no dejaba de llenar su vaso, metódicamente. Un vino blanco de la región de Friuli con los entrantes y un tinto joven con el bacalao.

La mujer bebía y hablaba. Yo la escuchaba sin dejar de dedicarle sonrisas tranquilizadoras. «Bebe, querida, bebe —pensaba—. Estoy seguro de que en breve me revelarás los secretos de tu corazón».

En efecto, no tardó mucho en pedirme que nos tuteáramos y empezó a hablarme de su soledad. Su marido la había dejado por una mujer más joven, aunque no más hermosa, subrayó. Se había quedado sola en aquella casa enorme con una hija que criar. Por suerte, Vera era una muchacha con la cabeza bien asentada sobre los hombros. Ella se había quedado tan traumatizada por el abandono que no había logrado rehacer su vida con otro hombre. Después había conocido a una amiga que hacía voluntariado en las cárceles y había encontrado una nueva razón para vivir.

Al final de la comida, las dos botellas de vino estaban vacías, pero yo apenas lo había probado. Ivana Stella empezaba a repetirse mientras hablaba con voz pastosa. Me ofrecí para preparar el café. Mientras lo hacía le dije que la admiraba mucho por su dedicación al prójimo, y me divertí haciendo que se ruborizara cuando le pregunté por qué una mujer tan hermosa no había encontrado a otro hombre con el que compartir alegrías y penas.

—Cuéntame algo de ti —dijo ella mientras se sentaba en el sofá.

A la muy imbécil le gustaban los casos humanos, y yo era un ejemplar de campeonato. Me bastaron cuatro banalidades para conquistarla. Empezó a decir que la había impresionado mucho por mi capacidad de comprender el drama de Raffaello Beggiano, y que le gustaría llegar a ser mi amiga. Resultaba patética, débil e indefensa. Desde luego, no estaba hecha de la

misma pasta que Siviero y su mujer. Hubiera sido estúpido no aprovecharse. Se lo merecía, y además podía resultarme útil.

—Será un honor para mí ser tu amigo —declaré al tiempo que me ponía en pie.

—¿Ya te vas? —preguntó, desilusionada.

—Lamentablemente, sí. Tengo cosas que hacer. Aunque espero que volvamos a vernos pronto.

En la puerta me abrazó con fuerza.

—Te llamo mañana —prometió.

En casa leí el periódico. Raffaello Beggiato comparecería al día siguiente ante el tribunal de vigilancia penitenciaria. Había llegado el momento de volver a hacer una visita al matrimonio Siviero. Los esperé frente a su casa.

—¿Ha venido a destrozar lo que falta? —me preguntó Oreste, conteniendo a duras penas el deseo de abalanzarse sobre mí.

—Estate tranquilito —ordené—. Eso es asunto mío.

Puedo hacer lo que me plazca.

Daniela me ignoró. Abrió la verja y aparcó su Smart en el jardín.

—¿Tienes en casa el dinero y el pasaporte para Beggiato?

—No soy tan estúpido.

—Beggiato saldrá en cuestión de días y se pondrá en contacto contigo —dije—. Tú te citarás con él por la noche para entregarle el dinero y el pasaporte y me dirás el lugar y la hora. Ese día, vendré aquí por la mañana para tirarme a tu mujer. Tú llegarás a mediodía con la bolsa y entonces yo desapareceré de vuestras vidas.

Siviero se me quedó mirando fijamente durante largo rato.

—Eso espero —suspiró.

## Raffaello

El cabronazo del fiscal general estaba en contra. «De nada sirve conceder la suspensión de condena: de todos modos, la enfermedad de Beggiato no tiene cura». Por suerte, mi abogado lo hizo bien. Se sacó de la manga un informe *pro veritate* de un profesor sabihondo de la Universidad de Padua en el que se afirmaba que la libertad podría ejercer 103 un efecto benéfico sobre el cáncer. Después quiso leer la carta de Contin que publicaron los periódicos, pero el presidente del tribunal no se lo permitió. «Ya consta en el sumario», dijo, y se notaba a la legua que estaba hasta las narices. Yo seguí los consejos de mi abogado y mantuve la mirada baja, aunque de vez en cuando echaba un vistazo a los caretos de los expertos. Me miraban fijamente con su pinta de gilipollas. Pero estuve comedido, no los mandé a tomar por culo. Y ya no te digo los cabrones que me custodiaban. Con la excusa de que estoy condenado a cadena perpetua, les dio por hacer de Rambo y me apretaron las esposas para hacerme daño. Pero yo no abrí la boca. Sentía ganas de llorar a causa del dolor, pero no quise darles ese gusto. Dentro de unos días saldré y huiré a Brasil: Cruzaré la frontera francesa en tren y, en cuanto llegue a París, subiré al primer avión. Si el pasaporte es bueno, no debería tener problemas. Ahora mismo la pasma se preocupa únicamente de los musulmanes. Yo soy bien blanco y tengo los ojos claros. Sólo espero que no me trinquen la maleta con la pasta, pero eso no va a suceder. Los ladrones no roban a sus colegas. En otro tiempo eran los policías los que te custodiaban. Los más jóvenes eran pura carroña, pero de vez en cuando encontrabas algún cabo que iba al bar a buscarte un carajillo. Eran otros tiempos. Ahora los boqueras se hacen llamar «policía penitenciaria», pero siguen teniendo complejo de inferioridad por el hecho de no servir para nada más que para abrir o cerrar puertas, y por eso mismo no dejan de putearte, aunque sólo sea para que los polis de verdad se fijan en ellos. Mientras estaba en la audiencia pasó el encargado del correo y me dejó una carta en el borde de la tronera. No es de mi abogado, y mi vieja nunca me escribe. Todavía no la he leído. Antes voy a comer algo. Hoy toca pasta con salsa de tomate, estofado con patatas y una manzana. En la cárcel la

pasta siempre es corta. Hace quince años que no como espaguetis o tallarines. En el tiempo que se tarda en llegar de la cocina a la galería, la pasta quedaría hecha un pegote. La pasta corta siempre está demasiado cocida, pero por lo menos no presenta un aspecto de bazofia informe. El tomate está ácido como de costumbre, y han mezclado pan rallado con el parmesano. De ese modo, el encargado de la cocina se lleva para su casa un buen pedazo de queso *grana padano*. Aun así, tiene que darles su parte a los presos que trabajan en la cocina, o de lo contrario la cosa no chuta. Esos no lo pasan tan mal en la cárcel. Al menos, comen bien, y aquí la comida es como la droga: sirve para ayudarte a pasar el día. Yo también solicité trabajar como cocinero, pero el director me respondió que los condenados por homicidio no pueden trabajar ni en la cocina ni en la enfermería, no vaya a ser que les dé por rajarse o envenenarse a alguno al que se la tengan jurada. A un guardia gordo y gilipollas, por ejemplo. Las patatas se deshacen y los pedazos de carne están duros como el mármol. Joder, Raffaello, ¿cuánta mierda de esta podrás haber comido en todos estos años? Ahora me voy a leer la carta. Me corroe la curiosidad.

*Querido Raffaello:*

*Hace muchos años que no te escribo. Ahora lo hago de nuevo sólo para decirte que espero que salgas de prisión y consigas curarte. En otro tiempo lo pasamos bien, y ese es un recuerdo hermoso que me gusta conservar. Ahora trabaja en casa y uno de mis clientes fijos es Silvano Contin. Me alegro de veras de que decidiera escribir esa carta a los periódicos. Estoy segura de que te ayudará. Te deseo lo mejor,*

GIORGIA

Giorgia Valente, el culo más hermoso de los *night-clubs* del Veneto. Y mi antiguo amor... ¡De qué amor estás hablando! Se me arrimaba sólo porque esperaba darse la gran vida conmigo. Era una puta como las demás, pero me gustaba. También sabía ser divertida. Esa me ha escrito por algún motivo, de lo contrario no se hubiera tomado la molestia. Y el mensaje tiene que ver con Silvano Contin. El viudo inconsolable se folla a mi exmujer. ¿Y qué? Ya sabía que estaba un poco chiflado, pero me parece lo mínimo, dado todo lo que le ha pasado. ¿Debería sentirme ofendido? Venga ya, no me siento ofendido en absoluto. Tal vez Giorgia quiera advertirme de que esté atento. Pero ¿por qué debería de hacerlo? En cuanto salga, me largo a Brasil. Esta

carta se va por el váter. Y ahora ya puedo acabarme el estofado. Pero la manzana me la pienso cocinar yo con un poco de azúcar, a fuego lento, para que caramelice. ¡Mierda, la bombona del gas está prácticamente vacía! Apenas alcanza para un par de cafés. Está bien, me la comeré cruda. Una al día, la manzana sana... ¡Gilipolleces! Con este cáncer tendría que comerme un par de toneladas. Al carajo, ya se me han quitado las ganas. Al carajo también Giorgia Valente. ¿Cuántos años tendrá ahora? ¿Cuarenta y cuatro?, ¿cuarenta y cinco? No me extraña que se lo monte en casa, debe de tener el culo que le arrastra por el suelo. Pero con la pasta que tiene Contin, ¿por qué no se follará a putas con veinte años menos?

## Silvano

Telefoneé a Ivana Stella. Su hija me dijo que había ido a la cárcel con otros voluntarios. Le pedí, por favor, que me devolviera la llamada.

Me tumbé en el sofá a repasar el discursito para la pasionaria de las cárceles. Al cabo de un rato, me quedé dormido. Soñé con Clara; estábamos hablando con la maestra de Enrico, decía que el niño era el más listo de la clase, pero que estaba muy enfermo. Me despertó el timbre del teléfono.

—Tenía ganas de hablar contigo. Y de verte... —comencé.

—Yo también.

—Pero puede que no sea el momento.

—¿Por qué? —preguntó, alarmada.

—¿Puedo ser sincero contigo?

—Por favor.

—Me siento atraído por ti y no quisiera causarte problemas. Eres una mujer muy hermosa, refinada, inteligente, sensible. En cambio, yo sólo soy el señor Tacón Vertiginoso; en otro tiempo fui un hombre de éxito, pero después de la tragedia...

—Silvano, también yo me siento muy atraída por ti, y no me importa lo que hagas porque eres un hombre especial.

—También tú eres especial. ¿Cuándo podré volver a verte?

—Si quieres, puedes venir ahora a mi casa, pero están las amigas de Vera. ¿Te parece bien mañana a la hora de comer?

«Me invita a comer, así la hija no está. Y con la comida puede beber un poco más, porque a Vera no debe de gustarle mucho que su mamá empine el codo». Me molestaban las zalamerías de Ivana Stella, del tipo «eres un hombre especial». Lo era, pero no de la manera que ella creía. Finalmente estaba ejercitando mi derecho a la justicia. Incluso los jueces me habían investido con ese poder al considerar determinante mi opinión en el tema del perdón. Pero yo no estaba dispuesto a perdonar a nadie. Beggiato, Siviero, Daniela e Ivana Stella. Ella también, por supuesto. Ningún «voluntario» había aparecido para ayudarme cuando me movía a tientas envuelto en la oscuridad.

Y mucho menos la señora Tessitore, que acudía a socorrer a los pobrecitos presos. Y resultaba que ahora yo le parecía especial.

La vida es realmente extraña. Durante quince años había estado esperando a que sucediera algo que diera sentido a mi dolor, y ahora estaba actuando con pleno derecho. Y, por supuesto, no era Dios quien movía los hilos. Dios no existe, lo sé muy bien. Más allá de la vida existe tan sólo la oscura inmensidad de la muerte.

Al anoecer me aposté cerca de la lavandería para vigilar. Un poco antes de cerrar, Siviero se dirigió a pie hacia el centro. Entró en un bar y se puso a jugar al billar con otros tipos de su calaña. Esa noche no iba a ir a cenar a casa. Volví sobre mis pasos, subí al coche y pasé por delante de la casa de Ivana Stella, y después por la de Daniela. Al final fui a un vertedero que estaba desierto a esa hora de la noche, donde *caminé largo rato* entre montículos de tierra removida. El silencio me proporcionaba una sensación de tranquilidad. Tan sólo el grito atrapado en mi pecho producía un ruido sordo y discontinuo semejante al que hace la carga de un barco mercante sacudido por la tempestad.

Ivana Stella estaba emocionada por nuestro nuevo encuentro. Y ya debía de haberse tomado al menos dos negronis. Cuando le metí la lengua en la boca me pareció estar lamiendo el fondo del vaso. Ella respondió con enorme pasión a mi beso. Podría habérmela llevado en seguida a la cama, pero con una mujer de su clase eso hubiera sido un error. Cada cosa en su momento. Ahora era el momento de las palabras.

—La vida es realmente extraordinaria —dije—. Nunca hubiera imaginado que volvería a enamorarme de nuevo.

—Yo lo pensé desde la primera vez que viniste aquí.

—Me gustaría dedicar mi vida a hacerte feliz.

—Oh, Silvano, abrázame, te lo ruego.

Seguimos diciéndonos estupideces como tortolitos durante casi una hora, sin dejar de intercambiar besos y caricias. Ivana Stella se fue armando de valor. Tenía ganas de hacer el amor. En ese momento me liberé educadamente de su abrazo.

—Todavía no, amor mío.

—Pero ¿por qué?

—Quiero estar seguro de tus sentimientos. Dentro de unos días volveré a llamarte y entonces me dirás si de verdad quieres que sigamos viéndonos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Yo tenía razón. Eres realmente un hombre especial.

Me detuve en una área de servicio de la autopista para comer un bocadillo. Después seguí hasta el centro comercial que había en la primera salida. Elegí cuidadosamente las cosas que debía comprar y me puse a la cola de la caja. El dinero en metálico no me alcanzaba, así que pagué con la tarjeta.

Por la noche, una vez en casa, recibí una llamada de don Silvio, el párroco de la cárcel.

—Quería decirle que Raffaello Beggiato será excarcelado mañana por la mañana —anunció en tono solemne.

—Me alegro.

—Dios lo recompensará por todo lo que ha hecho.

Colgué molesto por la credulidad de aquel hombre, que había dedicado toda su vida a una ilusión.

A la mañana siguiente esperé a Siviero a la puerta del bar de costumbre.

—Saldrá hoy —anuncié—. Te llamaré cada dos horas para saber si se ha puesto en contacto contigo. Cuando hables con él, dile que tenga cuidado. El inspector Valiani hará que lo sigan.



## Raffaello

Lo bueno de la suspensión de condena es que nadie te controla. No tienes que presentarte en comisaría ni esperar a que te visite en tu casada pasma. Puedes ir a cualquier sitio sin limitaciones horarias. Eso sí, sin salir del país, como ha subrayado mi abogado para que me quede claro que es contrario a la idea de que me dé el piro. Pero ¿a quién le importa eso? Ya tiene su dinero. Hasta aquí hemos llegado. Ni que fuésemos socios. He ido a casa de mi vieja en taxi. Me hubiera gustado bajarme en el centro para dar un buen paseo, pero todo el mundo sabe que cuando sales de prisión no conviene pasarse. Demasiada libertad de repente hace que se te vaya la olla. Mi vieja está contenta, no hace otra cosa que mirarme y llorar. Me ha preparado una buena comida, pero no tengo tanta hambre. Nada más entrar en la cocina, he abierto y he vuelto a cerrar el frigorífico al menos cincuenta veces. Luego he cogido hielo y he llenado de cubitos un vaso de vermut, el único licor que he podido encontrar. Mi vieja sólo bebe eso. A lo mejor luego salgo y me tomo un *whisky* en el bar. El teléfono no deja de sonar. Son los cabrones de los periodistas, que quieren entrevistarme. «¿Cómo se siente? ¿El cáncer le provoca dolores? ¿Tiene previsto visitar al señor Contin antes de morir?». Malditos cabrones. Tengo que evitarlos a toda costa. Hoy, en los periódicos, aparecían publicadas fotos de hace quince años. Lo tengo chungo si me sacan fotos nuevas; me reconocerían por la calle y eso es lo último que deseo. Todavía no me he asomado a la ventana precisamente para evitar que algún capullo inmortalice mi careto de condenado enfermo. Joder, me parece mentira estar libre. Pero todavía llevo impregnado el olor de la cárcel. El viaje en taxi me lo pasé con la nariz pegada a la ventanilla, como un niño, porque una cosa es ver lo que hay fuera de la cárcel en la televisión o en los periódicos y otra muy distinta verlo con tus propios ojos. La ciudad ha cambiado, la gente ha cambiado —todos llevan esos malditos móviles—, incluso los coches no son ya los mismos, incluso los polis son diferentes, y encima hay un montón. Ahora hasta los guardias de seguridad llevan pistola. Pero lo que me ha impresionado de veras es comprobar la cantidad de negros

y moros que circulan por las calles; creía que estaban todos en la cárcel. Aun así, sigue habiendo un montón de coños italianos, y eso es lo que importa. Me gustaría follarme un par antes de pasar a las brasileñas, pero mucho me temo que tendré que renunciar. El tiempo corre y debo darme prisa en cruzar el océano para montármelo antes de que el cáncer me deje sin fuerzas. Ahora caigo en la cuenta de que he pensado en todo menos en mi vieja. Todavía no le he dicho que me voy a Brasil. Y me temo que es mejor no decírselo, de lo contrario, se desesperaría y sería capaz de hacer cualquier cosa por retenerme a su lado. Mejor desaparezco cuanto antes. Le dejaré uh buen puñado de dinero y así ya no tendrá que ir a servir. Pobre mujer, se va a quedar hecha polvo, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Le soltaré una bola y le diré que necesito el pasaporte por si acaso quieren volver a encerrarme, y así se quedará tranquila. Sí, eso es lo que voy a hacer. Y dentro de un par de días, me esfumo. Mañana por la noche recupero lo mío y pasado me subo a un tren para París. Además, me esperan en oncología para la quimio. Yo quiero que me curen en Río de Janeiro, con enfermeras meneando el culo a ritmo de samba, y no en la mutua, donde te atienden como si fueras un apestado. Encima no tardarían ni dos minutos en saber que soy un presidiario y me tratarían a patadas.

Después de comer, con la excusa de tomar un café en el bar, iré a llamar por teléfono a mi socio. A decir verdad, tengo ganas de volver a verlo. Sólo será un momento, porque con la pasma nunca se sabe, pero me gustaría darle un abrazo.

## Silvano

Tuve que echar una buena cantidad de aceite para poder girar la llave en la cerradura del almacén. La puerta se abrió ante mi pasado. Todas las cosas que habían pertenecido a Clara y a Enrico estaban allí guardadas. En la pared de la izquierda había un gran armario con la ropa, los zapatos, los bolsos, la bisutería de mi mujer. En la derecha había uno más pequeño con la ropa de mi hijo. Todo estaba cuidadosamente envuelto en celofán. Incluso los juguetes, guardados en grandes cajas.

Me senté en el suelo con la espalda apoyada contra el armario de Clara y empecé a hablar en voz baja. No quería que Enrico me oyera.

## Raffaello

Sigo llevando la cárcel dentro. Camino como si estuviera en la hora del patio, cuando nos dejaban salir a tomar el aire. Además, no dejó de mirar el reloj, sorprendido de que no hagan el recuento o de lo que tarda el carrito de la pitanza. Ya no estoy acostumbrado a manejar dinero y no me aclaro con los malditos euros. Entré en una tienda para comprarme algo de ropa y la dependienta me trató como si fuera un marciano. Y eso es lo que soy en realidad: un marciano presidiario. Hablo como un presidiario, utilizo siempre las mismas palabras y no consigo evitar decir un taco en cada frase. Una vez vinieron unos comecocos de la universidad a estudiar nuestro lenguaje. Una tipa agradable que tenía ya sus años me dijo que, «en las instituciones penitenciarias, el vocabulario se reduce al mínimo necesario para comunicarse». No entendí nada de lo que decía, pero se me quedó grabado en la memoria su escote, que aproveché para hacerme una paja en las duchas. Me hubiera gustado decirle que, de todos modos, no teníamos nada que decirnos, aparte de las gilipolleces de costumbre. No es que tuviéramos que hablar de filosofía o de historia. Los presos hablan sólo de delitos, juicios, fútbol y mujeres. La comecocos estaba fascinada por nuestros tacos.

«¿Se da cuenta de que la mayoría de las palabras que utiliza son triviales?», me dijo. «¿Y cómo se supone que debería hablar en la cárcel?». Le respondí intentando ser educado, y acto seguido comencé a explicarle la diferencia entre polla y nabo, entre gilipollas y pedazo de mierda. Diferencias importantes. Ahí no se admitían errores. Hasta le hice notar que también los guardias y el director hablaban de la misma forma. Claro que sólo con nosotros los presos. Pero ese era el lenguaje de la cárcel, no estábamos en un convento. ¿Ves como eres un gilipollas?, ¡sigues pensando en la prisión! Estás libre y ya no te queda tiempo que perder.

Ahora la muerte me da miedo de verdad. En la celda, a ratos, podía parecer una liberación de la cárcel, pero ahora me siento como un condenado a muerte. Me da la impresión de que llevo una bomba de relojería en el culo. El cáncer no es otra cosa sino una enorme polla que te jode hasta matarte.

Mierda, empiezo a deprimirme. Necesito animarme. Me han dicho que los albaneses venden heroína turca en la plaza Martiri delle Foibe. ¿Es que ya no quedan camellos italianos? No me fío de los albaneses, siempre intentan joderte, hasta en la cárcel. Primero haré la llamada y después buscaré algo que me ayude a no pensar.

## Silvano

—Ha aparecido —dijo Siviero.

—Voy en seguida.

Veinte minutos más tarde entré en la lavandería. Daniela me hizo una seña para que fuera a la trastienda. Siviero estaba fumando, sentado en una silla de metal.

—Mañana, a medianoche, en la esquina de vía Don 117 Bosco con vía Don Pessina —dijo.

—Nos veremos mañana en tu casa a la hora de comer. Procura no venir con las manos vacías.

—Y usted recuerde nuestro trato: salga para siempre de nuestra vida.

—Soy un hombre de palabra.

Regresé a casa y llamé por teléfono a Ivana Stella.

—Mientras marcaba tu número me temblaba la mano —mentí, imprimiendo emoción a mi voz.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que hayas cambiado de idea.

—No, mi amor. No veo la hora de volver a abrazarte.

—¿Te gustaría venir a mi casa mañana por la tarde?

—Por supuesto. ¿A las cuatro está bien?

—Estupendo.

Dormí bien. Un sueño profundo sin pesadillas. Después de ducharme, me afeité cuidadosamente. Recorté con las tijeras unos pelos que me asomaban por las orejas. Incluso volví a echarme una loción para después del afeitado que hacía años que no utilizaba.

En cambio, Siviero tenía mal aspecto. Me di cuenta mientras se bajaba del todoterreno y entraba en el bar. Lo seguí hasta la lavandería. Cuando llegó la primera clienta, arranqué el motor y me dirigí hacia su casa.

Daniela no hizo ningún comentario cuando me vio dejar en el suelo una bolsa de tela alargada y estrecha.

—¿Un café? —preguntó con un tono desagradable.

Llevaba puesto el negligé y las medias de la otra vez. La que le cubría la pierna izquierda tenía unos pliegues a la altura de la rodilla. En los pies llevaba unas chanclas ridículas con tacón. El único rastro de maquillaje era un vulgar colorete.

—Hoy no —respondí mirando a mi alrededor. El televisor que yo había hecho añicos había sido sustituido por uno más pequeño. El cuadro de encima de la chimenea había desaparecido—. Quiero que te des un baño.

Se encogió de hombros.

—Como quiera.

La observé mientras llenaba la bañera y echaba una dosis abundante de espuma de baño. Después se desnudó y se metió en el agua. Cerré la puerta y entré en las demás habitaciones. Había una no demasiado grande que resultaba perfecta para lo que me proponía, amueblada con una cama individual, una mesilla de noche y una silla. Aparté los muebles hacia el fondo y regresé a la planta baja para coger la bolsa. Abrí la cremallera y saqué varias telas plastificadas, idénticas a las que se utilizan para teñir. Extendí una sobre el suelo y pegué las demás en las paredes con cinta adhesiva.

—El agua se está enfriando —dijo Daniela, molesta, cuando regresé al baño.

Le puse el albornoz y la conduje hacia la habitación. Cuando vio que estaba tapizada de plástico intentó echarse atrás, pero yo la empujé adentro.

—¿Qué significa esto? —preguntó, asustada.

Saqué de la bolsa el mango de un pico y la golpeé con él en las rodillas. La mujer cayó al suelo y yo seguí hasta que se desmayó. Examiné sus contusiones. Todavía eran insuficientes. Me puse en pie y apunté bien. Rótulas, tibias, fémures. Los huesos se fueron rompiendo uno tras otro. Me senté a esperar. Al cabo de casi una hora abrió los ojos y empezó a quejarse. Me incliné sobre ella.

—¿Has visto ya la oscuridad? —pregunté.

—Mamá, ayuda —susurró despacio.

La cogí por el pelo. El brusco movimiento volvió a despertar el dolor. Abrió la boca para gritar, pero no tuvo fuerzas.

—Te he preguntado si has visto la oscuridad.

Me miró con los ojos apagados, velados.

—Ayuda, pide ayuda, te lo ruego.

La golpeé en el pecho con el mango del pico, midiendo la fuerza para no matarla en seguida, y me senté de nuevo a esperar. Volvió en sí un par de veces pero no habló de la oscuridad. Buscaba el consuelo de su madre. Yo

había leído que, en la guerra, los soldados, cuando están agonizando, suelen llamar a sus madres. No nombró a su marido en ningún momento. Poco antes de la una me senté en el sofá de la sala. Siviero llegó varios minutos después con una maleta de cuero en la mano. Dejó las llaves de la casa y del todoterreno en un cuenco. Gestos habituales y rutinarios. También yo lo hacía siempre.

—Daniela —llamó en voz alta.

—Está en el dormitorio.

Dejó la maleta en la mesa. Me mostró el dinero. Eran dólares.

—¿Y el pasaporte?

Lo sacó de un bolsillo lateral. Faltaba la fotografía y estaba a nombre de un tal Pietro Andrea Bertorelli.

—Esto, al menos, dáselo a Raffaello. Es la copia de uno verdadero, pasaría cualquier control.

—¿Cuál de los dos disparó a mi mujer y a mi hijo?

—Fue Raffaello —respondió, intentando resultar convincente—. Estábamos ciegos de coca y a él se le cruzaron los cables. —Después miró hacia la escalera—. ¿Por qué no baja Daniela?

—Debe de estar en el baño.

—Voy a ver.

En cuanto se dio media vuelta, lo golpeé en la nuca con una media de lana llena de monedas de un euro. Se desplomó en el suelo sin sentido. Fui a buscar el pico y le machaqué la espalda, a la altura de las primeras vértebras. Luego me lo cargué a hombros y lo subí por la escalera hasta el primer piso. Después lo arrastré por los pies hasta la habitación. Hice que volviera en sí echándole agua fría en la cara. Lo primero que vio fue a Daniela. Intentó ponerse en pie para socorrerla, pero sus piernas no se movían. Tan sólo los brazos y el tronco seguían animados.

—La has matado.

—Todavía no. Quería que tú la vieras morir.

—¡Estás loco! —gritó con todas sus fuerzas.

Comencé a abofetear a Daniela para que recuperara el sentido. Ella empezó a quejarse de nuevo.

—¿Has visto la oscuridad? —pregunté por enésima vez.

Ella dijo algo, pero no conseguí oírlo porque Siviero empezó a gritar.

—¿De qué oscuridad hablas?! Déjala en paz y llama a un médico. Ella no tiene nada que ver con esto, déjala vivir, te lo suplico.



Fue en ese momento cuando el grito logró liberarse por fin. «Está muy oscuro, Silvano. No veo nada, tengo miedo..., ayúdame, está oscuro».

Yo gritaba y gritaba, mientras el mango del pico se levantaba por encima de mi cabeza para caer a continuación sobre sus cuerpos. Al final, cuando volvió el silencio, no había más que sangre. Oí el latido de mi corazón, mi respiración. El grito ya no estaba; había desaparecido. Mi pecho se levantaba con ligereza.

Me desnudé y arrojé mis ropas sobre el plástico que 121 cubría el suelo. Luego fui al baño a darme una ducha. Cogí la ropa de recambio de la bolsa y me vestí con calma. Ivana Stella no llegaría a mi casa antes de las cuatro.

Despegué los plásticos de las paredes, envolví con mucho cuidado los cadáveres y el pico, y los sellé con la cinta adhesiva. Los arrastré escaleras abajo hasta la puerta del garaje.

Por último cogí las llaves del cuenco y me marché.

Me detuve en un bar para comer un bocadillo de salchichón y queso, acompañado de un vaso de vino tinto. En una enoteca compré dos botellas de vino blanco de óptima calidad y una de coñac para aplacar la sed de Ivana Stella. Una bonita suma que pagué con la tarjeta. Seguía sin acordarme de sacar un poco de dinero en metálico.

En casa me di otra ducha. A aquella hora no había nada interesante en la televisión. Para engañar la espera me dediqué a pegar los cupones del supermercado en el álbum. Ya había acumulado bastantes, podía cambiarlos por una batidora sumergible o por un secador de pelo. Miré el catálogo en busca de algún premio más interesante.

Ivana Stella acababa de salir de la peluquería. Me saludó con un ligero beso en los labios. Estaba nerviosa, había ido a casa de un hombre con el único fin de tener sexo. Le ofrecí asiento y le brindé un vaso de vino enfriado a la temperatura justa. Me di cuenta de que no dejaba de mirar a su alrededor.

—Es la casa de un hombre solo. Haría falta una mujer con buen gusto para transformarla.

Agarró la ocasión al vuelo para echar un vistazo a la casa y hacerme sugerencias. Colores, papel pintado, azulejos, muebles... Al entrar en el dormitorio comentó que el cabecero de bronce de la cama estaba un poco pasado de moda.

—Pero el colchón es nuevo —dije, abrazándola por detrás.

Me pidió que bajara las persianas.

—¿Prefieres la oscuridad?

—No. Sólo por esta vez. Tengo miedo de no gustarte.

La ayudé a desnudarse. Cuando le desabroché el sujetador se puso rígida. Era preciso tener paciencia con Ivana Stella. Fui cuidadoso y tierno. Después la penetré y la hice gozar.

Nos quedamos abrazados largo rato, mezclando sudor, besos y palabras sin sentido. Me levanté un par de veces para ir a buscarle bebida. Coñac. Después del sexo lo prefería al vino.

Miró su reloj.

—Es hora de que me vaya —dijo con un suspiro.

—¿No quieres darte una ducha?

—Pues sí, gracias.

Mientras Ivana Stella se lavaba, revolví su bolso por curiosidad. Quería meter las narices en sus cosas. En el monedero *encontré* la *foto* de su hija y una hoja de papel con una poesía de amor ridícula y agramatical, firmada por un tal Antonio. Debía de tratarse de uno de sus amados presidiarios.

—¿Te ha gustado? —preguntó en la puerta.

—Muchísimo.

—Es la primera vez que lo hago desde que mi marido se fue.

La observé desde la ventana mientras se subía en su pequeño Mercedes. En el rostro llevaba una expresión feliz. «Disfruta este momento —pensé—. No durará mucho».

Salí de casa poco después. Aparqué el coche en la estación y cogí un taxi que me dejó cerca de vía San Domenico. La casa del matrimonio Siviero se hallaba sumida en la oscuridad, y todo el barrio estaba desierto y silencioso. Tan sólo se oía el ladrido de los perros a mi paso. Abrí la verja, llevé el todoterreno a la parte trasera y cargué fatigosamente los cadáveres en el portaequipajes. Cerré todas las ventanas para dar la impresión de que se habían ido y cogí la maleta de cuero con los dólares y el pasaporte.

Conduje despacio hasta el vertedero que había visitado unas noches antes. Me interné entre las montañas de basura hasta el punto elegido. Cavé una única fosa, y ni siquiera muy profunda. No era necesario. Diariamente, los camiones de la basura descargaban toneladas de desechos encima.

Dejé abandonado el todoterreno cerca de un hotel donde siempre había taxis esperando. El taxista metió la maleta en el portaequipajes.

—¿Se va o acaba de llegar? —preguntó sin curiosidad, simplemente por entablar conversación.

Buena pregunta. Mascullé algo incomprensible y subí al coche.

Media hora después, ya estaba esperando en vía Don Bosco. Raffaello Beggiato apareció con un par de minutos de antelación. Dejé que fumara hasta que llegó la medianoche.

—¡Me cago en la puta..., pero si es Contin! —exclamó al verme.

—El mismo. Siviero no va a venir.

—¿Quién es Siviero?

Me eché a reír.

—Fiel a las reglas del hampa hasta el final, ¿eh?

Miró a su alrededor.

—Pensaba que aparecería la pasma..., hace diez minutos he dado esquinazo a dos polis que me seguían, pero tú sí que eres una sorpresa.

—Nada de policía. Solos tú y yo.

—¿Cómo conseguiste dar con Siviero?

—Eso no lo sabrás nunca.

—¿Y ahora dónde está?

—Me temo que ha huido con tu dinero.

Sacudió la cabeza.

—No puede ser. ¿Has hecho que lo encierren?

—No.

—¿Y qué haces tú aquí?

—He venido a anunciarte que tus sueños de escapar se han esfumado. Estás jodido, Beggiato. Espero que el cáncer te mate lentamente. Di media vuelta y volví al coche. Si el asesino de Enrico y Clara hubiera sabido que sus dólares y el pasaporte estaban en el portaequipajes, me hubiera atacado para recuperarlos. En lugar de eso, se limitó a clavarme la mirada en la espalda. Sentía su odio. Y me hacía feliz.

## Raffaello

Su madre debió de ser una hija de puta de mucho cuidado para parir semejante mierda. Me ha jodido como a un pardillo. La carta a los periódicos era tan sólo una parte de su plan para darse el gusto de venir a decirme personalmente que lo había descubierto todo. Pero eso debió de ocurrir hace poco, porque cuando vino a la cárcel todavía no lo sabía. No sé cómo ha logrado dar con mi socio, y no consigo comprender qué se ha hecho de él. Si Oreste estuviera en manos de la pasma, ya habrían venido a buscarme para un careo. ¿Y los que me estaban siguiendo? No entiendo un carajo. Sólo sé que me toca decir adiós a mis sueños de libertad. Tengo ganas de llorar pero estoy demasiado cabreado. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Empezar con la quimio y esperar a que el juez de vigilancia penitenciaria descubra que su mujer le pone los cuernos y decida desquitarse encerrándome otra vez? Hay que joderse, estaba a un paso de la libertad verdadera y va y aparece Contin a mofarse en mis narices. ¿Viste lo satisfecho que estaba? Si hubiera tenido cojones, me habría disparado a la cara, pero ese tipo es muy retorcido. Le gustan los juegucitos. La mala suerte me persigue. Quince años de sufrimiento para nada. Ahora son dos para darme por culo. Contin y el cáncer. Ya se verá cuál de los dos hace más daño.

Si me pongo a atar cabos, aparece siempre mi vieja. Ella es la única que podría haberle hablado a Contin de Siviero. Tiempos y circunstancias coinciden. Seguro que hizo un trato con esa rata inmundada de Contin: el nombre a cambio de la carta a los periódicos. ¿Y ahora qué hago? No puedo cabrearme con ella. Tengo que fingir que no ocurre nada. ¿Y qué hago con ese hijo de la gran puta? ¿Lo mato? ¿Lo rajo? ¿Le arranco el corazón y me lo como a mordiscos? Se merece una muerte horrible. Si el cáncer fuera contagioso, se lo pegaría. Pero yo maté a su mujer y a su hijo. No puedo tocarlo. Sólo se está vengando. Yo también lo haría. Pero como un hombre. Pistola o cuchillo. Él es demasiado cruel. Es ruin. Tomarla conmigo resulta muy fácil. Me gustaría saber qué le ha ocurrido a Oreste. Pero no puedo ir a su casa, no vaya a ser que me encuentre a la 127 pasma y compruebe que todo

ha sido una maniobra para hacer que me ponga al descubierto. No me queda otro remedio que esperar. Encima, estoy sin blanca para comprarme algo que me ayude a no pensar. El caballo que compré hoy ya me lo metí en la vena. Me voy a casa con mi vieja a llorar un rato. Lo necesito. Sí, necesito llorar. Hasta que no pueda más. Y mañana iré a hablar con don Silvio, a ver si le saco algo. No quisiera tener que robar para comprar cigarrillos. Ya no quiero cometer más delitos. Quiero morir tranquilo. Ya basta de jugar a policías y ladrones.

## Silvano

Al día siguiente volví al trabajo. Pagué a Gastone Vallaresso los días que me había sustituido y volví a ponerme detrás del mostrador. Gastone había trabajado bien, nadie se había quejado, y se había acordado de entregar siempre el recibo. Me alegró volver a cambiar tacones y a duplicar 128 llaves. Me sentía mejor, aunque no lograba pensar con lucidez acerca de lo que había sucedido en casa de Siviero. Los músculos de los brazos y de los hombros me dolían, y esa era la única sensación real que tenía. Todo lo demás estaba confuso en la oscuridad de la muerte. Incluso la sangre tenía un color extraño, como si la viera en blanco y negro. Clara había guiado mi justicia. Bastaba con eso. Notaba una ligera excitación al pensar en Ivana Stella. Con ella, todavía no había acabado. Por la tarde vino a verme al hipermercado.

—Hola, guapo.

—Hola, bella dama, ¿cómo usted por aquí?

—Tenía ganas de verte.

—Podrías venir a verme esta noche.

Se ruborizó.

—Después de una cierta hora no salgo casi nunca. No sabría qué decirle a Vera.

Todavía no le había contado nada de nuestra relación a su hija. Decidí divertirme un poco.

—Tienes razón. Entonces, iré yo a tu casa.

Enrojeció de nuevo.

—Se daría cuenta de que hay algo entre nosotros.

—Ya eres lo suficientemente mayor como para vivir *tu* vida como mejor te parezca, ¿no?

—Cada cosa en su momento. No tengas prisa, por favor. No quisiera tener problemas con Vera...

Sonreí, comprensivo.

—Entonces podríamos vernos el domingo por la tarde.

Antes de regresar a casa, pasé con el coche frente a la lavandería, la casa de los Siviero y el vertedero. Persianas bajadas, ventanas cerradas y el silencio reinando entre la basura.

Para la cena, descongelé una sopa de pescado precocinada. Le añadí una gota de aceite y metí el paquete en el 129 microondas. Mientras comía, sintonicé los informativos de varias emisoras privadas. Nadie había notado todavía la desaparición de Oreste y Daniela.

Era sólo cuestión de días, después se convertiría en una noticia golosa para los periodistas y para las tertulias de bar. No estaba preocupado, más bien sentía una punzada de curiosidad; por primera vez después de la tragedia, el futuro se me antojaba interesante.

Los primeros artículos aparecieron el domingo. Al salir del cementerio vi el cartel pegado en el quiosco: «Matrimonio desaparecido. Sus familiares presentan denuncia». Me compré los tres periódicos. Básicamente traían las mismas informaciones filtradas por la policía. Los padres de Daniela Borsatto y la hermana de Oreste Siviero, preocupados por la falta de noticias, después de haber comprobado que la lavandería llevaba cerrada varios días y tras haber llamado inútilmente a la puerta de la casa de vía San Domenico, habían presentado una denuncia por su desaparición. Los investigadores actuaban con la cautela propia del caso. Ambos cónyuges eran adultos y podrían haber decidido irse de vacaciones por unos días. De todos modos, aclaraban que se había activado el procedimiento de rutina. Habían interrogado a los vecinos de la casa y a los clientes de la lavandería. Todo el mundo estaba sorprendido, ambos eran descritos como personas formales, metódicos y sociables. Arrojé los periódicos a una papelería y regresé a mi casa. Tenía que limpiar un poco antes de que llegara Ivana Stella.

Aquella mujer era un desastre en la cama. Lo único que sabía hacer era mantener las piernas abiertas y moverse con una cierta participación. Con crueldad, la obligué a hablar del tema.

—La culpa es de mi marido —exclamó en cierto momento.

—A lo mejor fue por eso por lo que te dejó. Un poco de fantasía en la cama nunca está de más.

—¿Podríamos cambiar de tema? —preguntó, enojada.

—Me gustas mucho, Ivana Stella, pero yo busco una mujer completa. A lo mejor deberíamos dejarlo...

—Por favor, no digas eso. Verás como aprendo. Me portaré bien, te lo prometo.

Le di un par de azotes en las nalgas.

—Entonces, la próxima vez empezaremos por aquí.

El lunes las emisoras locales dieron la noticia del hallazgo del todoterreno de Siviero.

El martes la policía forzó las persianas del negocio y la puerta de la casa. No había ni rastro del matrimonio Siviero.

Dos días después, mientras estaba duplicando una llave de mariposa, vi llegar al inspector Valiani. Encendió un cigarrillo y esperó a que terminara mi trabajo.

—Me sorprende verlo por aquí —dije en un tono tranquilo.

El polizone se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y me mostró una fotografía en color. En ella aparecía yo caminando por la acera, cerca de la lavandería.

—No entiendo... —farfullé.

—Hay más. Los de narcóticos llevan tiempo vigilando la peluquería africana que está al lado de la lavandería de los Siviero, pues en ella se reúnen los jefes de la mafia nigeriana. Ha sido usted visto en varias ocasiones por la zona. Pero su interés se concentraba en la lavandería, y eso que no era un cliente habitual. Tan sólo hemos encontrado un recibo a su nombre.

—¿Y bien?

—Hace demasiado tiempo que soy policía como para que la coincidencia no me resulte por lo menos extraña. ¿Qué relación tenía con Oreste Siviero y Daniela Borsatto?

—Era cliente suyo. Eso es todo.

—He estado repasando el archivo y he descubierto que en otro tiempo Siviero fue sospechoso de varios atracos. Siempre se libró, porque nunca conseguimos hallar pruebas concluyentes. Antes de eso también estuvo en la cárcel por robar un coche.

—¿Y por qué me cuenta a mí esas cosas?

—Porque Siviero solía ir a unos billares en los que Raffaello Beggiato había sido visto a menudo.

—¿Cree que él era su cómplice?

—Yo no creo nada. Sólo intento comprender. Hay algo que no encaja en esta historia.



Tiró la colilla al suelo y se fue sin despedirse. Yo volví a mi trabajo. No había conseguido preocuparme: tenía la conciencia tranquila.

## Raffaello

Ha faltado poco para que me cagara encima cuando la pasma ha venido a buscarme. Por un momento pensé que volverían a encerrarme, pero era sólo el mierda de Valiani, que quería interrogarme. En seguida me dejó claro que me tenían vigilado, que me habían visto comprar droga a los albaneses, pero que eso a él le importaba un carajo. Quería saber por qué había salido a hurtadillas de mi casa a las once de la noche y había dado esquinazo a sus hombres. ¿Con quién me había visto? Con nadie, inspector, tengo cáncer, no pensaré que ahora voy a empezar a hacer gilipolleces. Después me preguntó si conocía a Oreste Siviero. ¿Quién, ese que ha desaparecido con su mujer? No, nunca lo he visto. ¿Qué hace quince años íbamos al mismo bar? ¿Y pretende que me acuerde, después de tanto tiempo? Entonces empezó a hacerme preguntas sobre Contin. Quería saber qué nos habíamos dicho durante la entrevista en la cárcel. Nada en particular, inspector, las chorradas de costumbre. Quería comprobar si yo estaba arrepentido. Intenté convencerlo de que sí, pero él no venía muy dispuesto a creerme. Y lo comprendo. Tampoco yo hubiera tenido ganas de perdonar a nadie de haber estado en su lugar. Me preguntó también si Siviero y Contin se conocían. Y sin pensarlo, repliqué: «¿Por qué?». Él no me respondió, sino que se limitó a soltarme las típicas amenazas de los polis y me echó con cajas destempladas de su despacho. El problema es que ni siquiera yo sé qué pensar. Oreste ha desaparecido y me ha dejado con el culo al aire. Estoy convencido de que Contin tiene algo que ver con eso, pero no logro saber qué. Y ni siquiera puedo ir a hacerle una visita. La pasma me pisa los talones y no tengo dinero para escapar. Don Silvio me ha dado cien euros, pero ¿qué cojones hago yo con esa miseria? He ido al hospital para hacerme los análisis y allí es peor que en la cárcel. Médicos y enfermeras son un atajo de capullos. Me tratan mal, con desprecio. Me clavan las agujas con mala leche. Entre ellos me llaman «el presidiario» en voz alta y a mí me da vergüenza. No quiero ni pensar en morir rodeado de todo ese odio. A decir verdad, no tengo ninguna gana de morirme, pero esos no piensan mover un solo dedo para salvarme. Más bien me harán sufrir. Hijos de puta, verdugos

de mierda. ¿Qué coño voy a hacer ahora? Estoy metido en una ratonera. Quedé atrapado el día en que maté a dos inocentes, pero no me merezco todo esto. Joder, tengo cáncer. ¿Es que aquí nadie tiene piedad?

## Silvano

Fui al bar del hipermercado a tomarme un café. Valiani estaba sentado a una mesa con Gastone Vallaresso. Estaban demasiado ocupados en hablar para verme. El tema de su conversación no era difícil de adivinar. El inspector estaba reconstruyendo mis movimientos. El hecho de que no hubiera ido a trabajar los días previos a la desaparición del matrimonio Siviero debía de haberle dado que pensar. Por mí, podía seguir estrujándose la mollera. La basura iba cubriendo la basura, capa tras capa. Jamás los encontrarían. Lo que más me molestaba era que perdiera su tiempo conmigo mientras los criminales campaban a sus anchas por las calles de la ciudad. Valiani ya estaba caducado. Sólo era un viejo estúpido que malgastaba el dinero de los contribuyentes a la espera de la jubilación. Esperaba que viniera a hacerme más preguntas, en cambio, pasó por delante del Tacón Vertiginoso sin dirigirme siquiera una mirada.

Al día siguiente, regresó.

—Señor Contin, no deja usted de sorprenderme —dijo con una sonrisa falsa dibujada en el rostro.

—¿Y eso por qué?

—Hace muchos años que está viudo. Y, al igual que muchos hombres solos, suele ir de putas, pero nunca me habría imaginado que se hubiera convertido en cliente fijo de Giorgia Valente.

—Una profesional del sexo como cualquier otra...

—No precisamente. El hecho de que fuera la mujer de Raffaello Beggiato la hace especial.

—¿Puedo saber por qué está indagando en mi vida privada?

—¿No se lo imagina?

—No.

—Intentaré resumirle los hechos. En diversas ocasiones, ha sido visto frente a la lavandería del matrimonio Siviero en actitud sospechosa, como si los estuviera vigilando. Y precisamente en esa época se hace sustituir en el trabajo, cosa que nunca antes había ocurrido. Por si fuera poco, la víspera de

la desaparición de la pareja, y, permítame, pero esto sí que es extraño, hace un viaje de sesenta kilómetros para ir a otro hipermercado a comprar una pala, un pico, seis telas plastificadas y tres rollos de cinta adhesiva para embalar por un total de treinta y siete euros con cuarenta céntimos, como demuestra el recibo de su tarjeta.

—Veo que ha estado ocupado —comenté.

—¿Para qué quería todo eso?

—Eso no es de su incumbencia.

—Pésima respuesta. Pero no acaban aquí las sorpresas. Una persona que se le parece, y que conduce un automóvil idéntico al suyo, fue vista por los vecinos de Siviero. En la casa, la policía científica ha encontrado huellas que no pertenecen a los propietarios. Por casualidad, no serán las suyas, ¿verdad?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Estoy convencido de que usted, de alguna manera, está implicado en la desaparición de los Siviero, y sólo de pensar en la pala y el pico me asaltan malos presentimientos.

—Deja usted volar demasiado la imaginación.

—Escuche, señor Contin, yo no soy su enemigo; de hecho, todavía no le he dicho nada al juez, y mucho menos a mis colegas. Sólo quiero saber cómo ha acabado usted metido en este lío.

—No hay nada que saber. Dedíquese a otros casos. Supongo que el trabajo no falta en la comisaría.

Sacudió la cabeza desilusionado y se alejó, perdiéndose entre la clientela. Estaba seguro de que volvería. Los policías trabajan así.

Al volver a casa, saqué la maleta del coche y la escondí en el trastero de una vecina. La viuda Mandruzzo tenía casi noventa años y hacía tiempo que no salía de su apartamento. La atendía una cuidadora rumana pagada por los hijos, que raramente aparecían por la casa. Era un lugar seguro. Ni siquiera a Valiani se le ocurriría meter las narices allí. Aunque sólo fuera porque únicamente Beggiato y yo conocíamos la existencia del dinero y del pasaporte.

A la mañana siguiente me di cuenta de que el inspector estaba en un coche aparcado frente a mi casa. No hacía nada por disimular. Me siguió hasta el hipermercado. A media mañana fui a tomar el café de costumbre. Me pareció ver a Valiani en una tienda de utensilios para el hogar. Mientras regresaba a mi trabajo, me volví de repente y observé que el poli metía la taza del café que me había tomado, junto con el plato y la cucharilla, en una bolsita de plástico. Sonreí, admirado. Eso sí que no me lo esperaba.

Volví a verlo pronto. Vino a preguntarme la razón de la presencia de mis huellas en casa de los Siviero.

Un programa que se ocupaba de personas desaparecidas dedicó un tiempo largo e inútil al caso. Preguntas e hipótesis, pero ninguna respuesta. La pareja se había esfumado por completo. La presentadora aseguró a los telespectadores que seguirían investigando. Apagué el televisor y me fui a la cama. Soñé con Clara, acerca de una vez que fuimos a pasar el fin de semana a Londres y dejamos a Enrico con sus abuelos. La primera noche en el hotel, Clara salió del baño con un camisón transparente. «Quiero que hagamos el amor toda la noche», dijo mientras deslizaba sus manos bajo las sábanas. Me desperté llorando.

Me encontré a Valiani, que me esperaba apoyado en mi coche. Estaba fumando como de costumbre. Yo tuve que dejarlo cuando empecé a comerciar con vinos. El tabaco estropea el paladar.

—He notado que hace un par de días que no lee los periódicos —dijo.

—A lo mejor es porque no tengo ganas.

—O quizá porque sabe más que los periodistas.

Resoplé. La actitud de Valiani me irritaba.

—¿Y ahora qué quiere?

—Las huellas halladas en la casa son tuyas, señor Contin. En la cocina, en el salón, en el dormitorio y en el baño. Y la policía científica ha encontrado unas manchas oscuras en el techo de una habitación. El resto estaba limpio, pero había rastros de engrudo en las paredes, como si alguien hubiera pegado unas telas plastificadas con cinta adhesiva en ellas. Los hematólogos están analizando ahora mismo las manchas. Podría tratarse de sangre. En ese caso, se analizaría el ADN para ver si pertenece a los Siviero.

—No lo sigo.

—Yo creo que sí. Y también estoy seguro de que no le gusta nada descubrir que ha cometido un error.

—¿A qué error se refiere?

—A la sangre del techo.

—Siempre y cuando sea sangre...

—Apuesto a que sí. En cualquier caso, eso demostraría que Oreste y Daniela fueron asesinados en esa habitación, con una dinámica que presupone el uso de un objeto contundente o de un machete movido de arriba abajo para golpear a las víctimas..., repetidas veces y con gran violencia. Cuando el arma subía, levantándose por encima de la cabeza del asesino, la sangre salpicaba el techo.

—Una teoría interesante.

—Que muy pronto se convertirá en el núcleo de las investigaciones. La clásica cuña, como decimos los policías veteranos. Quedan todavía varios puntos por aclarar para cerrar las investigaciones. Por ejemplo, el día de su desaparición, los Siviero se comportaron de una manera extraña. Daniela no apareció por la lavandería en toda la mañana. En cambio, Oreste cerró el negocio a las doce y media, y después, ninguno de los dos volvió a ser visto. En cambio usted, señor Contin, a juzgar por lo que dice el extracto de su tarjeta, compró dos botellas de vino y una de coñac poco después de las dos. ¿Recuerda lo que hizo antes y después? Sobre todo, después.

—Pasé la tarde en mi casa.

—Imagino que solo.

—Se equivoca. Estaba con una señora.

—¿Y esa señora tiene nombre?

—Por supuesto. Ivana Stella Tessitore.

El inspector acusó el golpe. Su teoría se tambaleaba peligrosamente ahora. Pero no era uno de esos tipos que se dan por vencidos fácilmente.

—¿Y hasta qué hora estuvo con esa mujer?

—No me acuerdo. Pregúnteselo a ella.

—Lo haré sin duda. Quiero contarle un secreto, señor Contin. No le he dicho a nadie que las huellas de casa de los Siviero son tuyas.

—Está ocultando varias informaciones con respecto a mi persona. ¿Por qué lo hace?

—Se pondría en marcha el mecanismo judicial. Usted recibiría un auto de procesamiento y, con toda probabilidad, acabaría sentado en el banquillo de los acusados. Pero el proceso resultaría indiciario y usted saldría absuelto. Y nosotros quedaríamos a la altura del betún, porque usted había sido víctima de un crimen horrible. Los periódicos nos crucificarían. Y, además, no estoy tan seguro de querer verlo en la cárcel. Quizá haya otra manera de arreglar el asunto.

—Ah, ¿sí?

—Me preocupa. Parece que la cosa no vaya con usted. ¿Seguro que está bien?

—¿Me está usted preguntando si sufro alteraciones psíquicas? Me encanta que alguien se lo plantee al cabo de quince años.

## Raffaello

Tuve que sacudir a mi vieja. «Dime la verdad, te lo ruego —le dije—. Da igual lo que hayas hecho, no me voy a enfadar. Tú eres la persona más importante de mi vida y te querré siempre». Y entonces ella se avino a hablar. Joder, me la ha liado buena, pero pensaba que lo hacía por mi bien. Santa mujer, para consolarla tuve que cubrirla de besos. Es verdad que sin la carta de Contin a los periódicos jamás hubiera salido. Y salí, pero estoy jodido. Por lo menos, ahora tengo las ideas claras. Oreste tenía preparado el dinero y el pasaporte para mi fuga. Contin se enteró y le hizo chantaje a Siviero, y, o bien lo hizo huir, o se lo cargó junto con su mujer. No queda otra alternativa. Pero ¿quién se va a imaginar a un tipo intachable como Contin matando a dos cristianos? Ese tipo no es como yo. Claro que tampoco yo hubiera apretado el gatillo aquel día de no haber ido de coca hasta las cejas. El verdadero problema estriba en saber adónde ha ido a parar mi dinero. Si Oreste se ha dado el piro, lo tiene él, pero en ese caso debería aparecer pronto y darme una parte al menos. Sabe de sobra que no tengo tiempo que perder. Pero si lo tiene Contin, hasta el momento no se lo ha entregado a la pasma. No es mucho, pero es seguro. Ahora bien, lo que no logro entender es que Contin no fuera corriendo a ver a Valiani para hablarle de Oreste, a menos que tuviera intención de vengarse. En ese caso, Contin el justiciero los ha matado. Sólo que Oreste es un tipo duro y listo. No me entra en la cabeza que alguien como Contin se la haya podido jugar. Esperaré un par de días más, y si mi socio no da señales de vida, iré a charlar un ratito con el señor viudo inconsolable para que me devuelva mi dinero. Faltaría más. Pienso chantajearlo. Le había jurado a mi vieja y a mí mismo que no cometería más delitos. Pero este es un caso de fuerza mayor. Contin no anda mal de pasta. Debe de tener un rinconcito en el banco. Para eso estamos en el nordeste. Aquí todo hijo de vecino tiene su mierda de cuenta en el banco. Y si no afloja la pasta, me chivo a Valiani. Joder, he estado callado durante quince años, y ahora estoy dispuesto a vender a cualquier gilipollas. Me temo que voy de farol. Yo no soy tan infame.



## Silvano

Estaba intentando digerir las albóndigas con salsa que había comprado mientras miraba una edición especial de mi concurso favorito cuando alguien llamó al timbre. Me levanté de mala gana para ir a abrir. Esa noche, en lugar de los concursantes de siempre había personajes del mundo del espectáculo. Al descubrir que se trataba de Ivana Stella, la interrupción me molestó menos. La velada podía resultar interesante.

—¿Cómo es que vienes a esta hora? —pregunté—. ¿Tu hija te ha dejado salir?

Pero, al parecer, la señora Tessitore no estaba de humor para bromas.

—Acabo de salir de la comisaría, no de casa. Un tal inspector Valiani me ha hecho ir para preguntarme si había pasado determinada tarde aquí contigo. ¿Cómo has dejado que me humillaran de esa manera?

Le ofrecí una copa abundante de coñac.

—Necesitaba una coartada. Ese poli sospecha que estoy implicado en la desaparición del matrimonio Siviero.

—Ya lo sé. Me ha preguntado si los conocía o si te había oído hablar de ellos. Pero no deberías haberme metido a mí en medio. Qué vergüenza. Me he visto obligada a admitir que habíamos mantenido relaciones sexuales.

—Has dicho la verdad. Y ahora, dejémoslo, no ha pasado nada grave.

—Para ti, quizá. He tenido que responder a preguntas muy íntimas.

—¿Cómo por ejemplo?

—Valiani me ha preguntado cómo y cuándo nos conocimos, y ha insistido en saber si era la primera vez que venía aquí. Y, sobre todo, si me lo habías pedido tú.

Muy astuto, el inspector. Sospechaba que podría haber utilizado a Ivana Stella como coartada.

—¿Te ha preguntado algo más?

—¿Por qué?, ¿no te parece bastante?

—Te veo muy alterada para ser alguien habituada a tratar con presidiarios. Ya deberías saber cómo funciona esto.

—No me gusta tu tono. En lugar de disculparte por haberme metido en una situación desagradable, te burlas de mi labor de voluntariado.

—¿De qué labor hablas? No eres más que una frustrada que se dedica a hacer buenas acciones para darle sentido a tu vida, en vista de que la conyugal fue un fracaso.

—No te permito que me insultes.

—Cállate. No fuiste capaz de conservar el marido porque no sabes satisfacer a un hombre. Y, por si fuera poco, ahora ya no te basta con los presidiarios y has empezado a beber.

—Eres cruel. Creía que me amabas.

—Desnúdate y verás cómo te amo.

Cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Me marcho.

—Si sales por esa puerta, te aseguro que no volverás a verme.

Tuvo un momento de vacilación.

—Me quedo solo si cambias de actitud.

—Por supuesto. Ahora lo único que tengo son ganas de hacer sexo.

—Yo no.

—Entonces, ahí está la puerta.

—Por favor, no me trates así.

—Y tú no me hagas perder el tiempo.

Volvió a sentarse en el sofá y se sirvió otro coñac.

—Tenemos que hablar, Silvano.

—Después. Ahora, desnúdate.

—No. Quiero saber qué tienes que ver con la desaparición del matrimonio Siviero.

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Puedo saber por qué te muestras ahora tan hostil conmigo?

Me puse en pie de repente y fui a buscar el diccionario. Lo hojeé hasta dar con lo que buscaba. «La condena —comencé a leer en voz alta— es un procedimiento punitivo previsto por un ordenamiento jurídico para sancionar una transgresión de la ley, de acuerdo con la gravedad de la misma. Sinónimos: castigo, punición, sanción, correctivo...». —¿Lo entiendes? La cárcel es un lugar de expiación en el que rigen unas reglas, los presos tienen derechos y deberes. En ninguna parte está escrito que la pena prevea el consuelo. El consuelo es sólo para aquellos que han sufrido por las acciones de los criminales.

Gritaba y temblaba de rabia. Ivana Stella me miraba asustada. Saqué del cajón las fotos de Enrico y Clara y las sacudí delante de sus narices.

—Mira sus pechos abiertos, vacíos y negros. Cuando terminó la autopsia volvieron a meter dentro los órganos y remendaron los cuerpos de cualquier manera con un hilo grueso de nailon. Nadie me ha consolado jamás por eso. Las palabras de consuelo jamás han ido más allá de la obviedad. La misma que te insulta y te araña la mente hasta hacerte enloquecer de dolor. Y de rabia.

Me había quedado sin aliento. Ivana Stella estaba atónita.

—Cálmate, Silvano, comprendo...

—No, tú no comprendes —la interrumpí—. De otro modo, no estarías de parte de los presos, sino de las víctimas.

—La cárcel vuelve a las personas peores de lo que son —dijo con voz calmada—. Nosotros intentamos ayudar a los presos a comprender sus errores para que una vez salgan no vuelvan a delinquir. Eso es todo.

—¿Y qué hay de nosotros?

—Las víctimas ya obtuvisteis justicia en el proceso. Para eso existe la ley. El Estado no puede ayudarte a superar el dolor, pero las personas, sí. También por eso quería estar a tu lado. Pero sobre todo me había enamorado de ti. Me parecías una persona especial, pero sólo eres un hombre falso y desesperado.

Se puso en pie y cogió su bolso.

—Me has utilizado, te has aprovechado de mí. Sólo espero que no estés metido de verdad en el asunto de los dos desaparecidos.

—A lo mejor acabas viniendo a visitarme a la cárcel.

Suspiró. Parecía más vieja y cansada.

—Déjate ayudar, Silvano. A lo mejor todavía estás a tiempo.

Estaba desilusionado. No había conseguido castigar a Ivana Stella, sino tan sólo hacerla sufrir. Había sabido mantener la dignidad y, en cambio, yo me había puesto en evidencia con aquellas vulgaridades acerca del sexo. La rabia había hecho que me descubriera y le mostrara las fotos de las autopsias. No debería haberlo hecho. Les había faltado al respeto a Clara y a Enrico.

Saqué la botella de Vecchia Romagna. Me puse los auriculares y empecé a escuchar las canciones de los Pooh que tanto le gustaban a Clara. Mi mujer, mi amor, la madre de mi hijo. Intenté resistirme al alcohol pero, en cierto momento, caí redondo, como si me hubieran dado un puñetazo.

Me desperté a la mañana siguiente con la cara sucia de vómito seco. Antes de meterme en la ducha fregué el suelo.

Cuando abrí el Tacón Vertiginoso, Valiani ya me estaba esperando. Intentaba hacerme perder los nervios, pero yo no era uno de sus sospechosos.

—He llegado a una conclusión —dijo mientras buscaba el encendedor en su bolsillo—. Yo creo que Oreste Siviero ya tenía preparada la parte del botín que le correspondía a su socio. ¿Sabe por qué? He revisado los interrogatorios de hace quince años. Beggiato siempre ha sostenido que no podía dar el nombre de su cómplice porque este tenía que guardarle el dinero, que, sin duda alguna, estaba a buen recaudo en el banco para que Siviero no se la pudiera jugar. Beggiato podía tomárselo mal y denunciarlo.

—Sus teorías siguen siendo fascinantes, inspector.

Pero ¿qué va a hacer con tanto dinero un hombre enfermo de cáncer destinado a morir antes de un par de años?

—Una cosa es morir pobre, y otra muy distinta, forrado. Por otra parte, también es necesario conocer la mentalidad de los presidiarios. Beggiato se ha aferrado a ese sueño del dinero durante quince largos años. Tenerlo a su disposición, aunque fuera por poco tiempo lo haría sentir mejor.

—Habla como si estuviera seguro de la existencia de ese dinero.

—Una convicción basada en pruebas, querido Contin. Al examinar el registro de llamadas de la lavandería he hallado un número del cantón del Tesino perteneciente a un conocido intermediario que, en sus ratos libres, también hace de cambista para los hampones.

—¿Cambista?

—Imagine que necesita cambiar euros de prisa. Él se queda un diez por ciento y, a cambio, te da dólares. O cualquier otra moneda. Pero en este caso eran dólares. Me lo han confirmado mis colegas de Lugano.

—Y apuesto a que les ha ocultado también ese detalle a sus colaboradores.

—Lo ha adivinado. Estoy convencido de que esos dólares están ahora en su poder, y he pensado que no me vendrían nada mal para redondear mi pensión.

—¿Me equivoco o me está proponiendo un trato?

—El mejor de su vida. Mi silencio a cambio del dinero.

—¿De lo contrario piensa arrestarme?

—Muy probablemente el juez estaría de acuerdo en dictar una orden de búsqueda y captura a partir de las pruebas con las que contamos. Sangre y huellas son una combinación muy fea.

—Dudo que lograra convencer a un jurado. Le faltan los cadáveres, y tal vez no se haya producido ningún homicidio. Podría ser que Siviero hubiera

preparado el escenario para desaparecer con el dinero de Beggiato.

—Entre las manchas de sangre del techo, la policía científica también ha encontrado microtrazas de materia cerebral. No cabe duda de que se trata de un doble homicidio. En estos momentos estamos buscando dos cadáveres. Podrá leerlo en los periódicos de mañana.

—¿Y cuándo se supone que mataron a Siviero y a su mujer?

—El mismo día de su desaparición.

—Pero yo tengo una coartada.

—La señora Tessitore pasó la tarde con usted. Podría haberlos matado después, o inmediatamente antes. Necesitaríamos los cadáveres para precisar la hora de la muerte. De todos modos, tengo que admitir que eso a lo que usted llama «coartada» podría poner en serias dificultades a la acusación.

—Yo también lo creo. Un honesto ciudadano no flirtea con una señora precisamente el día de un doble homicidio premeditado.

—El resto de las pruebas son tan consistentes que no podría librarse del juicio.

—Yo no lo creo así. Soy Silvano Contin, el hombre a quien mataron mujer e hijo.

—¿De veras cree que eso lo hace intocable? Le conviene reflexionar con cuidado acerca de mi propuesta. Es su única salvación.

Me quedé observándolo mientras se alejaba arrastrando los pies. El tacón izquierdo estaba más gastado que el derecho: típico de quien sufre de ciática. Los zapatos dicen un montón de cosas de quien los lleva. Antes que nada, nivel de vida y posición social. Los de Valiani, un par de mocasines negros con cordones, no debían de costar más de cuarenta euros. Tenía razón: no le vendría nada mal un poco de dinero.

## Raffaello

Ya hacía varios días que estaba en libertad y todavía no había follado. Menuda broma. Nunca hubiera pensado que me pudiera suceder algo así, con todas las pajas que había llegado a hacerme en la celda. Veía tantos coños a mi alrededor que tenía la polla dura buena parte del día.

Necesitaba una mujer. Y de prisa. Tenía miedo de que la quimio no me dejara empalmar. En vista de que no tenía dinero o, mejor dicho, de que tenía muy poco, fui a ver a Giorgia Valente. A su casa, no a su lugar de trabajo. Como mucho podía mandarme a paseo. Cuando abrió la puerta, me quedé de piedra. Joder si había cambiado. La muchacha de hace quince años se había convertido en una mujer gorda y fea. La vida no la había tratado nada bien. Por lo visto, el suyo era el oficio más antiguo del mundo, y también el más difícil. Si no tienes la suerte de encontrar a un pájaro que se case contigo o si no sabes administrarte el capital que tienes entre las piernas, acabas aguantando mientras puedes, pero luego ya no te queda nada: ni para disfrutar la jubilación ni, mucho menos, para pensar que tu vida ha servido para algo. Había conocido a muchas putas viejas y desesperadas. Y Giorgia estaba destinada a convertirse en una de ellas.

—Sigues tan guapa como siempre —farfullé, intentando ser amable.

Ella me abrazó y me dio dos besos en las mejillas.

—No es verdad —dijo—. Siempre has sido un mentiroso, pero me alegro de verte.

Me ofreció un *whisky* y en seguida comenzó a hablarme de Silvano Contin. Según ella, está loco y es peligroso. Y ella conoce bien a los hombres. Que se fuera a tomar por culo Contin; loco o cuerdo, tenía que darme mi dinero. Una vez zanjado el tema, me preguntó si ya había estado con una mujer. Negué con la cabeza.

—En ese caso, déjame a mí —dijo ella.

Yo me quedé un poco cortado porque no sabía cómo decirle que no tenía con qué pagarle. Pero Giorgia me sonrió y me susurró que no me preocupara. Me llevó a la cama y me dedicó el repertorio completo: boca, coño, culo. Se

comportó como si fuera mi mujer. Un caramelo. Me susurraba palabras de amor y yo estaba feliz. Qué gran mujer, Giorgia Valente. Sabía que no sólo necesitaba un buen polvo, sino también, y sobre todo, el calor de una mujer. Al final me quedé dormido entre sus brazos y, para cuando volví a abrir los ojos, vi que me sonreía. Una sonrisa sincera. En ese momento tuve ganas de llorar. Hacía quince años que no sucedía. Ella me consoló.

—Quédate a dormir esta noche —me dijo, y se levantó para preparar la cena. Incluso vimos un rato la televisión como una pareja de verdad.

A la mañana siguiente me llevó el café a la cama y volvimos a hacer el amor. Cuando salí para ir al hospital, tenía la cabeza despejada, y la cárcel y la muerte me parecían un poco más lejanas. Estaba seguro de haber comenzado una buena jornada, pero en seguida me la fastidieron en el hospital, al anunciarme que al día siguiente me harían mi primera sesión de quimioterapia. Una enfermera me explicó, satisfecha, que perderé el pelo, y su colega me dijo que vomitaré hasta el alma. Entonces la otra repuso que yo no tengo alma. Dos gilipollas jóvenes y guapas. Me lo tuve que tragar sin poder decir nada. Me hubiera encantado patearles el culo, pero después se habrían vengado. Joder, qué miedo le tengo a la quimio. A Oreste ya no volveré a verlo, y necesito el dinero de Contin para montármelo bien. Así no me daría cuenta de que me estoy muriendo y, al verme pelado en el espejo, me entrarían ganas de reír. Cuando regresaba a casa apareció Valiani. El muy cabrón me subió a su coche y me llevó a dar una vuelta. Volvió a hacerme un montón de preguntas acerca de Contin. «No sé nada, ¿cómo tengo que decírselo?». Pero él insistía en mi parte del botín. Quería saber dónde y cuándo debía encontrarme con Siviero. Pero yo seguí negándolo. En el acaloramiento de la conversación, dejó escapar el nombre de nuestro intermediario de confianza. Ya no me quedó ninguna duda. Oreste estaba listo para entregarme mi parte. El polizonte siguió hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Estaba pensando que al día siguiente me iba a saltar la quimio. No quería vomitar sobre Contin mientras le pedía mi pasta.

## Silvano

—Le he traído el periódico —dijo Valiani, mientras lo abría sobre el mostrador de mi negocio.

Fijé la vista en el titular a toda página: «Daniela Borsatto y Oreste Siviero, asesinados en su propia casa. Según los investigadores, se trata de un delito brutal y premeditado. Se desconoce el móvil. Batidas en ciudad y provincia en busca de los cuerpos».

—¿Ha pensado en mi propuesta? —preguntó el inspector.

Me limité a encogerme de hombros. Cada palabra podía ser peligrosa.

—El tiempo apremia y debo entregar mi informe al juez —continuó el policía—. Hoy es jueves, volveré el lunes por la mañana. Será su última oportunidad: o el dinero o la cárcel.

No tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer. Sentía que el curso de los acontecimientos me llevaba a la deriva y me hundía un poco más en la oscuridad que envolvía mi mente. Tal vez comprar el silencio de Valiani era lo mejor que podía hacer para evitarme problemas y dar por zanjado el asunto de Siviero y su mujer. Pero la sola idea me ponía enfermo. Descubrir que el inspector era corrupto había sido un duro golpe, difícil de aceptar. Había depositado mi confianza en el policía equivocado durante demasiado tiempo.

Pensar me confundía y empezaba a sentirme ligeramente aturdido. A lo mejor seguía bajo los efectos de la cogorza de la noche anterior. Me puse a trabajar y en seguida me sentí mejor. Un tacón, una suela, una llave. Clavos, martillo, cepillo, lija. Mis manos se movían seguras, y yo las observaba satisfecho.

Por la tarde cerré un poco antes y fui a hacer la compra. Me di cuenta de que el inspector me observaba desde lejos. Estuve tentado de ir a su encuentro y decirle que había decidido entregarle el dinero. Pero reflexionar me resultaba cada vez más fatigoso, y abandoné la idea porque en ese momento estaba eligiendo las salchichas de Frankfurt, y no quería cometer de nuevo el error de cogerlas de pollo. Metí en el carrito una buena colección de congelados y fui hacia la caja.



—Es usted soltero —comentó la cajera mientras pasaba los productos por el lector óptico—. Lo digo por los platos precocinados.

—Ah, sí. Cuando se está solo no se tienen muchas ganas de cocinar.

—¿Separado?

—Viudo.

—Lo siento, no quería...

—No se preocupe.

—¿Sabe?, se lo he dicho de un modo espontáneo. Me han entrado ganas de hablar porque yo también he empezado a comer las mismas cosas.

—Entonces es usted afortunada. Hasta no hace muchos años eran auténticas porquerías.

La cajera me miró de una manera extraña; no había comprendido el significado de mis palabras. Y eso que era realmente afortunada. Ahora los supermercados estaban llenos de comida pensada para personas que vivían solas, mientras que hace tiempo los productos eran pocos y de pésima calidad. Ya tenía quince años de experiencia, y recordaba perfectamente los raviolis de lata con un ragú tan ácido que hacía que se te retorcieran las tripas. O las primeras bandejas de canelones o lasaña congelados, cuya pasta parecía de papel de estraza y tardabas un día entero en digerirla. Era evidente que los solteros se habían convertido en un verdadero mercado digno de atención. Seguí reflexionando sobre la evolución de los precocinados hasta que llegué a mi casa. Buena señal. Poco a poco, mi mente empezaba a funcionar de nuevo. De vez en cuando, de la oscuridad asomaban los rostros de Oreste y Daniela, lo que me provocaba cierta ansiedad, pero desaparecían casi de inmediato.

Me sorprendió encontrar a Beggiato sentado tranquilamente en el sofá, pero no me asusté. Por la expresión de su rostro, comprendí en seguida que no venía con malas intenciones. Sobre sus rodillas descansaba el mismo periódico que me había traído Valiani.

—¿Cómo has entrado?

Me mostró una ganzúa.

—Tu cerradura es una mierda. Te aconsejo que la cambies antes de que los gitanos te desvalijen el apartamento.

Dejé las bolsas sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué quieres?

—¿Qué se siente al convertirse uno en un asesino?

—Dímelo tú.

—Entiendo que mataras a Oreste, pero ¿qué cojones tenía que ver su mujer en esto?

Las palabras me salieron a borbotones:

—Era cómplice, estaba de su parte. Hasta se dejó sodomizar para salvarlo.

—Puede que simplemente lo amara.

—Eran dos bestias. Como tú.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

—Justicia.

—Ah, ahora resulta que eres un maldito justiciero a lo Charles Bronson.

—He ejercido mi derecho.

—¿Te das cuenta de que eres un asesino?

—Tú eres un asesino. Yo sólo he sido el verdugo.

—Tú estás loco y yo soy un gilipollas. Todo es culpa mía.

—¿Qué estás diciendo?

—Fui yo quien disparó a tu hijo y a tu mujer. Has matado a Oreste por nada.

—Pero tú siempre lo acusaste a él.

—No es lo mismo. Le echaba la culpa a un fantasma para evitar la cadena perpetua.

—De todos modos, erais cómplices. La pena es la misma, como dice el código.

El asesino se rio en mi cara.

—¿Quieres matarme a mí también?

—No. Ya se encargará el cáncer de eso. Y será peor. Tendrás tiempo de ver la oscuridad. Como mi Clara. «Está muy oscuro, tengo miedo», dijo antes de morir.

—No te preocupes. Ya estoy cagado de miedo.

—No me das ninguna lástima.

Beggiato apretó los puños pero se calmó en seguida.

—¿Cómo los mataste?

—A palos.

—Como perros.

—Sí. Como perros.

—¿Y qué hiciste con los cadáveres?

—Los sepulté en el vertedero que hay cerca de la autopista tangencial.

Beggiato guardó silencio durante un par de minutos.

—De veras que no logro imaginar que un tipo «intachable» como tú pueda haber elaborado un plan tan preciso.

—Clara me guio.

—¿Clara?

—Sí, mi mujer.

Se levantó de un salto.

—Estás como una puta cabra. Pareces uno de los locos que estaban conmigo en la cárcel.

—Deja de decir chorradas y dime qué es lo que quieres.

—La pasta.

—Valiani ya se la ha adjudicado.

—¿Qué cojones pinta ese poli en esta historia?

—Lo sabe todo. O casi todo. Me está haciendo chantaje. Quiere el dinero el lunes, de lo contrario, se lo contará todo al juez.

Beggiato se echó a reír.

—Además de loco eres gilipollas. El inspector no es un corrupto; ese imbécil no ha aceptado dinero en su vida. Te está tendiendo una trampa para tener una prueba irrefutable.

—Puede que estés en lo cierto, pero tú no lo tendrás jamás.

—Y yo me voy derecho al juez a contarle lo que me acabas de decir.

—Tómalo con calma: sería tu palabra de presidiario contra la mía.

Beggiato encendió un cigarrillo. Después se sirvió un vaso de Vecchia Romagna.

—No podría denunciarte. No soy tan cabrón —dijo con voz resignada—. De todos modos, estás jodido, justiciero de los cojones. ¿De veras crees que te vas a librar? Valiani acabará atando cabos.

—Eso no es asunto tuyo.

—No creo que disfrutes tanto de mi muerte desde una celda de la cárcel. No tienes la más mínima idea de lo que te espera.

—Ningún juez se atreverá a condenarme.

—Despierta: esos también condenan a inocentes... Yo que tú me buscaría un buen abogado. A lo mejor, con un dictamen psicológico te caen sólo entre doce y catorce años —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—. Adiós, gilipollas —fue su despedida.

Tiré a la basura el vaso que había usado el asesino, quité la funda del sofá en el que se había sentado y la metí en la lavadora. Luego me tumbé en la cama a pensar. Los culpables ya no eran un problema. Ahora tenía que enfrentarme a la ley. Si Valiani no era un corrupto, como sostenía Beggiato, entonces eso quería decir que no disponía de más pruebas, aparte de las que tan meticulosamente había enumerado en el transcurso de nuestros encuentros. Puede que fueran suficientes para llevarme ante un jurado o incluso para hacerme dar con mis huesos en la cárcel. Guiado por Clara, me

había esforzado en trazar un plan perfecto precisamente para evitar crear molestias a los investigadores. En cambio, había cometido una serie de errores que no se le habían escapado a Valiani. Examiné uno por uno hechos e hipótesis, y al final decidí fiarme del juicio de Beggiato y no darle el dinero al inspector. También decidí que en ningún caso iba a defenderme. La acusación resultaría tan injusta que no sería tomada en consideración. No pensaba responder a las preguntas de jueces y policías. El silencio sería mi arma para impedir que el jurado llegara a confundir justicia con homicidio. Me sentía sereno y me quedé dormido. Soñé con Clara, que llevaba a Enrico en bicicleta. Sonreía. Pasaron por mi lado sin verme.

## Raffaello

Hoy es lunes. Un día de mierda. Incluso en libertad. Tengo que cruzar la calle pero no logro decidirme. Me fumo otro cigarrillo y después voy. He decidido acabar con esta historia de una vez para siempre. Joder, menudo marrón. Todo es culpa mía. No he dado ni una. Me he equivocado en todo. He tenido quince años de tiempo para pensar y sólo tenía mierda en el cerebro. Contin está chiflado. Tiene razón Giorgia, no es más que un loco peligroso. Cuando salí de su casa tenía la sangre helada. Me parecía estar muerto. Ese hijo de puta acababa de confesarme como el que no quiere la cosa que había matado a Oreste y a su mujer, «guiado» por su esposa Clara. Sólo que ella está muerta y enterrada. Recuerdo demasiado bien cómo le disparé en el estómago. Los mató a palos. Es un monstruo. Eso es en lo que se ha convertido. Es preciso acabar de una vez con esta historia. Cuatro muertos por una mierda de atraco son muchos, demasiados. Ahora me acabo el cigarrillo, entro en ese portal y pongo la palabra fin. *Stop*, ya basta. Debo hacerlo. Soy el único que puede impedir que esta historia se haga interminable. Después de ver a esa rata de Contin me cuesta pensar. He atravesado toda la ciudad intentando hacer funcionar el cerebro, aunque fuera una sola vez. Y al final todo estaba claro. Fui a ver a Giorgia. Le dije que quería ir a ver el mar. Ella me entendió. Las putas tienen el don de leerte el pensamiento. Por la mañana se vistió como una señora y ambos fuimos en su coche a la Riviera Romagnola. Un lugar lleno de hoteles, aunque casi todos vacíos en esta época del año. Alquilamos una habitación en un lugar bonito, elegante y discreto. Yo quería ir en seguida a la playa, pero Giorgia dijo que primero quería hacer el amor. Lo dijo así. No dijo follar, ni echar un polvo o un clavo, sino hacer el amor. Era ella quien me deseaba. Me entraron ganas de llorar otra vez y ella me lamió las lágrimas del rostro. Después se subió encima de mí y empezó a menear despacio su enorme culo, susurrándome palabras que le hicieron bien a mi corazón. Caminamos junto al mar, en silencio y de la mano. De vez en cuando yo me detenía y miraba a lo lejos para llenarme los ojos de vida y libertad, y ella, mientras tanto, me abrazaba con fuerza. Como de costumbre yo estaba sin

blanca, pero Giorgia corrió con todos los gastos. Por la tarde, me llevó a una *boutique* y me vistió de los pies a la cabeza. Luego fuimos a cenar a un restaurante de lujo. También estaba un tío que sale por la tele cenando con una piba espectacular. Bebimos champán. Mucho champán. Miraba a mi alrededor y sólo veía riqueza y gente divirtiéndose. Yo padecía un cáncer que incluso en ese momento me estaba corroyendo por dentro, ya habían muerto cuatro personas y tenía al chalado de Contin dando vueltas en mi cabeza, pero nada de todo eso me parecía cierto. Por momentos me decía que también yo era como los demás. Giorgia tenía la lengua suelta, aunque en ningún momento tocó temas delicados. Hablaba como una esposa. No sé si fingía o también ella quería aprovechar el viaje a la costa para deshacerse del asco que le provocaba la vida que tenía a sus espaldas. No lo sé. Sólo sé que cuando muera pensaré en ella. Por la noche, en la cama, no se me levantaba. Demasiado champán. Me sentí mal por el papelón que estaba haciendo, pero ella me dijo que no me preocupara. Me arrulló como a un niño y a la mañana siguiente tenía la polla dura como una piedra. Todavía estaba durmiendo cuando Giorgia empezó a chupármela. ¡Joder, menudo despertar! Mientras me duchaba, sentí un poco de tristeza al pensar que podría haberla tenido a mi lado todos esos años si no hubiera matado a aquella madre y a su hijo. El sábado por la noche fuimos a bailar. Un desastre. Ya no me acordaba de un solo paso y parecía un pato mareado. Nos reímos mucho. Y bebimos. A la mañana siguiente volvimos a la playa. Me quité los zapatos y los calcetines y me metí en el agua. Estaba helada, pero yo no sentía nada. Frente a mí, tan sólo había el mar y el cielo. Eché a andar hasta que Giorgia me cogió por la espalda. «¿Adónde vas, mi amor?», me preguntó, y en ese momento me di cuenta de que el agua me llegaba a la cintura.

Entonces le conté lo que había decidido hacer. «¿Por qué?», me preguntó. «Es difícil de explicar. Te lo he dicho sólo porque no quiero que pienses mal de mí».

Regresamos a la ciudad bien entrada la noche. Yo estaba profundamente triste. Ella quería que me quedara a dormir en su casa, pero debía despedirme de mi vieja. Giorgia se echó a llorar, me besó en la frente y volvió a ejercer de puta. Hoy es lunes. Un día de mierda. Se ha acabado el cigarrillo y tengo que decidirme. Antes de salir le di un abrazo a mi vieja. También ella lloró. Finalmente, se me han hinchado las pelotas y cruzo esta maldita calle.

## Silvano

Me pasé toda la mañana del domingo en el cementerio, arreglando las tumbas y hablando con Clara y Enrico. Era un día bonito y el sol se insinuaba entre las piedras y los mármoles, creando extraños efectos luminosos. De regreso a casa, me detuve a comprar algo de comida para llevar y también en un quiosco. Los titulares sobre el caso Siviero seguían ocupando buena parte de la primera plana. Aparte de las entrevistas habituales a parientes y vecinos, no había ninguna noticia digna de destacar. Una «fuente» bien informada había avanzado la hipótesis de un doble delito perpetrado por el crimen organizado. Limpié la casa de arriba abajo y, al caer la noche, preparé una bolsa con ropa, pijama, cepillo de dientes y dentífrico. Después me acosté. Estaba muy cansado.

El lunes por la mañana abrí el negocio como de costumbre. Metí la bolsa debajo del mostrador y me puse a atender a los clientes mientras esperaba la llegada de Valiani. El inspector no apareció. Ni siquiera por la tarde. Pensé que vendría a verme a última hora, pero estuve esperándolo sentado frente al televisor durante toda la noche. Estaba perplejo. No sabía qué pensar. Mientras me afeitaba me convencí de que en aquellos días Valiani había comprendido el significado de mis acciones. Me equivocaba. Me di cuenta al abrir el periódico: «Novedades en el caso del doble homicidio. Se ha detenido a un sospechoso».

## Raffaello

El cabrón de Valiani me dio una patada con muy mala hostia en los huevos. «Pero ¿qué coño te estás inventando?», me gritaba. «Nada, inspector. He venido a entregarme». Y él se cabreó aún más. Tenía la cara muy roja y repetía que había sido Contin quien había matado a Oreste y a su mujer. No dejaba de preguntarme: «¿Por qué? ¿Por qué te sacrificas por él? ¿Qué sentido tiene? ¿Te das cuenta de que volverás al talego y la palmarás como un perro en el hospital penitenciario?». Sí, como un perro. Como Oreste y Daniela. No podía explicarle la razón, y tuve que hacerme el loco hasta la noche. El inspector quería joder a Contin, pero yo no podía permitirlo. Esta historia hubiese continuado hasta el infinito. Habría tenido que volver a comparecer ante un tribunal para declarar como testigo, y no me apetecía nada. La verdad es que Contin me daba pena. Había visto a muchos presos enloquecer de desesperación, y él era como ellos. Condenado al dolor perpetuo. La culpa era sólo mía. Había matado a su mujer y a su hijo, no había tenido el valor de admitirlo, había acusado a mi cómplice y había puesto en marcha el mecanismo que le había permitido hallar el rastro de Oreste. Sí, me daba pena, pero no podía explicárselo a Valiani. No lo hubiera entendido. Él razona como un poli: los buenos, fuera; los malos, dentro. Pero Contin no está hecho para la cárcel, no hubiera logrado sobrevivir y la locura lo hubiera devorado del todo. En la cárcel nadie cura a los locos. Ni siquiera en el manicomio criminal. El mero hecho de estar encerrados hace que se les vaya aún más la cabeza. No, Contin no debe acabar en una celda. Nadie lo salvaría de esa. Además, tiene derecho a una segunda oportunidad. La que siempre me han negado a mí. Fuera puede lograrlo; puede darse cuenta de que es un asesino y refrenarse. Pagar por él es mi manera de resarcirlo por el mal que le he causado. Todo eso no podía explicárselo al inspector, y él me hinchó la cara a bofetones. Quería que me echara atrás. Al final, me preguntó: «¿Y cómo los mataste?». «A palos», le respondí. «¿Y dónde los enterraste?». «En el vertedero de la autopista tangencial».



Entonces se quedó pensativo. Me miraba con un aire extraño; también él parecía un loco. «Si no los encontramos —dijo—, significará que te lo has inventado todo. En ese caso, te pondré una denuncia y te mandaré para tu casa de una patada en el culo. Pero si lo que dices es verdad, eso querrá decir que has hablado con Contin. Sólo él puede haberte dicho dónde escondió los cadáveres». «No insista, inspector —repuse—. Contin no tiene nada que ver en esto. He sido yo. Oreste quería quedarse con mi parte y me lo cargué. A él y a la puta de su mujer». «¿Qué trato habéis hecho? ¿Qué te ha prometido?». Me suplicaba casi para que le diera una respuesta.

Encontraron los cuerpos de noche, al excavar con máquinas el terreno iluminado por los focos. Yo estaba allí, esposado en un coche patrulla. También encontraron el mango de un pico lleno de sangre. Firmé la confesión y ahora vuelvo a estar en mi celda. Valiani hizo cuanto pudo para hacer entrar en razón al juez pero, él se rio en su cara. Entonces, el inspector arrojó su placa sobre la mesa y se fue.

He hecho lo que debía hacer. Me siento fatal, pero no me importa una mierda. Es sólo cuestión de tiempo; después, el cáncer se encargará de mí para siempre. Antes de ir a comisaría entré en la catedral. Había un cartel en el que se leía «Canónigo penitenciario», y debajo, los horarios para confesarse. Me arrodillé y le dije al sacerdote que había matado a una mujer y a un niño, que había pasado largo tiempo en la cárcel y que ahora estaba a punto de volver para morir allí. Me prometió el perdón de Dios.

Bueno es saberlo. No tengo ni idea de lo que me espera cuando cierre los ojos para siempre. Le pregunté por la historia de la oscuridad de la que me había hablado Contin. El cura me respondió que Dios es luz. Que se vaya a tomar por culo Contin. Y también el cura. Ya le dije al juez que no pienso comparecer en el juicio. De todos modos, tienen la confesión y pueden prescindir de mí. Pronto me trasladarán al hospital penitenciario. Tengo hasta prisa. Le estoy escribiendo una carta a mi vieja. Le pido que me perdone y que no venga a verme más. No podría soportar su dolor. Como siempre, se ha quedado jodida.

Ahora tendrá que hacerse a la idea de que tiene un hijo que lleva cuatro muertos sobre su conciencia. Pobre madre. Hoy es martes. Pasta, estofado, verduras. Dentro de poco toca recuento. Y después debería llegar el que barre con un poco de droga que me han regalado los muchachos de la galería para consolarme por mi regreso a prisión. Esperemos que no sea poca. Así me pongo hasta las cejas y me paso la tarde sin pensar en una mierda.

## Silvano

No podía creer que Beggiato se hubiera entregado y hubiera confesado haber matado a Oreste Siviero y a su mujer. No tenía ningún motivo para hacerlo. Leí todos los periódicos y escuché los noticiarios de la radio y de la televisión. La noticia había suscitado una gran polémica y ataques contra el juez de vigilancia penitenciaria. El artículo de Presotto sobresalía por la aspereza de su tono. Se titulaba «Ya lo dijimos». Según el juez encargado de las investigaciones, la confesión contenía lagunas en los detalles, pero eso era atribuible al estado de salud del acusado. El hallazgo de los cuerpos en el lugar indicado por Beggiato disipaba cualquier duda acerca de su culpabilidad. El móvil, en cambio, sí estaba claro. Siviero había decidido quedarse con la parte del botín destinada a su cómplice, lo que había desencadenado la «furia homicida» de este último. El médico legal que había realizado las autopsias había utilizado esa expresión, y había añadido que en raras ocasiones había visto cadáveres tan maltratados. Beggiato volvía a estar en la cárcel y no iba a salir nunca más. Ni aunque el cáncer le perdonara la vida, cosa que, por otro lado, no iba a suceder, pues el oncólogo había excluido esa posibilidad con absoluta certeza. Moriría en la cárcel, como yo siempre le había augurado. Estaba confuso. Ni tan sólo Clara podía ayudarme a comprender por qué había querido salvarme. No quería estarle agradecido, pero tampoco podía negarme a mí mismo que por lo menos me sentía aliviado. Y eso me hacía sentirme incómodo. Ni siquiera Valiani me sirvió de ayuda. Apareció en el Tacón Vertiginoso diez días después. Esperaba su visita, aunque ya sabía que estaba fuera de servicio: había leído una noticia breve en la que se anunciaba su jubilación anticipada.

—Lo que no consigo imaginar es el tipo de acuerdo al que llegó con el imbécil de Beggiato.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlo.

—Usted no es el primer culpable al que veo salir bien librado, pero le aseguro que me he devanado los sesos tratando de comprender la razón.

—El problema es que desde el principio usted no quiso entender.

—¿De veras? Temo que sea usted un enfermo mental, señor Contin. Por desgracia, es intocable. Debo admitir que tenía razón al afirmar que ningún juez se atrevería a llevarlo ante un tribunal. Todo el mundo en la fiscalía y en la comisaría se conformó sin más con la confesión de Beggiato, aunque está más claro que el agua que es inocente.

—Todo el mundo menos usted.

—Pues sí. Cuando pedí que buscaran sus huellas en el arma del delito y en los plásticos me obligaron a jubilarme. El caso está cerrado.

—No entiendo por qué se pone usted así por dos animales como Beggiato y Siviero.

—El hecho de que Siviero esté muerto y Beggiato vaya a estarlo pronto no me importa en absoluto. Siempre he sido favorable a la pena de muerte para los asesinos.

Sólo creo que debería ser un juez quien dictara la sentencia, y el Estado quien la aplicara. No estamos en el Lejano Oeste, señor Contin, y nadie le ha puesto a usted la estrella de *sheriff* en la pechera.

—Pero es a nosotros, las víctimas, a quienes llaman para decidir acerca de su perdón.

Valiani me miró con desprecio.

—Usted ya ha dejado de ser una víctima. Vaya a ver a un médico. Está enfermo.

El inspector se fue arrastrando los pies como de costumbre. Estaba convencido de que nunca más volveríamos a vernos, y me alegraba por ello. Ya nadie podría involucrarme en ese asunto. También los periodistas habían dejado de molestarme con sus estúpidas preguntas acerca de la carta en favor de la excarcelación por motivos de salud. Me limité a responder que yo no era juez y que, de todos modos, nunca había perdonado a Beggiato.

El grito había desaparecido. Pero yo no mejoraba. Me sentía aún más desesperado. El dolor seguía palpitando como una herida infectada. Y en la oscuridad de mi mente ahora me encontraba también con Oreste y Daniela. Tampoco conseguía dejar de pensar en Beggiato. Me corroía la curiosidad por saber, y además había momentos en los que me descubría deseando que no sufriera. Mi vida volvió a ser como antes. Los mismos gestos repetidos hasta la saciedad en la soledad más absoluta.

## Raffaello

Joder, cómo duele. Dicen que es culpa mía porque rechacé la quimio y me escatiman la morfina. Sádicos. Ya sabía yo que en el hospital penitenciario me iban a hacer pasar las de Caín. Les imploro, los amenazo, los insulto, los maldigo. Pero no hay nada que hacer. Soy un homicida cruel y despiadado, e incluso aquí, en el hospital penitenciario, hay ciertas cosas que marcan la diferencia. Ay, madre, cómo duele. Al final me lo han dicho de todos modos: tengo cáncer de estómago. Y ahora que lo sé no hago más que tocarme la tripa. Estoy hecho un esqueleto, pero al menos sigo teniendo pelo en la cabeza. Aquí se pasa droga, pero es muy cara y yo no tengo dinero. Además, tampoco tengo fuerzas para levantarme de la cama. Ya falta poco. También me lo dijo el sacerdote: «Ten valor. Pide perdón a Dios por tus pecados». «¡Vete a tomar por culo! —le grité—. Llevo más de quince años pidiendo perdón». No dejo de darle vueltas al pasado, ni de pensar en lo gilipollas que fui. Me equivoqué en todo. Y ya estoy harto incluso de pensarlo. No veo la hora de palmarla para comprobar lo que hay al otro lado. Si Dios existe, a lo mejor se apiada de mí. Pero Contin tenía razón acerca de la oscuridad. De vez en cuando, no veo nada y me echo a temblar de miedo.

Vete a saber si ese chalado habrá recuperado la cordura. Esperemos que sepa aprovechar su segunda oportunidad. Joder, vaya mierda de vida he tenido. Y qué muerte fan jodida. Aquí, en la galería de los terminales, no hay más que muerte. Y nadie tiene piedad. Somos la escoria de las cárceles, esos que ni siquiera se merecen reventar en un hospital normal. Cuanto antes nos quitemos del medio, mejor. Le escribí una carta a Giorgia. La tengo en el cajón desde hace casi un mes. Ha llegado el momento de enviársela.

## Silvano

Raffaello Beggiato falleció varios meses después; me enteré por los periódicos. Presencí el funeral desde lejos. Aparte de su madre, tan sólo asistieron Giorgia Valente y don Silvio. Al otro lado estaban los periodistas, con Presotto a la cabeza. Al día siguiente apareció un artículo suyo titulado «La soledad del asesino».

El juicio por los asesinatos de Siviero y Daniela Borsatto no llegó a celebrarse debido a la muerte del inculpado, y el caso quedó definitivamente archivado. Una carpeta sepultada en un armario.

Mantuve hasta el final la esperanza de que Beggiato me diera una explicación. Todos los días miraba en vano en el buzón. Su muerte no me había dejado indiferente. Experimentaba sentimientos encontrados pero siempre confusos con respecto a su persona. A veces me parecía que le debía algo, y entonces sacaba corriendo del cajón las fotos de Clara y Enrico, y el odio volvía a confortarme y a darme seguridad.

Las dudas siguieron atormentándome hasta que vi a Giorgia Valente apoyada en el mostrador, del Tacón Vertiginoso. Era más fea y gorda de lo que recordaba. Atendí a los demás clientes y después le pregunté en qué podía ayudarla.

—No se te ha vuelto a ver el pelo —dijo—. ¿Ya no te gusta mi culo?

—¿Has venido a preguntarme eso?

—No. Quería mirarte a la cara. Quería ver cómo se siente alguien que en estos momentos debería estar en la cárcel.

—No te entiendo...

Levantó una mano para interrumpirme.

—Lo sé todo. Raffaello me lo contó.

Suspiré, resignado.

—¿Quieres el dinero?

—No. No quiero nada de ti: me das asco. Siempre me has dado asco.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Te traigo un mensaje de Raffaello: no desperdices tu segunda oportunidad.

—¿Qué significa eso?

—¿Todavía no lo has entendido? —inquirió—. Pobre Raffaello, ha muerto en la cárcel para poder ofrecértela —masculló mientras se alejaba.

De repente se volvió y empezó a gritar:

—¡No la malgastes, gilipollas! Nosotros nunca la tuvimos. ¡Nunca!

Todo el mundo se volvió a mirar. Giorgia Valente me observó con odio. Después se alejó acompañada de su taconeo.

## Epílogo

Hoy he vuelto a conectarme a Internet y he entrado en la página del programa que se ocupa de personas desaparecidas. Mi ficha sigue entre los casos «urgentes», a pesar de que ya ha transcurrido más de un año desde que una noche salí de casa para no regresar. Los periódicos se ocuparon durante largo tiempo de mi caso. Casi todo el mundo está convencido de que me quité la vida, porque lo abandoné todo como estaba: el apartamento, el negocio, el coche y hasta el almacén donde guardaba los recuerdos de mi vida anterior. Como de costumbre, Presotto sugirió la hipótesis del sentimiento de culpa por haber ayudado a salir de prisión a Beggiato. En realidad, sigo vivo y coleando, y la decisión de marcharme la medité largamente. La muerte de la viuda Mandruzzo me obligó a sacar la bolsa con el dinero y el pasaporte de su trastero. Se pasó una semana entera bajo la cama antes de que me decidiera a abrirla. Esparcí los dólares sobre el edredón y hojeé el pasaporte falso a nombre de Pietro Andrea Bertorelli. Sólo faltaba la fotografía. En un bolsillo lateral encontré un sello en seco para autentificar la foto. Me puse a contar el dinero. Beggiato no podría haberlo gastado todo por mucho empeño que hubiera puesto en ello: alcanzaba para toda una vida. Luego, la bolsa regresó a su lugar. Todas las noches, antes de meterme entre las sábanas, me cercioraba de que siguiera allí. Por esa época, mi existencia solitaria se vio alterada por la llegada de otra carta, un sobre amarillo acolchado de dimensiones medianas. El remitente era una tal Gianna Tormene. Dentro había dos fotografías. En ellas se veía a una mujer sentada en un banco de un parque que sonreía al objetivo. Era Clara, pero tardé un buen rato en reconocerla. Hacía demasiados años que su rostro, aun en los sueños más dulces, era el que le había visto en el hospital mientras agonizaba. En la nota que acompañaba las fotos, la mujer explicaba que era la madre de un compañero de colegio de Enrico. Un día se habían encontrado en el parque con los niños y ella había sacado aquellas fotografías como una broma. Se disculpaba por no tener fotos de Enrico, pero él y su hijo se habían puesto a correr por la hierba y en aquel momento estaban lejos. Mi abogado, que al

parecer era amigo de su familia, fue quien le dio mi dirección. Se había decidido a enviármelas, aunque fuera con tantos años de retraso, convencida de que me gustaría recibirlas.

Las enmarqué y puse una en la cómoda de la habitación y la otra en el salón. De todos modos, evitaba mirarlas. Aquella mujer ya no era mi Clara. Poco a poco, todo comenzó a resultarme insoportable. La casa, el Tacón Vertiginoso, el cementerio, la comida preparada, el vino de tetrabrik, los concursos de la tele. Estaba cada vez peor. Rayos de luz desgarraban la oscuridad que envolvía mi mente, la sangre de Siviero y su mujer era cada vez más roja. Valiani y Beggiato se habían convertido en pensamientos insistentes, difíciles de apartar. A veces me faltaba el aliento y sufría auténticas crisis de pánico. Temeroso de acabar perdiendo el control, acudí a ver a un especialista. Fui sumamente cuidadoso al describir los síntomas, pero le oculté la verdad acerca de lo que sucedía en mi cabeza. Por otro lado, mi historia era más que suficiente para convencerlo de que estaba enfermo. Me prescribió una serie de fármacos y pronto empecé a sentirme mejor. Mucho mejor. Recuperé fuerzas, pero el resto de mi vida seguía resultándome insoportable. Muy pronto me harté también del especialista. Palabrería inútil y cargante. Un día, durante la hora de la comida, fui al fotógrafo del hipermercado. Por la noche, en casa, pegué una de las cuatro fotos de carnet en el pasaporte y le puse el sello.

—Me llamo Pietro Andrea Bertorelli —dije en voz alta frente al espejo. Una, dos, tres, veinte veces seguidas.

Empecé a salir con aquel documento en el bolsillo. Ya no aguantaba ser Silvano Contin. Un domingo vi por casualidad un programa de viajes en la televisión. El resto fue solo una sucesión de pensamientos y acciones. Ahora vivo en Fort-de-France, en Martinica, y soy *monsieur* Pietro Andrea Bertorelli. La oscuridad continúa envolviendo mi mente y el pasado aún me persigue, pero por lo menos me siento un poco más sereno y consciente. Sigo medicándome pero estoy contento de hacerlo: los fármacos me permiten vivir sin caer en el abismo de la locura.

Tan sólo debo evitar tomar bebidas alcohólicas, pues podrían alterar el equilibrio químico que gobierna mi mente. No obstante, eso no me supone un gran sacrificio. Las Antillas francesas son famosas por su ron, pero yo prefiero los plátanos fritos a los licores. Aquí ya no soy el hombre a quien mataron mujer e hijo, y puedo mirar a mi alrededor sin miedo a ser reconocido. Observo las flores y los colores chillones de las faldas de las



muchachas. Desde la terraza de mi nueva casa contemplo la puesta de sol en el mar. No siento ninguna emoción, tan sólo curiosidad.

Hoy soy plenamente consciente de haber matado a dos personas. Podría no haberlo hecho, pero estaba en mi derecho de elegir entre perdonar o no. Y no pude perdonar a nadie. Ni siquiera a Beggiato. Él creía que me había ofrecido una nueva oportunidad de vivir al evitarme la cárcel. A lo mejor también pensaba que había tenido un gesto noble y que había saldado su deuda. Pero, en realidad, tan sólo me había resarcido en parte por lo que me había quitado.



MASSIMO CARLOTTO (Padua, Italia, 1956). Afiliado desde muy joven a la formación izquierdista y extraparlamentaria Lotta Continua, con poco menos de veinte años de edad fue acusado del asesinato de una joven estudiante. Por este delito fue condenado a dieciocho años de prisión, de los cuales fue absuelto por el presidente de la República Italiana Oscar Luigi Scalfaro tras su detención en el exilio mexicano gracias a la presión de la opinión pública. Sin embargo, por aquel entonces Carlotto ya había sufrido las torturas y el maltrato de un sistema judicial corrupto, al que, desde entonces, se ha dedicado a denunciar. Escritor, dramaturgo y guionista, es autor, entre otros muchos libros, de la serie de novela negra protagonizada por el investigador privado Marco Buratti, alias el Caimán. A través de su obra, basada en su propia experiencia, Carlotto pone el dedo en la llaga de la sociedad italiana.